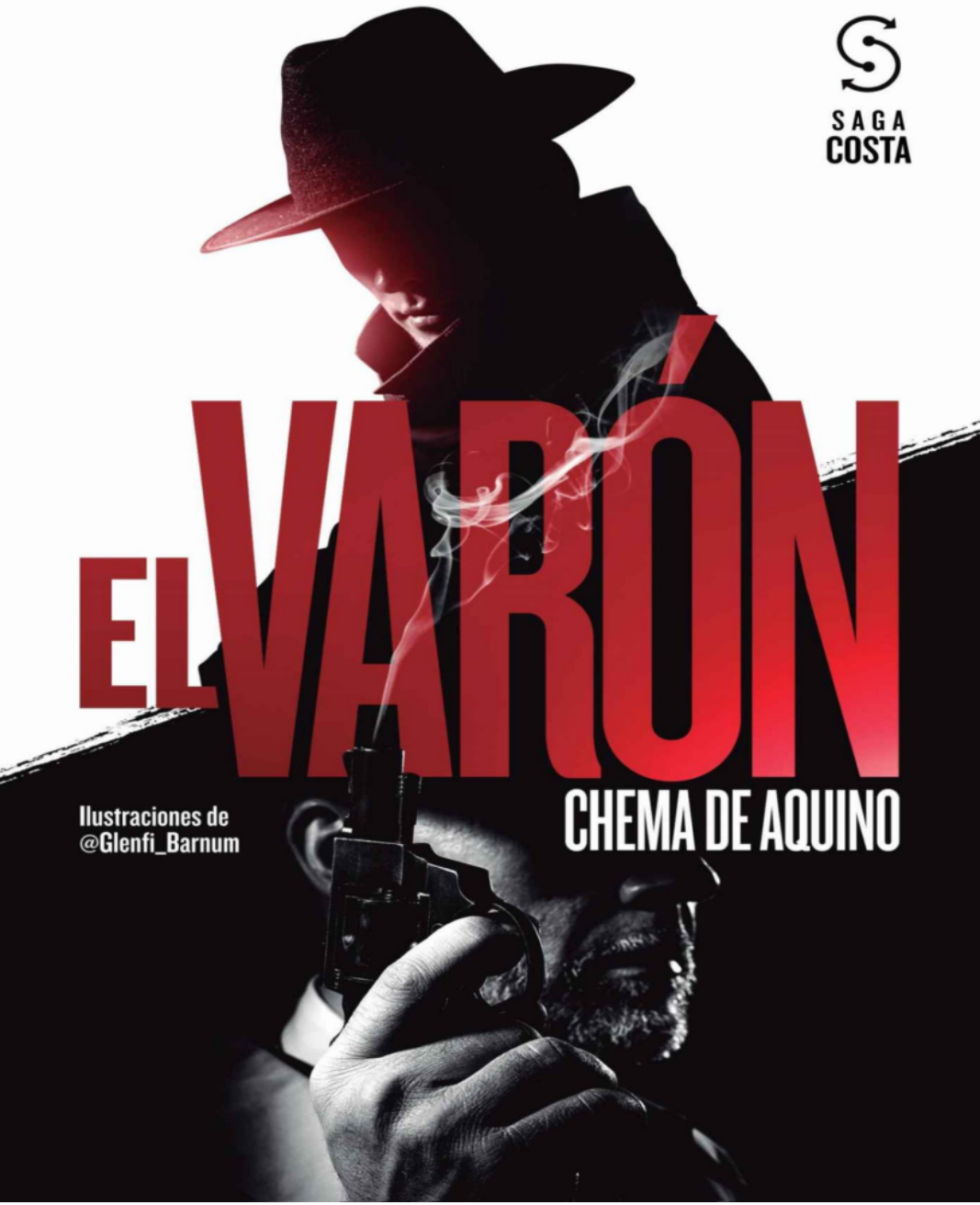
SAGA
COSTA

EL VARÓN

CHEMA DE AQUINO

Ilustraciones de
@Glenfi_Barnum



No se permite la reproducción parcial o total de este libro, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (ya sea electrónico, mecánico, por grabación, por fotocopia u otro) ni su incorporación a un sistema informático sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de estos derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o pedir permiso para cualquiera de las acciones anteriormente citadas, puede escribir un *email* a chema@chemadeaquino.es

© José María de Aquino Delgado, 2022

Ilustraciones del interior: © @Glenfi_Barnum
Correcciones: Silvia Barbeito
Diseño de portada: Alberto Domínguez (www.estudioalbertodominguez.com).

Primera edición: agosto – 2022
ISBN: 9798840504888

ANTES DE LEER:

Por indicación expresa de Ángel Costa, y a pesar del criterio de la RAE, en esta novela se mantiene la tilde en «sólo» según la regla tradicional. Así podemos distinguir entre «él trabaja solo los lunes» y «él trabaja sólo los lunes».

Aunque en la novela se relatan algunos sucesos reales, tanto los personajes como sus acciones son completamente ficticios y acordes a una trama de novela negra, por lo que cualquier parecido con personas reales es pura casualidad.

EL VARÓN

Chema de Aquino

A mi padre, porque siempre está aunque ya no esté

«Si Ulises vuelve alguna vez, aunque las puertas de su casa son anchas, te parecerán estrechas cuando intentes huir por ellas».

HOMERO
ODISEA

«Lo más insoportable para ellos en el calabozo debió haber sido la lucidez».

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
CRÓNICA DE UNA MUERTE ANUNCIADA

«Pocas cosas hay tan trágicas en la vida como descubrir algo a destiempo».

ARTURO PÉREZ-REVERTE
LA PIEL DEL TAMBOR

1

Las van a matar.

Es lo primero que piensa cada mañana, encerrada en la habitación, al sentir los mismos zapatos de siempre deslizándose por el suelo. Aunque el pasillo no es muy largo, los pasos que lo recorren son cortos y lentos, como si quisieran avisar de su llegada, como si le estuvieran dando tiempo para que todo esté en orden.

Echa un vistazo a la habitación. El orinal reposa a los pies de la cama, la ropa está recogida y Manuela duerme sobre un colchón tan grueso que cabría hasta una persona dentro.

No la despierta. Nunca lo hace.

Quiere que siga ajena a la realidad, durmiendo tan tranquila y segura como ella misma lo hacía hasta hace unos días, cuando al fin comprendió que allí dentro tienen la misma libertad que un toro en la Maestranza.

Los pasos se detienen al otro lado de la puerta. Oye unas llaves que entran en la cerradura y giran ciento ochenta grados.

Otra vez.

Y otra.

Sentada en su cama y aún con el camisón puesto, mira hacia la puerta, expulsa todo el aire que ha almacenado en los pulmones y prepara su mejor sonrisa. No hacerlo supondría adelantar no sólo su muerte, que siempre le ha importado una mierda, sino la de Manuela. Y no, Manuela no puede morir.

2

Lo único que teme Ángel Costa es morir desangrado. La herida de bala que tiene en la pierna necesita atención médica, pero los dos yonkis que lo acorralan en el callejón quieren darle una segunda opinión.

A su espalda, oye con nitidez los pasos de uno de ellos. Aunque la noche es cerrada y en el callejón apenas hay farolas, cree que el rastro de sangre que ha ido dejando hasta el coche tras el que se esconde será fácil de seguir. Calcula que los zapatos de cuarta mano que se arrastran sobre la gravilla darán con su escondite en pocos segundos.

«Soy gilipollas». Lo piensa, pero no lo dice.

La herida le duele, aunque no tanto como que lo hayan engañado dos esqueletos incapaces de mantener el mismo tono de voz en una frase de cuatro palabras.

—Sal de ahí, amigo —dice el que está más cerca, ataviado con una riñonera rota, un chándal viejo del Mundial 82 y, lo que más le jode de todo, con la pistola que le ha quitado hace unos minutos.

Medita hacerle caso y salir de su escondite. Le parece un buen consejo, desde luego. Si va a morir en un callejón a manos de dos drogadictos con su propia pistola, que al menos no sea por quedarse parado.

«Ojalá estuviera en el paro y no en este trabajo de mierda». Lo piensa, pero tampoco lo dice.

Se palpa la herida. La luz de la farola más cercana apenas llega hasta él, pero puede ver cómo la sangre escapa de forma continua a través de ella y mancha su traje nuevo, regalo de un jefe que no suele hacerlos, por su último caso resuelto.

—Tenía que haberos matado la semana pasada, hijos de puta. —Ahora sí que lo dice. Sin pensar.

Como respuesta, una bala —hermana gemela de la que tiene alojada en su pierna— impacta sobre el capó del coche tras el que se oculta. Por probar algo diferente a lo que acostumbra y, sobre todo, porque en el primer intento de levantarse la sangre ha salido con más fuerza, recurre a la vía diplomática. No tiene mucho que ofrecer, pero, al fin y al cabo, se enfrenta a dos yonkis, tiene ciertas sospechas de qué es lo que les gusta.

—¿Qué queréis por dejarme ir? —Esta vez no le responden con otro disparo, sino con la misma voz débil y atrofiada de antes.

—Un abrazo, no te jode. —La risa del yonki es desagradable, aunque no le parece mala señal.

—Os puedo dar cuarenta gramos a cada uno.

No recibe respuesta inmediata, pero de momento no le importa. Lo que le preocupa es que el otro yonki no ha hablado en todo este

tiempo. No le ha oído ni una palabra, ni un arrastrar de pasos ni un lamento, y sabe que no hay nada más peligroso que un delincuente callado.

Saca dos cigarrillos del bolsillo interior de su chaqueta y los muestra por encima del capó, pero baja la mano en cuanto escucha un nuevo disparo cerca de ella.

—No hay trato —dice el de la voz atrofiada. El de su pistola. El del chándal roto. El que ha apagado la pipa de la paz que pretendía fumarse con ellos.

Costa se guarda los cigarros y pone su cuerpo a trabajar a pesar de la amenaza de huelga indefinida. A partir de ese momento, todo sucede como si fuera el director de una orquesta sinfónica, y a cada movimiento que hace para levantarse lo acompaña un sonido que se produce al otro lado del coche.

Ocurre más o menos así:

Primero, coloca sus manos contra el suelo.

Y escucha un quejido.

Luego, apoya un pie para incorporarse.

Y oye un gorgoteo.

Después, se ayuda del capó para sostenerse.

Y siente que alguien se desploma.

Cuando se levanta por completo tiene ante sí un escenario muy diferente al que esperaba ver. El otro yonki, el que estaba en *mute* desde el principio, lo mira con una mueca que recuerda a una sonrisa mientras sostiene un cuchillo de veinte centímetros empapado de sangre.

—Dame a mí los cien gramos —dice.

Está tentado a corregir la suma, a decirle que serían ochenta, pero igual no es el mejor momento ni el mejor alumno para enseñar matemáticas.

En el suelo, el yonki de la pistola tiene el cuello rajado. Parece que no volverá a usar su característica voz atrofiada porque está muerto.

Muy muerto.

Muerto del todo.

Su asesino, el que vive medio muerto desde hace años, no se inmuta. Ni siquiera cuando Costa se acerca hasta él, aparentando más cojera de la que tiene en realidad, y le mantiene la mirada durante unos segundos.

—Deja que me haga un torniquete —dice Costa, que se quita la chaqueta y la enrolla hasta formar una especie de cuerda.

Cuando termina, comprueba que es demasiado gruesa como para que pueda cortar la circulación con eficacia, pero es que no pretende

hacer eso. Al menos de momento.

Lo que sí hace es lanzar la chaqueta hacia adelante como si estuviera saltando a la comba y, en lugar de bajarla hasta sus pies, la engancha en la mano en la que el yonki sostiene el cuchillo. Antes de que su rival sea consciente de lo que ocurre, lo atrapa por el brazo y le rompe la nariz de un cabezazo rápido pero contundente.

—Esto es por joderme el traje nuevo —le dice al yonki mientras este grita de dolor y se tapa la cara.

Recupera su pistola del suelo, le apunta al cuello y dispara. Dos veces. Tres. Hasta que el cargador se vacía.

—Y esto, por traicionar a tu hermano.

El silencio vuelve a apoderarse del callejón en cuanto el eco de los disparos se atenúa y el cuerpo del yonki deja de agitarse. Los observa en silencio. Aunque en sus caras apenas hay carne que recubra los huesos, no cree que tengan más de treinta años, los mismos que él está a punto de cumplir.

Desenrolla la chaqueta, la sacude y se la pone. Muy a su pesar —le costó un dineral en el mercado negro—, deja la pistola en la mano del primer muerto y se asegura de que se empapa bien de sangre. Se ajusta el sombrero, enciende un cigarrillo y se mira la pierna a través del humo que expulsa por la boca.

«Putos yonkis».

Unos metros más allá recoge su gabardina del suelo y se la pone. Aún no oye las sirenas de policía que inundan normalmente el centro de Sevilla, así que sale del callejón tratando de apoyar lo menos posible la pierna herida. Las ventanas cercanas siguen cerradas, sin duda acostumbradas a oír disparos, gritos y persecuciones desde que se anunció que la zona estaría libre de drogas, yonkis y prostitución para el inicio de la Expo92.

Con más cojera y menos sangre, Costa llega una hora después a una casa que conoce bien. Consulta el reloj. La sangre seca que cubre la esfera no le deja ver la hora, aunque algo le dice que no es momento de visitas. Llama con dos golpes secos y pega su oreja a la puerta.

Del otro lado sólo obtiene silencio.

Espera unos segundos y repite. Esta vez sí que oye pasos dentro. Cuando la puerta se abre, el único amigo de la infancia que aún conserva se queda mirándolo.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he caído encima de una bala, ya sabes.

El doctor Beltrán no contesta, pero sabe. Le sonríe con los ojos y lo ayuda a entrar. Ambos sortean un pasillo lleno de cajas de mudanza y llegan hasta el garaje privado de la casa, donde el médico guarda su coche, su moto y un viejo sofá con manchas cuya procedencia nadie se ha atrevido a preguntar jamás. Costa se quita el sombrero, la

gabardina y la chaqueta, se sienta en el sofá y acepta la botella de whisky que le ofrece su amigo. Echa un trago mientras el doctor le raja el pantalón con unas tijeras y dirige un foco hacia la herida.

—Parece profunda.

—La caída ha sido fuerte.

—Esto te va a doler —avisa el médico.

—Lo dices como si ahora no me doliera —dice el detective.

Beltrán trabaja sobre la herida con eficacia, sin cuestionarse por qué tiene que sacar una bala de la pierna de un amigo la madrugada de un viernes. Costa aguanta el dolor empapado en sudor y aferrado a la botella. Aunque procura evitarlo, a veces se le escapa algún quejido y quiebro. En su otra pierna tiene una cicatriz similar a la que va a tener en esta, cosida en su día por el mismo médico, en el mismo sofá y más o menos a la misma hora. Ambos se acuerdan —sobre todo Costa— y ambos evitan hablar del tema —sobre todo Beltrán—.

Después de un trabajo minucioso en el que la aguja entra y sale de la pierna para cerrar la herida, alguien abre la puerta que comunica el garaje con el resto de la casa.

—Sofía, he sacado a tu marido de la cama, perdóname —dice Costa con la cara y la camisa empapadas en sudor.

—¿Estás bien?

—Esta mañana estaba mejor.

Ella le lanza una sonrisa fugaz, cómplice, antes de apartar la mirada. Costa comprueba que Beltrán sigue atento a la herida para recorrer con sus ojos el cuerpo de la mujer, cubierto por un pijama de fina seda que apenas oculta sus formas. Cuando sus ojos se detienen en los labios, ella los mueve de nuevo.

—Procura no morirte estos días. Recuerda que el domingo haremos una fiesta para inaugurar el chalet. Mañana ya dormiremos allí.

—No sé si iré.

—¿Por qué?, ¿qué tienes que hacer? —pregunta ella.

—Inventarme una excusa. Me llevará todo el día.

A esa misma hora, pero unos kilómetros al norte, un preso afronta su última noche de condena preparando su venganza.

A esa misma hora, pero en un piso del barrio de la Macarena, una periodista escribe las últimas líneas del artículo que podría cambiar su vida.

3

Costa abre los ojos, como tantas otras veces en su vida, en una casa que no es la suya, aunque en esta ocasión hay una pequeña diferencia con las anteriores: no se despierta en una cama junto a alguien, sino solo en el sofá de un garaje. Por lo demás, todo es muy similar: le duele la cabeza, no lleva pantalones y alguien se arrepiente de haber pasado la noche con él.

Se incorpora en el sofá con dificultad. Ha dormido poco y mal, la herida lo ha despertado varias veces durante la noche y, a pesar de que las pastillas lo han aliviado un poco, el dolor se ha hecho cada vez más agudo. Es capaz de caminar con cierta soltura, pero parece que la pierna va a recordarle a los dos yonkis durante mucho tiempo. En la puerta le han dejado un traje y una camisa de Beltrán, sus propios zapatos limpios de sangre, su gabardina y su sombrero. La ducha de agua fría que se permite lo reconcilia con un mundo que cada vez le gusta menos.

En la cocina sólo hay una cafetera italiana y un par de platos fuera de las cajas de mudanza. Allí, sus dos anfitriones lo reciben con una sonrisa y la promesa de una conversación anodina que pretende evitar. Come con prisa lo que le ponen por delante, se guarda las pastillas para el dolor en la gabardina y se despide de ambos. Aún no lo sabe, pero tardará muchos años en volver a verlos.

La Agencia de Detectives Alkorta tiene su única oficina en República Argentina, la gran avenida que separa los barrios de Triana y Los Remedios. Aunque está a unos veinte minutos de la casa de Beltrán, Costa tarda en llegar más de media hora a causa de la cojera.

En la oficina están todos sus compañeros, cada uno sentado en su respectiva silla y escritorio. Romero habla por teléfono en voz baja mientras juguetea con un candado y una horquilla, Galindo lee el periódico con las piernas cruzadas sobre la mesa y Vargas se lima las uñas.

—Por favor, no dejéis de trabajar por mí. —Costa deja el sombrero y la gabardina sobre el perchero y se dirige hacia su mesa.

—¿Qué te pasa en la pierna? —pregunta Galindo sin apartar la vista del periódico.

—Los yonkis me robaron la pistola y aprendieron a usarla conmigo.

—¿Has resuelto el caso? —pregunta Vargas después de soplar los restos de uña caídos sobre la mesa.

—Más o menos. ¿Con quién habla Houdini? —dice señalando a Romero.

—Con la amante —responden Galindo y Vargas al unísono.

El despacho del jefe está cerrado, lo que suele significar que está reunido o que no se le puede molestar. Sus compañeros le confirman que es lo segundo, así que se sienta en su silla y revisa las cartas que hay sobre el escritorio. La mayoría son respuestas de organismos oficiales, palabras rutinarias que niegan información solicitada para alguno de sus casos. Una de las cartas, sin embargo, no está escrita a máquina, sino con una letra que conoce de sobra. Antes de poder usar el abrecartas, una voz lo llama desde el despacho. Guarda la carta en el bolsillo interior de su chaqueta, se levanta y golpea dos veces en la puerta del jefe.

—Adelante, Costa, adelante.

Aitor Alkorta, gordo, calvo y gordo, es decir, doblemente gordo, fuma un puro sentado en su inmensa silla negra. El humo que expulsa se condensa en el techo del despacho, una habitación amplia rodeada de archivadores y con una ventana que sólo se abre cuando espera visita. Su ojo bueno, el que no tiene medio cerrado desde la infancia por culpa de un tajo de navaja, se centra en él.

—Siéntate, anda.

Costa obedece. Alkorta fuma, casi de forma compulsiva, mientras se rasca la enorme barriga que parece querer escapar de entre los tirantes que la sostienen.

—¿Necesitas un médico para esa pierna?

—No.

—¿Qué pasó con los yonkis?

—Escaparon.

—¿Los dos?

—Los dos.

—¿Averiguaste algo de ellos?

—Que eran hermanos.

—Coño, no me lo esperaba. ¿Y ya está?

—Y ya está.

Su jefe se rasca la ceja con la mano en la que sostiene el puro, le da una larga calada y vuelve a llenar el techo de humo. Antes de tomar la palabra de nuevo, lanza un suspiro dramático que bien podría representarse en el teatro Lope de Vega.

—Costa, quizá sea casualidad, no digo yo que no, pero esta mañana han encontrado a dos yonkis muertos en un callejón del centro. Uno tenía un cuchillo en la mano y tres balas en la garganta, mientras que el otro tenía un tajo en el cuello y una pistola sin registrar a su lado.

—Un ajuste de cuentas, supongo —dice Costa, despreocupado.

Alkorta no contesta y se limita a negar con la cabeza. Con el movimiento, su papada parece verterse fuera del cuello de la camisa, aumentando la mancha de sudor que tiene alrededor de él. Casi de forma inmediata y como si alguien lo hubiera pinchado en su amplio

trasero, se incorpora de forma brusca y apaga el puro en el cenicero, con prisa. Se levanta con toda la agilidad que le permite su cuerpo, abre la ventana y se pone la chaqueta.

Costa se gira para entender el exceso de ejercicio de su jefe, y ve que, a su espalda, esperando en el marco de la puerta, hay una mujer. Le calcula unos cincuenta años, aunque quizá tenga más. Tiene buena presencia, ropa elegante y un collar que seguramente valga más que todo el edificio.

—Señora Petón, no la esperaba tan temprano —se excusa Alkorta abrochándose la chaqueta. O intentándolo.

—Me han surgido algunos imprevistos que tengo que atender con mi marido y quería pasarme antes por aquí.

—No hay problema. Siéntese, por favor.

Costa hace ademán de levantarse y mira a su jefe.

—Quédate, Costa. Te presento a Rocío Petón, directora de la Expo y máxima responsable de que todo salga bien. ¿Quiere tomar algo, señora Petón?

—Me gustaría que fuéramos al grano. Como le digo, no tengo mucho tiempo.

—Tiene nuestra atención.

La mujer saca un papel arrugado de su bolso y se lo tiende a Alkorta, que lo analiza con atención. Parece la hoja arrancada de un libro, y Costa se fija en que una de las caras está escrita a mano con rotulador negro.

—¿De qué se trata? —pregunta Alkorta.

—Es una nota de suicidio; está escrita en una de las hojas de mi novela favorita. Lo que ve ahí parecen ser mi letra y mi firma.

Alkorta la mira extrañado, sin comprender.

—No lo entiendo. ¿Por qué ha hecho esto?

—No he dicho que lo haya hecho yo —contesta ella con tono de enfado.

—Acaba de decir que es su letra y su firma.

—No me ha oído bien. Parece mi letra, pero yo no la he escrito, y tampoco la he firmado.

—A ver, a ver. —Alkorta levanta el papel—. ¿Me está diciendo que alguien ha escrito esta nota de suicidio como si fuera usted, imitando su letra y su firma?

—Es una hipótesis.

—¿Y qué quiere que hagamos?

—Encontrar a esa persona, naturalmente. Y evitar que cumpla con su amenaza, que supongo que será matarme.

—Al final de la carta viene una fecha —dice Alkorta mientras consulta un calendario—. Es pasado mañana. Las once y cincuenta y nueve de la noche.

—Si sigo viva un minuto después y descubren al autor, les pagaré bien, pero quiero que lo encuentren y me lo traigan a mí, no a la policía. Por eso vengo aquí y no a una comisaría, no sé si me explico.

—Perfectamente. Puede depositar toda su confianza en Detectives Alkorta. Pondré a mis mejores hombres a investigarlo.

—Si necesitan hacerme alguna pregunta, pueden encontrarme en uno de estos números. —Sus manos, de finos dedos, evitan cualquier contacto físico al dejar una pequeña tarjeta de visita sobre la mesa—. Ahora tengo que marcharme. Muchas gracias por su atención.

La señora Petón ni siquiera espera la respuesta de los detectives para levantarse y salir del despacho. Los dos se miran sorprendidos. Alkorta echa mano al puro para volver a encenderlo y Costa sonríe mientras consulta el reloj.

—Directa al grano. Me gusta.

—Os encargaréis Galindo y tú. Habla con él y organizaos.

—Ya sabe que prefiero trabajar solo, jefe.

—Y yo prefiero que me hagas caso. Como si esto fuera Detectives Alkorta, tú trabajaras aquí y yo me llamara Aitor Alkorta.

4

La cárcel ha despertado más agitada de lo normal. Desde hace unos días corre el rumor de que algunos presos van a provocar un motín, así que los funcionarios están nerviosos. No es para menos, en el último que se produjo, uno de sus compañeros salió de allí en el interior de un coche fúnebre, y no conduciendo precisamente. El día del «incidente», como lo bautizaron los de arriba, les prometieron medidas de seguridad nuevas y eficaces, pero estas no han acabado de llegar. Por lo que sea.

Lo que no saben es que ninguno de los presos se atrevería a provocar un motín en una fecha tan señalada como hoy.

El Varón, al que llaman así por la cantidad de colonia Varón Dandy que acostumbra a echarse, afronta el último día de su tercera condena, la más larga de todas. En su celda, sus compañeros se despiden de él con palabras de respeto. A algunos los conoce desde su primer ingreso en prisión, veinte años atrás, cuando apenas era un chaval impresionado y aterrado por la forma de vivir a la que tenía que acostumbrarse. A otros los ha ido recibiendo convertido ya en uno de los presos más temidos. No le gusta hacer cuentas, pero casi la mitad de su vida la ha pasado allí dentro, recibiendo puñaladas al principio y encargándolas al final.

Aunque hay dos funcionarios impacientes esperando a que salga de su celda, él se dedica a dejarlo todo organizado antes de irse. Hasta el último minuto piensa ejercer de lo que es allí dentro, de lo que se ha ganado ser.

—Limón —le dice al más gordo de todos, con la piel amarilla por una enfermedad que jamás se va a tratar—, ¿has enviado lo que te di?

—Sí, Varón —contesta este—, enviado y entregado.

—Así me gusta. Recordad que hoy llueve en el segundo descanso —dice dirigiéndose a los demás.

Todos asienten. Cada dos semanas, algunos de ellos desvían la atención en el patio principal de la cárcel para que el más bajito y rápido, el Rata, recoja los pequeños paquetes de droga que les lanzan desde fuera.

Cuando los funcionarios le repiten que ya puede salir, resopla y se dirige hacia la galería. Antes de abandonar la celda, se gira hacia los que se van a quedar en ella algunos años más.

—No me la jodáis, la quiero como nueva cuando vuelva.

Todos ríen la ocurrencia mientras sale, por fin, a la galería. Allí lo esperan los dos funcionarios que lo acompañarán hasta la salida. A un lado y al otro del corredor, varios presos chocan hierros que no deberían tener contra los barrotes de sus celdas. Cada uno lo hace con

un ritmo diferente, convirtiendo aquello en un estruendo que debería ser molesto pero que a él lo enorgullece.

Camina despacio, con una amplia sonrisa que deja ver sus dientes amarillos entre la espesura de su negra y poblada barba. A pesar de que en los últimos años ha tenido un comportamiento ejemplar —al menos a ojos de los funcionarios—, estos avanzan junto a él manteniendo las distancias, y es que pesar más de cien kilos y repartirlos en un metro noventa suele provocar que respeten tu espacio vital, da igual si estás al aire libre o compartiendo una celda minúscula con otros diez delincuentes comunes.

Lo primero que hace el Varón cuando le dicen que es libre, que la alambrada sólo es un trozo de metal que lo que le impide ahora es entrar, en vez de salir de la cárcel, es mirar al cielo. Observa las nubes blancas que se mueven, rápidas, ante unos ojos que ya estaban acostumbrados a ver siempre el mismo rectángulo azul desde el patio.

Lo segundo que hace es respirar profundamente. Allí fuera el aire es limpio, fresco, no huele a sudor, a distintos tipos de sudor. Dentro era capaz de identificar a cualquier preso simplemente por su olor corporal, y parece que eso ya se ha acabado.

El placer de sus primeros minutos de libertad en mucho tiempo termina cuando se fija en el único coche que hay al otro lado de la carretera. Dentro hay un hombre con gafas de sol, el codo apoyado sobre la ventanilla y un cigarrillo consumiéndose entre sus dedos. Sabe que debe montarse en él y que, en cuanto lo haga, dejará de ser libre de nuevo, aunque con más cielo y menos sudores.

Avanza hasta el vehículo despacio, como si disfrutara de cada uno de los pasos que da, quizá porque lo hace. Se monta en la parte trasera, justo detrás del asiento del copiloto, y provoca que el vehículo se hunda por ese lado.

El conductor agota el cigarrillo sin prestarle atención, como si ni siquiera estuviera allí. Cuando por fin arroja la colilla al asfalto, gira la llave y arranca el motor. Lo mira por el espejo retrovisor, sonríe y acelera con suavidad.

—Me alegro de verte sin esposas, Varón.

—Yo que tú no lo haría, Señorito.

El Señorito es un miembro reciente de la organización, por lo que sus encargos principales son hacer de conductor, espiar y transmitir mensajes del jefe a quien corresponda. Precisamente eso fue lo que hizo unas semanas atrás, cuando se presentó en la cárcel para tener un vis a vis con él. Le recordó su historial, tanto los robos por los que había acabado una y otra vez en la cárcel como los asesinatos por los que nunca llegaron a atraparlo. También le dio el mensaje del jefe. El Varón escuchó todo lo que tenía que decirle, se controló las ganas de romperle el cuello allí mismo y vio cómo se iba sin ni siquiera dejarlo

hablar.

Ahora, dentro del coche, sólo se le ocurren dos cosas que hacer. Una es sentarse detrás de él, rodear su cuello con los brazos y tirar de ellos hacia atrás hasta asfixiarlo. La otra, que es la opción que elige por lo que le dijo en su visita a la cárcel, es mirar cómo el paisaje se transforma a través de la ventanilla.

Primero deja atrás árboles, campos y algunos toros. Luego llegan los edificios, los coches y la gente. Las calles de Sevilla parecen una colmena llena de hormigas obreras. Muy pronto se inaugurará la Expo92, y las obras que empezaron años atrás deben terminarse cuanto antes. Se sorprende de los cambios que ha experimentado la ciudad durante su ausencia. Algunas zonas, las más próximas a la Isla de la Cartuja —donde irá ubicada la exposición universal— ni siquiera las reconoce. Hay hasta puentes nuevos que cruzan un río que antes no pasaba por allí.

Tras unos minutos conduciendo entre el caos circulatorio, su callado compañero de viaje aparca junto a la Plaza del Salvador. En ella hay varias mesas de un bar cercano, pero sólo una está ocupada.

Baja del coche sin decir nada, se alisa la barba y camina despacio hasta allí. A pesar de su tamaño, se mueve con agilidad. En el breve trayecto que lo separa de la mesa, es capaz de detectar hasta cuatro hombres pendientes de él repartidos por la plaza. Todos con trajes oscuros, gafas de sol y muy poco disimulo.

—¿Quieres algo? —pregunta el hombre frente al que acaba de sentarse y que sostiene una copa de vino.

—Una cerveza.

Cuando el camarero se la trae, no bebe de inmediato. Se fija en la espuma, que se balancea amenazando con salirse por uno de los bordes hasta que poco a poco baja su nivel. Por fuera, una gota resbala por el vaso y arrastra consigo el resto de agua helada que hay alrededor. Nota la garganta caliente y cómo la saliva le suplica por un sorbo largo de aquel oro líquido. Cuando termina de dar el primer trago, su cerebro lo agradece repartiendo placer por todo su cuerpo. El sol del invierno mantiene su cabeza a la temperatura perfecta, y una suave brisa acaricia su cara.

El momento sería idílico si no fuera porque el hombre que tiene sentado enfrente y que lo mira con una sonrisa de desprecio tiene un encargo que hacerle.

Viste traje italiano, reloj suizo y huele a perfume francés. Su pelo, blanqueado por la edad, se mantiene inmóvil incluso cuando se levanta algo de aire. Delante de él tiene una carpeta. Saca una foto del interior, la deja sobre la mesa y señala con el dedo a una de las personas que aparecen en ella. Antes que en la foto, el Varón se fija en el dedo que señala. No recuerda unas manos tan cuidadas, una uña tan

jodidamente bien recortada, limada y limpia.

—¿Quién es? —dice cuando su mirada pasa del dedo que apunta a la cara de la foto.

—Tu próximo trabajo.

—¿Qué ha hecho?

—Eso no te incumbe.

—¿Muerte rápida o lenta?

—¿Tú qué crees, Varón? ¿Tú qué crees? —Aunque el hombre sonríe, él no—. Hay que dar ejemplo. Una muerte lenta es una amenaza; la rápida, un alivio, y nosotros no estamos para aliviar a nadie.

5

Macarena Santos espera sentada en el despacho más grande de la

redacción. No es la primera vez que está allí, sola, mirando hacia la silla vacía del director hasta que este llegue. Sabe que es un juego psicológico, de poder, de demostrar quién manda. Cuando alguien te hace esperar, le quita importancia a tu tiempo.

Mientras llega y no, observa la habitación. Una bandera de España y otra de Andalucía reposan inmóviles en dos grandes mástiles, como si aquello fuera el despacho del presidente del Gobierno más que del director de un periódico. Un crucifijo y el retrato del rey reposan en una pared en la que hay hasta doce portadas enmarcadas. Días históricos con titulares que quedarán en el recuerdo. Muchas mentiras y unas pocas verdades.

El director llega diez minutos después, vestido con un traje de imitación y una sonrisa igualmente falsa. Macarena también le sonríe.

«A falsa no me ganas, cabrón».

Espera, paciente, a que sea él quien empiece a hablar, pero parece que él pretende lo mismo, sobre todo cuando se sienta, se echa hacia delante en la mesa y la mira con las cejas levantadas.

—Cuéntame, Macarena. ¿Por qué estás aquí?

«Como si no lo supieras».

—Usted me ha llamado.

—Pero por qué, dime por qué te he llamado.

«Ve al grano, gilipollas, déjate de juegos».

—Supongo que por mi artículo.

—¡Eso es! —dice alargando la primera sílaba—. ¿Sabes cuánta gente lee nuestro periódico a diario?

«Todos menos tú, subnormal».

—Media España, lo sé.

—Exacto. Y a la otra media se lo cuentan. Por lo que quieres publicar, nos pueden fusilar y adorar al mismo tiempo.

—Las fuentes que tengo son fiables.

—Eso me importa poco, Macarena, bonita. Lo que quiero saber es a quién jodemos y a quién beneficiamos, y con tu información no me queda claro ni lo uno ni lo otro.

Macarena no responde y agacha la cabeza, como derrotada. El director se reclina en su silla, como satisfecho de controlar la conversación. Los dos saben que ambas cosas son mentira.

Tras unos segundos en los que se evitan las miradas, él se levanta y zanja el tema.

—Encuentra quién es el verdadero culpable, el que controla todo en la sombra, y lo pongo en portada. Quizá hasta te haga un hueco aquí —dice mientras señala los periódicos enmarcados que cuelgan de la pared.

Macarena vuelve a su mesa de la redacción. A diferencia de la de su jefe, limpia, ordenada y grande, la suya es pequeña y está llena de

periódicos, hojas arrancadas y bolígrafos a medio acabar. A pesar del caos, sabe a la perfección dónde encontrar cualquier documento que necesite. Todos los que ha recibido durante los últimos días por parte de una fuente anónima los ha ido dejando en la misma pila.

Al principio no les hizo mucho caso. Dedicarse a la sección de sucesos implica acostumbrarse a que algunos lectores aburridos le manden información que suponen interesante para publicar. Sospecho de mi cuñado, mi suegra esconde algo, mi vecino recibe visitas a deshoras. Aquellas primeras notas en las que la avisaban de que había una mafia que controlaba todo el sector de la construcción en Sevilla, Huelva y Córdoba parecían más de lo mismo. Pero no lo eran.

Con las siguientes cartas que recibió —siempre anónimas—empezó a comprobar que no era información de un vecino envidioso. Esta organización se encargaba de captar obreros en paro a los que pedían una aportación mensual a cambio de asegurarles trabajo. Luego, ese dinero se invertía en piquetes violentos que visitaban las obras de la ciudad para, por las buenas, por las malas o por las peores, convencer a los jefes de obra de que lo mejor para ellos y sus propias familias era contratar a los obreros que ellos les indicasen. Aunque al principio todos se oponían, siempre acababan por aceptar, algunos antes de visitar el hospital y otros, después.

Macarena consiguió entrevistar a algunos de esos jefes de obra, aunque ninguno se dejó grabar ni revelar su nombre por temor a las represalias de la mafia.

A estas alturas de la investigación, lo único que no sabe es quién o quiénes están al mando, de quién son las manos que mueven los hilos del teatro de marionetas, y es precisamente eso lo único que le reclama el director para poder publicar la noticia.

«El muy gilipollas».

Eleva la mirada al resto de la redacción. Sus compañeros parecen ajenos a todo, cada uno enfrascado en una tarea diferente. Algunos hablan por teléfono, otros teclean, muchos fuman y ninguno la mira. En esos momentos le gustaría dedicarse a la sección de cultura, de deportes o, incluso, la de moda, pero la película, el partido y el desfile se esfuman de su cabeza cuando el teléfono suena en algún lugar de la mesa.

Lo localiza debajo de varios periódicos antiguos. Al descolgar, una voz que no reconoce la llama por su nombre.

—¿Macarena Santos? Tengo que verla en persona.

6

Costa aparca y apaga el motor de su Seat Toledo, pero no se baja de él. Durante el trayecto, la pierna ha empezado a dolerle con cada transición entre freno y acelerador, y ahora tiene calambres. Traga dos pastillas del bote que le dio Beltrán y se fija en la calle. En la zona residencial donde vive la señora Petón sólo hay casas de dos pisos con jardín y piscina o solares aún sin edificar llenos de matorrales. Junto a las aceras, solitarias, ni siquiera hay coches aparcados.

En la acera más lejana al coche, una de las casas le recuerda a la Casa Blanca de Estados Unidos, aunque en lugar de las verjas de hierro que aparecen en las películas en las que quieren cargarse al presidente, en esta sólo hay un pequeño muro de piedra y setos. Muchos setos. Infinidad de setos. Y sobre ellos trabaja un jardinero que agita la cabeza al ritmo de lo que quiera que esté escuchando en lo que parece un *walkman*.

Costa espera a que los calambres de la pierna remitan para bajar del coche y caminar despacio hacia él. Sólo cuando está a menos de un metro, este se quita los cascos y le presta atención.

—Tiene usted trabajo por delante —dice Costa, señalando con la cabeza los setos que aún le quedan por podar.

—De algo tengo que comer. ¿Qué se le ofrece al señor?

—He venido a visitar a un amigo. Vive en el número siete de esta calle, pero no consigo saber dónde cae.

—Aquí no se estila eso de poner el número. Este es el catorce —dice el jardinero señalando a su espalda—, y creo que los números bajan a medida que sube la cuesta. Su amigo no debe de vivir muy lejos de aquí.

Costa agradece las indicaciones, pero no muestra intención de marcharse. Saca un cigarrillo y se lo ofrece al jardinero, que niega con la cabeza. Señala entonces la casa que tiene frente a él.

—Y aquí, ¿quién vive?, ¿un famoso o alguien importante?

—¿No es lo mismo, señor?

—Cada vez menos.

—Esta es la casa de la señora Petón, es la directora de la Expo.

—¿Es rica?

—Dos o tres veces.

—¿Le paga bien?

—No puedo quejarme, aunque si sigo hablando con usted y no termino con los setos, quizá sea ella la que empiece a quejarse de mí.

—No lo entretengo más. Gracias por las indicaciones.

El jardinero se toca la gorra empapada en sudor con el dedo índice, se coloca los cascos de música y reanuda su trabajo con unas tijeras de

podar que parecen recién afiladas.

Costa vuelve al coche, lo arranca y se aleja de allí. Las calles de la zona le parecen todas iguales, pero cada casa es diferente. No hay ninguna que se parezca a otra, como si se tratara de una competición por ser la más original del barrio, por diferenciarse cuando lo común es ser distinto.

La vida allí parece ir a otro ritmo, uno más relajado que el caos que impera en la ciudad desde hace unos años. Apenas pasan coches, y las únicas personas que ve por las aceras llevan bolsas de basura para arrojar a los contenedores cercanos o visten chándal y botines para practicar eso que ahora todos llaman *footing* y que él sigue llamando correr.

Ha quedado en hablar con Galindo al inicio de la tarde, cuando este haya podido averiguar algo sobre la oficina en la que trabaja Petón. Él, mientras tanto, seguirá rondando el barrio en busca de algo que no encaje hasta que ella aparezca. La tarde se presenta monótona, pero al menos ya ha sido capaz de comprobar en su breve conversación con el jardinero que la casa de la empresaria, a diferencia de las de sus vecinos, no tiene ninguna medida de seguridad. No hay cámaras de vigilancia ni tampoco muros que superen el metro de altura. Además, en ningún momento ha escuchado ladridos, y sabe que cuando no hay perros faltos de cariño protegiendo una casa, todo es más fácil para el que quiere entrar.

7

El Varón afila un cuchillo. Lo hace de forma profesional, certera y eficaz. Cada uno de los utensilios que va a utilizar esta noche debe estar impecable, listo para su cometido. No quiere cuchillos sin afilar o tijeras que se atasquen, quiere ser el mejor en lo que haga, y la única manera es controlarlo todo.

«El diablo está en los detalles».

Tener un arma real en las manos hace que le vengan recuerdos de sus días más duros en prisión, la época de la supervivencia, de sacar hierros de los somieres de las camas y clavarlos en la dura piel de otros reclusos. También recuerda recibir esos ataques, claro. Visitas a la enfermería donde estaban más interesados en el nombre del agresor que en contenerle la hemorragia. Revelar o no el nombre era la diferencia entre recibir una nueva cuchillada, esa vez en la yugular, o ganarse el respeto de los demás.

La cárcel, a pesar de todo, le trae buenos recuerdos. Quizá por ese estatus que supo ganarse. Y quizá también porque era de los pocos a los que sus visitas le metían tabaco, drogas y dinero con los que poder negociar por su cuello.

Cuando termina de afilar el cuchillo, se sirve más café. La noche se prevé larga, y su cuerpo aún está acostumbrado a seguir a rajatabla los horarios de la prisión. Durante sus primeras horas en libertad se ha sorprendido varias veces mirando el reloj para saber si debía desayunar o hacer ejercicio, y es que no es fácil elegir cuando has estado nueve años sin hacerlo. Quizá sea eso lo peor de estar en la cárcel, que te acostumbras tanto a ella que recordar la libertad de antes te consume y vivir la de después te abruma.

Que el piso franco sea pequeño lo alivia, aún se siente mejor en espacios cerrados. Aunque echa de menos poder hablar con alguien, celebra haber pasado de tener que usar el váter delante de otros diez compañeros a poder escuchar los latidos de su propio corazón tumbado en el sofá.

El espejo, el único que hay en toda la casa, no le devuelve una cara familiar. Su reflejo tiene una mirada peligrosa incluso cuando fuerza una sonrisa. Él antes no era así, y ahora no sabría decidirse por qué versión de sí mismo le gusta más.

Consulta el reloj varias veces, pero por más que lo hace, el tiempo parece no avanzar, y a veces piensa que las manecillas se han parado. La tarde se hace larga, sobre todo cuando ya no tiene nada que hacer. En la cárcel siempre disponía de algún libro a mano con el que entretenerse, pero aquí apenas hay distracciones. Ni siquiera una radio.

En el suelo, junto a la puerta, reposa una mochila negra. Está abierta, y en su interior ha ido dejando todo lo que va a necesitar dentro de unas horas. Un sacacorchos, tres cajas de cerillas, unos alicates, unas tijeras, un martillo, un bote de colonia, una cámara Polaroid y una cuchilla de afeitar esperan a que el cuchillo recién afilado y una pequeña pistola se unan a ellos.

Cuando la cuenta atrás termina, se sienta en la cama para atarse los zapatos. Coge la foto que hay sobre una carpeta y la observa. La foto le devuelve caras sonrientes y brazos entremezclados detrás de espaldas y cinturas. Se fija en los rasgos de todos: no es una pose para el fotógrafo, parecen felices de verdad.

El trabajo que tiene por delante lo desagrada, y el riesgo de acabar toda su vida entre rejas es más que evidente, pero no tiene otra opción.

Tiene que matar despacio.

Sin compasión.

Sin alivio.

Al caer la noche, el Varón se echa colonia en cuello, muñecas y ropa. Ha llegado la hora. En la calle lo espera el mismo coche que lo ha recogido horas antes en la cárcel, aunque esta vez hay más personas dentro. Además del Señorito —que está al volante—, hay otros dos hombres sentados en la parte de atrás, dejándole a él el asiento del copiloto. Sabe que no están allí para facilitarle la tarea, que llevarlo hasta la casa de su objetivo no es un detalle, sino la excusa para controlarlo, para que no escape, para que no pueda cometer ni un amago de echarse atrás. Intuye, además, que el piso franco está constantemente vigilado.

Durante el trayecto, mira por el espejo retrovisor con frecuencia. No le gusta que haya alguien sentado detrás de él ni que los seguros de las puertas estén echados; tampoco que el silencio reine dentro del vehículo.

—¿Por qué vienen ellos dos? —pregunta al Señorito.

—Vamos a la bolera —contesta este—. Tenemos una liga.

Poco después llegan hasta una zona residencial en la que cada casa parece tener piscina y jardín. En una de ellas vive su objetivo, aunque no sabe en cuál. Cuando el coche se para en una de las calles, mira al Señorito esperando que le indique cuál es la casa, pero este parece preocupado por otra cosa.

El Varón oye golpes que proceden del maletero.

—¿Qué es eso?

—Serán los bolos, que están impacientes —contesta el Señorito antes de lanzar una mirada de reproche a los dos hombres sentados atrás.

Los pestillos de las puertas saltan hacia arriba, y el Señorito señala hacia una de las casas. El Varón se baja del coche y mira cómo se aleja de allí a gran velocidad, golpes en el maletero incluidos.

Camina unos metros antes de llegar a su objetivo, una casa grande, de dos plantas, rodeada de setos bien cuidados y que promete contar con piscina y jardín propios. Sabe que no hay perros dentro, que no hay cámaras de seguridad y que no hay alarma.

Antes de saltar el muro y los setos, se tapa la cara con un pasamontañas negro que hace juego con el resto de su vestimenta: un chándal de marca —hasta para matar hay clases— y una mochila.

El césped del jardín está húmedo, parece que lo han regado hace poco. Su olor hace que disfrute de los escasos segundos que tarda en llegar hasta una de las ventanas, la única desde la cual se aprecia luz en el interior.

Aunque las cortinas se lo dificultan, a través de ellas es capaz de ver a una pareja, la misma que aparecía sonriente en la foto que le dio el jefe. Los dos leen.

Ella, un libro en el sillón.

Él, un periódico en el sofá.

De fondo suena música clásica.

Intenta averiguar qué libro es el que lee la mujer. Su tiempo en la cárcel lo ha invertido, sobre todo, en leer las novelas que había disponibles en la biblioteca. Clásicos, en su mayoría. Antes de entrar en la cárcel jamás se había interesado en Dumas, Lope de Vega, Homero o Quevedo, y ahora, aun a punto de matar a todos los inquilinos que encuentre en la casa, se sorprende con una curiosidad implacable por saber qué está leyendo su próxima víctima. Quizá, piensa, la deje terminar si considera que la novela lo merece. A él no le gustaría morir dejando a medias una buena lectura.

Sin poder identificar el libro, decide apartarse de la ventana y buscar otro acceso a la casa. Comprueba que no hayan dejado una copia de la llave oculta entre las macetas, algo que sorprendentemente muchas personas imitan de las películas americanas, como si los criminales no fueran al cine, como si no fueran gente de apariencia normal.

En la cárcel ha convivido con asesinos, ladrones, estafadores, violadores y pederastas. Todos, por supuesto, inocentes de sus condenas, pero todos, eso sí, de apariencia perfectamente normal. Ninguno tenía la mirada perturbadora. A ninguno lo acompañaba una banda sonora cuando aparecía por una esquina. Gente corriente, de la que compra en el mismo supermercado que el profesor del colegio, que lleva el coche al mismo taller que el abogado o que veranea en la misma playa que el carnicero. A veces, los asesinos eran el profesor, el abogado o el carnicero. Gente normal que un día, o dos, o muchos,

mata, roba, viola, y se convierte en lo que nunca nadie habría creído que era, ni siquiera el vecino al que siempre saludaba en el ascensor: un monstruo.

La casa sólo tiene una puerta de acceso, la principal, y como nadie ha dejado una llave bajo un macetero, la descarta como punto de entrada. Continúa su rodeo en busca de más ventanas, pero todas están cerradas, y abrirlas desde fuera significaría hacer un ruido que podría alertar a la pareja. Mira hacia la planta superior: en ella hay una ventana abierta por la que aparece, como si de un bailarín se tratara, una cortina que entra y sale mecida por el viento.

Esa ventana parece la mejor forma de entrar, pero la fachada es lisa, imposible de trepar. Mira a su alrededor. En una de las esquinas hay un cobertizo que promete tener soluciones en su interior. Llega hasta él con sigilo y comprueba que la puerta no tiene cerradura ni candado.

«¿Quién querría robar lo que hay dentro de un cobertizo?».

Dentro encuentra lo que necesita. Junto a una mesa pequeña con herramientas, hay una escalera de mano con sus correspondientes salpicaduras de pintura blanca.

«Servirá».

La coloca bajo la ventana sin esfuerzo, se asegura de que la escalera no se vaya a caer y sube hasta colarse en la casa. Rebusca en la mochila hasta encontrar la linterna e inspecciona la planta superior. En pocos segundos confirma su intuición: no hay nadie.

Desciende por las escaleras de la casa y revisa el resto de la planta baja. Cuando comprueba que allí sólo está la pareja, enfila el camino hacia la habitación desde la que llegan los compases de alguna pieza de Mozart, o Beethoven o Bach. Jamás ha sabido identificarlos.

La pareja sigue leyendo, ajena a que un extraño con pasamontañas ha entrado en su hogar y espera el momento idóneo para matarlos. Para empezar a matarlos.

Ese momento llega cuando el hombre le habla a su mujer.

—¿Te queda mucho? Me voy a la cama.

Ella hace una pausa en su lectura, repasa las páginas que le quedan para terminar el libro y contesta antes de seguir leyendo.

—Sólo me quedan dos páginas, espérame.

El hombre asiente y deja el periódico en la mesa que hay delante del sofá. El Varón saca su pistola y espera, paciente, a que ella termine de leer las dos páginas.

—Ya. —Anuncia ella tras cerrar el libro de golpe y sonriente.

—¿Te ha gustado?

—Me ha encantado. No es una novela más, es la novela.

Ella se levanta y un disparo ahoga de forma puntual la música clásica. Cae sobre el sillón, muerta, en cuanto una bala se aloja en su

cabeza. El hombre, con la mirada puesta en su mujer, no ve llegar al Varón, que lo golpea en la cabeza con la culata de la pistola. Otra vez. Y una más. Y otra.

Con aquel hombre inconsciente en el suelo, el Varón echa las persianas y corre las cortinas para evitar miradas indiscretas, aunque sabe que no las habrá. En esas zonas residenciales nadie le importa a nadie.

Mientras arrastra el cuerpo del hombre por el suelo, ve cómo se dibuja un surco de sangre bajo él. A pesar de su fuerza, le cuesta subirlo al sofá y, cuando lo consigue, utiliza varias cuerdas para inmovilizarlo. Lo deja tumbado y extendido por completo, con los brazos y las piernas en tensión.

Le toma el pulso y comprueba que está vivo.

«Mala suerte».

Saca de la mochila las herramientas que va a utilizar y las coloca en el suelo en un orden concreto. Se ha propuesto usarlas todas sin repetirse, como si así fueran las reglas de un juego que le permite hacer su trabajo sin pararse a pensar demasiado en él, como si eso lo ayudara a no perder la cabeza por lo que va a hacer. En cuanto el hombre recupere la consciencia, empezará a torturarlo. Sin prisa.

Mientras tanto, le puede la curiosidad y coge la novela que leía la mujer.

«El Conde de Montecristo».

Coincide con ella en que es una novela con mayúsculas. Se alegra de haberla dejado terminar y de que haya muerto sin sufrimiento.

Vuelve hacia el sofá y mira el reloj. Quiere empezar cuanto antes para acabar cuanto antes. Saca un pequeño bote de colonia de la mochila y se moja los dedos. Luego, se los introduce en la nariz y aspira con fuerza para que el perfume se adentre lo máximo posible. Los olores que van a aflorar a partir de ese momento no serán agradables.

Abofetea la cara del hombre para que despierte, y este parece reaccionar. En cuanto empieza a moverse, le tapa la boca con cinta americana y le clava el sacacorchos en el ojo.

«Sacacorchos, usado».

Se detiene a mirarlo. El hombre agita la cabeza y trata de gritar, aunque la cinta que tapa su boca se lo impide. El sacacorchos se balancea y el Varón experimenta una sensación de dolor en su propio ojo. Siempre ha sido muy empático, diría que incluso hipocondríaco. Quizá algún día escriba una novela sobre un asesino hipocondríaco, piensa. Sería divertida.

Cuando el sacacorchos cae al suelo con algo pegado a la punta, mira el resto de las herramientas para elegir la siguiente.

Escoge la caja de cerillas y los alicates. De fondo suena música

clásica.

Después de una hora y media, se permite descansar. Su trabajo casi ha llegado al final. El hombre, que al principio ha luchado con la fuerza de un animal salvaje al que enjaulan por primera vez, ha ido dando la batalla por perdida a medida que pasaba el tiempo. La cuenca del ojo le sangra, al igual que el lugar donde antes tenía sendos pezones. El único dedo que le queda en una mano apenas se distingue de un chorizo recién embutido, y su estómago tiene menos jugos dentro que repartidos por la alfombra del salón. En pocos minutos habrá muerto.

El Varón limpia los utensilios y apaga la música. Quita el exceso de sangre y piel que hay pegados a ellos antes de guardarlos en la mochila, deja esta junto a la puerta del salón y sale al pasillo. No quiere estar junto a la víctima sus últimos minutos de vida, prefiere dejarle su parcela de intimidad, su merecida calma después de lo sufrido.

Unos minutos después deja de escuchar ruido, aunque decide quedarse en el pasillo un poco más. Querría rezar algo por el alma del muerto, pero en la cárcel se le escapó la poca fe con la que entró, precisamente porque allí dentro casi todos los criminales rebosaban de ella.

La casa está en silencio. Es capaz de escuchar sus propios latidos, la respiración aún agitada por el esfuerzo. Pero:

Un ruido llama su atención.

Alguien se mueve en el salón.

Y un teléfono suena.

8

Ángel Costa detiene el coche, apaga las luces, el motor, y se enciende un cigarrillo. La calle tiene un aspecto muy diferente al que tenía por la mañana. Ahora, la luz de la luna y la humedad que flota en el aire convierten la zona en un escenario tenebroso, ideal para rodar alguna de esas películas de terror por las que jamás pagaría por ver.

Baja del coche y camina con lentitud, estudiando la calle. A uno y otro lado hay verjas, setos y muros de piedra que impiden ver gran parte de las casas. Intuye que todas tienen piscina, garaje y cuarto de invitados, pero que sus dueños no tienen tiempo para bañarse, arreglar el coche o tener amigos.

Los setos en los que trabajaba el jardinero por la mañana han quedado perfectamente recortados y desprenden un olor agradable que disfruta entre calada y calada. Más allá de ellos está la casa de la señora Petón, donde ninguna ventana muestra luz en su interior.

Avanza —aún con dolor en la pierna— hasta la puerta que da acceso al jardín y llama al timbre. Desde allí es capaz de oír el sonido que se reproduce dentro de la casa. En su pequeño piso alquilado, el telefonillo hace un ruido tan molesto como un cerdo en plena matanza, pero este suena a llamada celestial, a entrada nupcial en la iglesia, a coro de niños. Transcurren unos segundos hasta que vuelve a llamar, pero el resultado es el mismo: el más absoluto silencio. Demasiado para las horas que son.

Camina hasta una cabina telefónica que hay cerca de allí y marca el número de Galindo. Durante el almuerzo le ha contado que Petón ni ha aparecido por sus oficinas ni ha contestado a sus llamadas, pero quiere asegurarse de que por la tarde tampoco ha dado señales de vida. Al otro lado del teléfono, la mujer de Galindo le confirma que aún no ha vuelto.

—Llegó después de comer, se duchó, se cambió de camisa y volvió a salir. Me dijo que volvería tarde.

—Bien, dile que mañana vaya temprano a la oficina, por favor.

Vuelve hasta la casa de Petón. Colarse en ella es tentador, pero ni tiene la habilidad de Romero para abrir cerraduras ni le gusta romper ciertas reglas, sobre todo las que tienen que ver con no allanar la morada de un cliente.

Espera con paciencia profesional, cobijado del frío bajo su gabardina y su sombrero, iluminando un punto diminuto en la oscuridad de la calle cada vez que da una calada a su cigarrillo. Recuerda que tiene una carta pendiente de leer en su chaqueta, así que la coge dispuesto a su lectura. Antes siquiera de poder sacarla del sobre, se la guarda de nuevo al oír el sonido de un coche que llega desde el inicio de la calle. Los potentes faros van formando sombras siniestras en la acera hasta que se detiene junto a él. La ventanilla tintada que le devuelve el reflejo de su cara baja lentamente para dejar paso a la de la señora Petón. Parece cansada, aunque lo recibe con una sonrisa.

—No me diga que lleva aquí todo el día.

—Lo que llevo es todo el día intentando localizarla en alguno de los números que nos dio. Y, o no saben, o no contestan. Tampoco ha aparecido por sus oficinas de la Expo. Si alguien quiere matarla, lo cierto es que se lo está poniendo usted difícil.

—He llevado a mi marido hasta Madrid. Tiene que resolver asuntos urgentes en Singapur y el único vuelo disponible salía de allí.

—¿Sabe su marido que la han amenazado de muerte? —le pregunta Costa, extrañado de que la haya dejado sola.

—¡Por supuesto que no! —dice ella sonriendo—. Los mejores matrimonios son los que se ocultan las amenazas de muerte. Dígame, ¿me perdonará la espera si lo invito a una copa?

Costa mira el reloj, aunque no tiene nada mejor que hacer.

—No tengo nada mejor que hacer —dice.

El interior de la casa es tan grande y aséptico como el exterior. Los techos son altos, el suelo está encerado y las paredes apenas tienen decoración. Una mesa de operaciones no desentonaría en ese lugar. Tras recorrer un largo pasillo, ambos llegan a un despacho. En las paredes reposan varios títulos enmarcados y algunos artículos de

prensa. En todos destaca el mismo nombre: Rocío Petón.

A un lado de la mesa hay un gran ventanal desde el que puede verse el césped del jardín. Una de las paredes laterales está cubierta por una estantería enorme llena de archivadores, perfectamente ordenados por las letras que tienen en el lomo. Sin duda, Petón también trabaja cuando está en su casa.

—Sírvase, detective —dice ella tras señalar una mesa redonda repleta de botellas llenas y copas vacías.

—Señora Petón, hay algo que no logro entender de todo este asunto —dice Costa mientras se sirve—, y es por qué parece estar tan tranquila si la han amenazado de muerte.

—Yo tampoco lo entiendo, pero apenas duermo cuatro horas al día, créame cuando le digo que igual hasta me hacen un favor matándome.

—¿La Expo se inaugurará a tiempo? —se interesa Costa.

—No lo dude. Hace unos días preparamos una pequeña fiesta allí para algunos de los empresarios y políticos más importantes de Andalucía, es decir, para los mayores interesados en su fracaso, y todos salieron hablando maravillas. Fue todo un éxito.

Costa echa un trago del mejor whisky que ha probado jamás y analiza a su cliente, más que por sus palabras, por lo que hace mientras las dice. Se fija en sus manos —siempre juntas—, en su espalda —recta— y en sus piernas —cruzadas—. Aunque cree que está relajada, su postura no dice lo mismo. Hay algo que la incomoda, y quiere descubrir si es él.

—Señora Petón, ¿quién querría verla muerta?

—Cualquiera. Tengo miles de enemigos, aunque no los conozco a todos.

—Empecemos por los que conoce.

—¿Lee usted los periódicos, señor Costa?

—Sólo las esquelas. Es la única sección donde dan buenas noticias.

—Lea alguna vez la sección local. Casi cada día hay un ataque a lo que hago en la Expo. Mentiras, difamaciones, insultos muy graves. Empiece por ahí.

—¿No hay nadie que tenga motivos personales?

—No sé separar lo personal de lo profesional. Mire, sólo en Sevilla hay más de dos mil empresas dedicadas de una manera u otra a la construcción, y casi todas han intentado sobornarme o hacerme favores que no he pedido a cambio de un poco del enorme pastel que suponen las obras de la Expo. En esos archivadores de ahí tiene informes privados de políticos, empresarios y grandes inversores, cualquiera de ellos podría tener motivos para matarme.

Un ruido hace que Petón se calle y que Costa gire la cabeza.

—Mogote, eres tú —dice ella sonriendo al gato que acaba de aparecer en el despacho—. ¿Le gustan los gatos?

—No mucho. Se parecen demasiado a las personas.

—Este es muy especial. Sólo se fía de la gente a la que conoce. Si cualquier desconocido intenta cogerlo, es tan agresivo como cualquier perro guardián.

El felino observa al detective y lo mira con ojos de amenaza, mostrando los colmillos antes de dar un paseo señorial hasta su dueña. Se sube a la mesa de un salto y se deja coger por ella, que lo acaricia en su regazo y juguetea con él. Tiene ojos verdes y el pelaje cuidado y limpio. Alrededor de su cuello tiene un collar rojo con un pequeño colgante en forma de llave. El gato vuelve a lanzar una mirada de amenaza a Costa, pero este no se da cuenta por dos motivos: no le interesan los gatos y ha visto una sombra, fugaz, al otro lado del ventanal.

La costumbre hace que se lleve la mano al interior de la chaqueta, pero el vacío que encuentra le recuerda que tuvo que dejar su pistola entre dos yonkis muertos la noche anterior y que aún no se ha hecho con otra.

—¿Ocurre algo? —Petón parece exteriorizar, por primera vez, un atisbo de temor.

El gato se revuelve entre sus brazos y emite un quejido antes de saltar al suelo para escapar por el pasillo. Al mismo tiempo, la ventana se rompe y deja pasar dos esferas grandes y pesadas que provocan un estruendo cuando impactan contra el suelo. En ellas se puede leer, en letras doradas, «Bolera Dámaso».

Petón se levanta, pero Costa le hace una señal para que se quede quieta. Al igual que tras una pelota que rueda por la calle suele aparecer un niño, una ventana rota suele ser la antesala de un problema mayor, y este no tarda en aparecer.

Los pocos cristales que aún quedan sujetos a la ventana se rompen, y un bulto de gran tamaño aparece por ella hasta chocar contra el suelo. El sonido es seco. A diferencia de las bolas, lo que acaba de atravesar la ventana no rueda por la habitación, sino que se queda fijo en el mismo lugar en el que ha caído. Costa es el primero en reconocer de qué se trata.

Es un cuerpo.

Un cuerpo humano.

Un cadáver.

Petón se queda sentada mientras Ángel Costa echa un vistazo por la ventana rota. Como esperaba, el jardín está vacío y, aunque lo hace, sabe que es inútil salir para encontrar a alguien. Recorre la calle en sus dos direcciones y echa un vistazo a las colindantes, pero no

encuentra a nadie en la zona, tan solo algún perro que ladra cuando pasa por delante de su casa. Quien haya tirado el cuerpo tenía preparada una huida rápida y eficaz.

Al regresar, encuentra a la señora Petón con una copa en las manos que apura de un trago. A su lado tiene una botella casi vacía que le ha parecido ver casi llena unos minutos antes. La mujer no le quita ojo al cadáver que decora su despacho.

El detective se acerca hasta el cuerpo y lo voltea. Tiene la cabeza cubierta por una bolsa negra de basura. Está anudada al cuerpo a la altura del cuello, donde puede ver marcas de haber sido estrangulado. Se fija en las manos. La derecha apenas tiene algún rasguño, mientras que la izquierda tiene restos de sangre sobre los nudillos y entre el par de uñas que parecen haber resistido a la lucha.

—¿Quién es? —pregunta Petón en los dos segundos de descanso que se permite entre su tercera y cuarta copa seguidas.

Él se gira hacia ella y echa un vistazo a la mesa. Coge unas pequeñas tijeras, vuelve junto al cadáver y corta las ataduras de la bolsa. A medida que descubre la cara tapada del muerto, reconoce la barbilla, la boca, la nariz y los ojos.

No hace caso a su anfitriona, que vuelve a repetirle la misma pregunta que antes, y coge una de las botellas. Ni siquiera se fija en si es whisky, ron o agua mineral, aunque descarta esto último cuando el calor recorre su garganta en el largo trago que echa. Petón deja de preguntarle quién es el muerto desde el momento en el que la mira fijamente y se sienta frente a ella para encenderse un cigarro.

Con él en los labios, alcanza el teléfono que hay sobre la mesa y lo gira hacia sí. Marca un número, se quita el cigarrillo de la boca y empieza a hablar mientras los tonos se suceden en el auricular.

—Señora Petón, ahora que las visitas nos han dejado a solas va usted a hacerme un favor. En cuanto el culo gordo de mi jefe salga de la cama para coger el teléfono, va a explicarnos con todo lujo de detalles por qué acudió a nosotros y no a cualquier otra agencia de detectives o a la policía. Quiero entender por qué han lanzado a través de la ventana de su despacho el cadáver de Jorge Galindo, mi compañero en Detectives Alkorta.

9

El teléfono suena en el salón. Allí, lo que queda de Aitor Alkorta se arrastra por el suelo, muy poco a poco, hasta la mesilla del aparato. Se guía por el sonido, ya que la vista es un sentido que ha perdido en algún momento de la noche. Logra alcanzar la fina pata de la mesa antes de que llegue su torturador, ese que se va a convertir en su asesino en el mismo momento en el que el teléfono caiga. El disparo suena con el auricular ya en el aire, y quienquiera que haya llamado ha tenido que oírlo. Al Varón no le preocupa, estará fuera de esa casa en menos de dos minutos.

Su trabajo ha concluido y, aunque no se siente satisfecho por el final —las indicaciones eran claras respecto a cómo debía morir el director de Detectives Alkorta—, cree que todo ha salido a la perfección. Antes de irse, saca una foto con la cámara Polaroid.

«Me servirá», piensa cuando ve la instantánea que ha tomado revelándose poco a poco entre sus manos.

Esta vez no hay nadie para recogerlo en coche, pero lo prefiere así. Se aleja de la casa de Aitor Alkorta con la mirada puesta en las estrellas, la luna, las nubes grises que se distinguen a lo lejos… El cielo de noche siempre lo ha fascinado. Disfruta contemplándolo como si acabara de descubrir todos sus sentidos. Le gusta el frío viento acariciando su cara. El aire, puro y limpio, entrando en sus castigados pulmones. El silencio de la ciudad que duerme, el grillo que se calla cuando pasa cerca.

Antes de volver al piso franco, hace una parada en uno de los pocos bares que aún siguen abiertos de los que frecuentaba antes de entrar en prisión. Si no recuerda mal, en él no cierran la cocina hasta bien entrada la madrugada, y matar le ha dado hambre.

El resto de los clientes del bar no se fija especialmente en él al entrar, tampoco la dueña, una judía de nariz aguileña, cuando le sirve una cerveza y un *shoarma* cargado de carne de cordero. Entre bocado y trago, se limpia con la servilleta y un palillo de dientes los restos de sangre ajena que se descubre bajo las uñas.

Cuatro cervezas después, abandona el bar con su mochila al hombro, igual de anónimo que como entró, aparentando ser alguien perfectamente normal.

Sin música de suspense.

Sin miradas de sospecha.

Sin dar miedo.

10

El coche de Costa derrapa antes de detenerse frente a la casa de Alkorta. Pocos segundos después llega Vargas, que no vive muy lejos de allí. Cuando lo ha llamado no le ha dado detalles de lo ocurrido, sólo que Alkorta parecía en peligro. No ha mencionado nada del disparo que ha oído por teléfono ni mucho menos que Galindo trabaja ahora como alfombra en el despacho de la señora Petón.

—¿Has llamado a Romero? —pregunta Costa.

—Sí, pero no contesta —dice Vargas—. ¿Esperamos a Galindo o entramos?

—Creo que Galindo no va a poder venir, Vargas.

Los dos detectives saltan por encima de los setos y llegan hasta la puerta principal de la casa. Vargas se sitúa frente a ella. Costa pega su espalda a la pared y llama al timbre, pero obtiene lo que esperaba, silencio. Ambos dan un rodeo a la casa, las ventanas están cerradas y las persianas echadas por completo. El único acceso que encuentran es una ventana abierta en la planta superior y una escalera de mano que llega hasta ella, como si se la hubieran preparado para entrar.

—Es una trampa —dice Vargas.

Costa hace caso omiso, sube por las escaleras y le indica a su compañero que haga lo mismo. El interior de la habitación está oscuro, al igual que el resto de la casa. Inspeccionan primero la planta superior antes de bajar. No parece haber nada extraño en las dos habitaciones y el baño que hay en ella. Cuando descienden por las escaleras, la cosa cambia. Cambia la oscuridad, a la que ya se han acostumbrado, y cambia el olor, cada vez más fuerte.

—¿Tú también hueles a colonia? —susurra Vargas antes de llegar al salón.

Costa afirma con la cabeza. Mezclado con un olor desagradable hay un ligero aroma a colonia que se mantiene en el ambiente.

El resto de la planta baja está vacía. Cocina, baño y comedor. Tan sólo les queda registrar el salón, donde el olor se hace más fuerte a medida que se acercan. Costa tantea la pared para buscar un interruptor. Cuando lo encuentra y la bombilla ilumina la habitación, su compañero vomita.

La escena que tienen ante sí es perfecta para arruinarse yendo a un psicólogo de por vida. La mujer del jefe yace tendida sobre un sillón, con un disparo en la cabeza y la cara cubierta de sangre seca. Alkorta, que ahora pesa menos, está repartido entre el suelo y el otro sofá.

Vargas pisa algo cuando consigue controlar las arcadas y se acerca a los cadáveres.

—¿Qué es esto? —dice mientras despega el pie del suelo.

—Creo que el ojo bueno de Alkorta.

Vargas quiere vomitar de nuevo, pero sólo consigue escupir algo de saliva. Costa se desentiende de su compañero y observa la escena. No tiene dudas de que se trata de un trabajo profesional.

—El objetivo era él. Con ella ha sido rápido.

—¿Llamamos a la policía?

—Llama tú —dice Costa encarando la puerta.

—¿Qué vas a hacer?

—Vengarme.

—¿De quién?

—No tengo todas las respuestas, Vargas, no soy tu mujer.

11

Repasa el plan en su cabeza una y otra vez. Lleva varios días mentalizándose de que es la única forma de salir de allí, y cada vez que se imagina libre, su corazón se le acelera.

Ha puesto su mente a trabajar en los detalles de la huida durante todas las horas del día.

Come y planea.

Habla del tiempo y planea.

Ve la tele y planea.

Duerme y tiene pesadillas.

Es capaz de centrar todos sus pensamientos en un mismo objetivo. No siente odio, ni miedo ni tristeza. Diría que incluso disfruta por tener algo que la mantenga ocupada allí dentro.

Mira a Manuela, tumbada en el sofá del salón mientras en la tele unos dibujos animados cantan una canción tan horrible como pegadiza. Vive ajena a la realidad. Sigue creyendo, en su inocencia infantil, que está con su familia, que en esa casa la quieren y la cuidan, que nada malo podría pasarle. Es como cualquier niña de su edad, no tiene miedo a caerse del sofá porque sabe que siempre habrá alguien que la sostenga. No teme al mundo porque aún no ha conocido sus horrores, sólo una burbuja de protección.

Será complicado convencerla de que lo mejor es huir de allí. Esa es, piensa, la única fisura que puede tener su plan, que la persona a la que quiere salvar no se crea necesitada de salvación. Eso, y que no suele obedecerle.

Sus pensamientos se esfuman cuando suena el timbre de la casona. Se ve tentada de ir hacia la puerta para abrir, pero sabe que no lo tiene permitido. Tampoco lo hacen los dos hombres que suelen pasearse por la casa durante el día y que, sin ninguna duda, están allí para vigilarlas.

El timbre suena otra vez, y unos pasos lentos bajan las escaleras desde la planta superior y se arrastran hasta la puerta principal. Oye cómo se abre y lo que parece la voz de un niño.

—¿Puedo jugar con la niña que vive aquí?

—No. Ya es muy tarde —responde una voz desde dentro.

—¿Puedo venir a jugar otro día?

—No. Y como vuelvas a venir, se lo diré a tus padres.

—No tengo padres, vivo con mi abuela y me aburro con ella.

El portazo no suena como un signo de interrogación, sino como una exclamación, un mensaje claro y conciso de que no es bien recibido en la casona.

Vuelve a oír los mismos pasos que antes, aunque ahora se

aproximan al salón con su cadencia fúnebre. Por el marco de la puerta aparece tía Consuelo.

No sabe qué edad tiene, pero calcula que roza los ochenta. Vestido negro, medias negras, zapatos negros. Pelo canoso recogido en un moño simplón. La anciana clonada. Exactamente igual al resto de mujeres de su edad que hay en ese pueblo. Si pudiera ir a la plaza, si la dejaran salir más allá del patio, las vería a todas comprando el mismo hueso salado, el mismo tocino y el mismo jarrete para hacer un puchero idéntico. Todas de luto. Casi todas más felices solas que cuando estuvieron acompañadas.

No quiere ser una de ellas.

Tiene que escapar.

Con Manuela o sin vida.

La anciana apaga la televisión, aunque la imagen de los dibujos animados aún permanece congelada en la pantalla unos segundos después. Mira a la pequeña y sonríe, luego la mira a ella y sonríe aún más. Vuelve a ser de noche, y es hora de regresar a la habitación.

La casona, que durante el día está llena de gente, se vacía al caer la noche. Es entonces cuando Manuela y ella deben subir a su dormitorio para que las encierren allí hasta el día siguiente. Cada noche la misma rutina. Los mismos pensamientos mientras avanzan por el pasillo detrás de la anciana y su vela encendida, a la espalda de unos zapatos que se arrastran por el viejo suelo de madera.

Tiene gracia, piensa, pero sólo se siente segura cuando la llave las separa de la anciana, cuando Manuela y ella pueden jugar a solas en una escena parecida a la que cualquier madre y su hija podrían tener en su propia casa.

—Veo, veo.

—¿Qué ves?

12

El reloj marca las cuatro de la madrugada cuando Ángel Costa llega a la oficina de Detectives Alkorta. Antes de dormir y de tratar de analizarlo todo, quiere comprobar algo. Si lo hiciera al revés, quizá tendría problemas.

El ascensor lo deja en la cuarta planta. Recorre un pasillo oscuro de aspecto muy diferente al que suele tener de día, cuando las personas con problemas suelen ir en busca de la primera agencia de detectives que aparece en las Páginas Amarillas. A cada lado del pasillo hay puertas que dan entrada a oficinas de todo tipo. Un notario, un bufete de abogados, un despacho de arquitectos y un podólogo comparten planta con ellos. Al final del corredor, en la última puerta, un letrero plateado indica en letras negras «Detectives Alkorta». Está desgastado y ha perdido el brillo por el paso del tiempo, pero aún es capaz de verse reflejado en él. Introduce la llave y abre la puerta. Enciende la luz, deja su gabardina y el sombrero sobre su escritorio y se dirige hacia el de Romero. Luego registra sus cajones hasta encontrar lo que buscaba: un pequeño juego de ganzúas.

Se acerca hacia la puerta del despacho de Alkorta, pero cuando se dispone a forzar la cerradura —el jefe jamás la deja abierta en su ausencia—, descubre que se le han adelantado. El despacho parece una caseta de la Feria el día después de los fuegos. Los cajones del escritorio están volcados por encima, y el suelo apenas se distingue bajo los documentos y archivadores que hay repartidos por toda la habitación. Lo que hubiera pretendido encontrar allí, seguro que ya no está.

El que va a ser su último caso en Detectives Alkorta se complica más cada hora que transcurre. Revisa los papeles que hay tirados, pero ninguno parece reseñable. Facturas, informes de casos rutinarios y alguna que otra carta oficial. Nada importante. Allí no hay nada que hacer.

Al ver las cartas del suelo recuerda que tiene una guardada en el bolsillo de su chaqueta que aún no ha leído. Abre el minibar del jefe y se echa una copa del coñac más caro que hay, reservado para tomar con los clientes más importantes. Se sienta en la butaca y saca la carta de su chaqueta. Mantiene el alcohol unos segundos en la boca mientras coge un abrecartas de la mesa, pero, antes de abrir el sobre, oye un ruido fuera del despacho. Se guarda la carta de nuevo, vacía el vaso de un trago y empuña el abrecartas como si fuera una navaja. Están abriendo la puerta principal de la oficina, parece que con llave.

Aunque se le pasa por la cabeza, no le da tiempo a llegar hasta ella para ocultarse detrás. Tampoco le serviría de nada hacerlo tras la

butaca o alguna mesa, ha dejado todas las luces de la oficina encendidas, por no mencionar que prefiere la peor de las torturas a que lo encuentren escondido en una postura ridícula detrás de una mesa.

La puerta se abre. Tras ella aparece Romero, que no se sorprende al verlo allí. Ambos se miran sin decirse nada. Su compañero se limita a quitarse la chaqueta, sentarse en su silla y reclinarse mirando al techo. Tiene marcas en el lado derecho de la cara, donde distingue lo que parece un arañazo.

—Me han cogido —dice Romero.

Costa se guarda el abrecartas en el bolsillo del pantalón y se acerca hasta él.

—¿Quién?

—Las dos. Me la tenían preparada. Resulta que coincidieron hace poco en una fiesta, se contaron sus ligues y, bueno, digamos que no tardaron en descubrir que se acostaban con el mismo detective. Esta noche he llevado a mi mujer a un restaurante nuevo que han abierto en la calle Betis. Imagínate. El río, la luna, velas. Muy mal se me tenía que dar la cena para no acabar cabalgando como John Wayne.

—Y al final has acabado como Pajares y Esteso.

Romero hace una mueca sin dejar de mirar el techo. Apesta a alcohol, y Costa se fija en que tiene la camisa y parte de la chaqueta mojadas.

—Todo iba genial, hasta que mi mujer le ha pedido al camarero el postre especial. Entonces ha sido cuando ha aparecido la otra. Habían preparado una puta obra de teatro. Y el restaurante lleno, ¿sabes?

—Cuando se juega con fuego hay que aceptar las quemaduras, Romero.

Su compañero gira la cabeza para mirarlo fugazmente antes de volver a su postura original y apoyar las piernas sobre la mesa.

—Si no te importa, me gustaría dormir. Mañana tendré que recoger las pocas cosas que no haya quemado mi mujer.

—Claro, disculpa —dice Costa poniéndose su gabardina y su sombrero.

Antes de abrir la puerta, Romero le pregunta recostado y aún con los ojos cerrados.

—¿Qué haces tú aquí, por cierto?

—Averiguar por qué han matado esta noche al jefe, a su mujer y a Galindo.

Unos minutos después, Costa aparca por fin en su calle. El barrio de los Remedios es tranquilo y silencioso a esas horas de la madrugada, aunque en cuanto amanezca se llenará del ruido que provocan los albañiles y las grúas que no dejan de construir bloques de pisos. Tiene

la duda razonable de si podrá dormir algo en las pocas horas que le quedan por delante, no tanto por poder conciliar el sueño después del día que lleva —ver el cadáver torturado de tu jefe no siempre es placentero—, sino porque cada vez que necesita dormir, acaba pasando algo que se lo impide.

Al llegar a su portal, hay algo que le llama la atención: las luces están apagadas. En el afán de sus vecinos por evitar que entren delincuentes a sus pisos, siempre mantienen las luces del portal encendidas y, en los dos años que lleva viviendo allí, jamás se las ha encontrado apagadas de madrugada, que, por otro lado, es su hora habitual de regresar a casa.

Introduce la llave y abre la puerta despacio, sube los dos escalones que hay en mitad del portal y alza la mano hasta tocar la bombilla que debería estar encendida. Simplemente está desenroscada, pero nota que aún está caliente, ha pasado poco tiempo desde que está así.

Al enroscarla se hace la luz de inmediato, y desde donde antes sólo había oscuridad, aparecen dos hombres que se abalanzan sobre él. Jamás ha ido a una de esas aburridas juntas de la comunidad que se celebran allí mismo, pero le parece que ninguno de los dos es vecino suyo.

El ataque lo tienen bien ensayado. Uno de ellos lo agarra por los brazos mientras el otro le clava los puños una y otra vez en el abdomen. Intenta recibir cada golpe colocando su cuerpo de manera que no le den en las costillas, pero el hombre que lo inmoviliza a su espalda parece tener experiencia. O actúa rápido, o lo van a matar allí mismo.

En una de las acometidas del hombre que maltrata su torso, consigue interponer su pierna buena entre ellos, pero en lugar de darle una patada, Costa lo utiliza para tomar impulso hacia atrás y provoca que el que lo tiene agarrado pierda el equilibrio y ambos caigan de espaldas. Antes de que puedan alcanzarlo de nuevo, llega hasta el interruptor del portal y apaga las luces.

—Bloquea las escaleras, yo tapo la puerta —ordena uno de ellos, aunque la oscuridad no le deja identificar quién.

—Saca la navaja —contesta el otro.

Costa se mantiene agazapado tras una columna en la parte más oscura del amplio portal. Su casa ha dejado de ser un lugar seguro, así que en su plan de huida sólo contempla salir a la calle. Vivo, a poder ser. El problema es que uno de los hombres se ha puesto delante de la puerta principal y no parece que vaya a dejarlo pasar.

Costa se palpa el bolsillo del pantalón y saca el abrecartas que cogió en el despacho de Alkorta.

«Servirá».

Se prepara para abalanzarse sobre el guardián de la puerta, pero

antes de hacerlo siente que algo se mueve a su espalda. Sin pensárselo, se gira con el abrecartas por delante, más o menos a la altura de sus ojos, y consigue clavarlo en algo.

En alguien.

El sonido que se produce al final de su mano le hace pensar que se trata de un cuello, y la idea le gusta. Extrae el abrecartas y vuelve a clavarlo a la misma altura. Esta vez agarra con la otra mano lo que tiene delante, y confirma que lo que está acuchillando es el cuello de uno de esos hombres. Cuando este cae al suelo, se dirige hacia la puerta principal. Allí ya no ve la silueta que la tapaba, así que medita si abrir la puerta y dejar su espalda al descubierto o buscarlo entre la oscuridad antes de salir a la calle.

No duda.

Da la espalda a la puerta y achica sus ojos tratando de identificar alguna silueta que se mueva entre la oscuridad. Mira, más que con los ojos, con los oídos. Trata de calmar su pulso controlando la respiración, quiere oír con la mayor nitidez posible cualquier ruido que se produzca en el portal. Allí dentro hay alguien que debe de estar más nervioso de la cuenta, y no es él.

—¿Para quién trabajas? —pregunta Costa, al que no le importa revelar su posición.

El otro no contesta y, por la ausencia de ruido, parece que tampoco se mueve.

—Si me lo dices, saldré por esta puerta y no tendrás por qué seguirme. Hoy puede ser tu día de suerte —vuelve a intentar.

El intruso sigue sin contestar, pero algo se mueve entre la oscuridad. La luz del portal se enciende, y Costa ve cómo el hombre que está junto al interruptor lo mira con una navaja en la mano. Está sudando y parece nervioso.

—¿No piensas venir? —dice Costa al ver que no se atreve a moverse.

El otro, inmóvil, no parece muy dispuesto a abandonar su posición. Costa mira el reloj. Cada vez se le está complicando más lo de dormir.

«Otra noche igual».

Avanza, tranquilo, hacia su oponente, que prepara su mano sobre el interruptor sin llegar a accionarlo.

—Dale, apaga la luz, los mejores momentos de mi vida los he tenido a oscuras —sonríe Costa, y avanza aún más despacio hacia él.

A apenas un metro, la luz vuelve a apagarse. Da un paso rápido hacia atrás y oye el movimiento que hace su rival intentando clavar la navaja donde minutos antes golpeaba con sus puños. Costa sigue retrocediendo mientras escucha los jadeos del hombre en cada acometida al aire. Aun sin ver nada más que una silueta que se mueve entre la oscuridad, es plenamente consciente de la posición que ocupa

por los jadeos que emite, cada vez más fuertes. Continúa con su marcha atrás, y delante de él se siguen sucediendo los navajazos al aire, cada vez más desesperados, más nerviosos, más impacientes por clavarse en algo. Ahora que su rival no hace más que actuar impulsado por el miedo, llega la hora de irse a dormir.

Tras un nuevo navajazo al aire, Costa bloquea el brazo de su rival y clava el abrecartas en su estómago. Le quita la navaja sin apenas resistencia y la hunde a la altura del corazón. Ahora, además de jadeos, oye un lamento, casi un grito ahogado. Acerca sus labios hasta la oreja de aquel hombre y le lanza un susurro.

—Con miedo no se mata de frente.

Extrae la navaja y vuelve a perforar al hombre varias veces hasta que este cae, inerte, al suelo. Saca su mechero y alumbra a los hombres, a los que no recuerda haber visto antes —claro que les ha dejado las caras con más colores que el pico de Curro—. Les registra los bolsillos y encuentra algo de dinero. Le vendrá bien para dormir, aunque sólo sea unas horas, en algún hotel cercano.

13

Macarena Santos desayuna en la terraza de una cafetería. Observa entre bostezos los restos del *croissant* que flotan en el café y los aparta con la cucharilla. Apenas ha podido dormir durante la noche.

«Soy estúpida».

Nunca ha querido ser utilizada por nadie, pero ahora es exactamente así como se siente. Cuando decidió ser periodista en contra de los consejos de sus padres, soñaba con perseguir la noticia, con investigar de la nada algún escándalo y destaparlo ante el mundo. Perseguir, investigar y destapar. Esos eran los verbos con los que siempre había soñado; sin embargo, recibir información de una fuente anónima e interesada le parece más cercano a hacer de relaciones públicas que de periodista.

Ayer, por primera vez, esa persona la llamó para que se vieran. Piensa que así por fin va a ponerle cara, que podrá sacarle más información y descubrir cuáles son sus intereses ocultos. Consulta el reloj varias veces. Cuando la hora convenida se aproxima, paga el desayuno y se dirige hacia el barrio de Triana.

En la esquina de las calles Pagés del Corro y San Jacinto se encuentra la iglesia que comparte nombre con el santo. Macarena levanta la vista para contemplar la fachada —una de las más bonitas de la ciudad— aunque ahora no sea capaz de apreciar su belleza. Atraviesa un patio lleno de excrementos de palomas, pasa junto a un árbol casi tan alto como la iglesia y accede por la puerta principal.

Dentro, casi todos los bancos están vacíos. Se sienta, como le han indicado por teléfono, en el penúltimo de ellos y se fija en los de las primeras filas, donde sólo ve mujeres que se arrodillan para rezar. Desde allí parecen ancianas, demasiado mayores como para estar de rodillas durante mucho tiempo. El interior de la iglesia está fresco, y el sonido parece que se multiplica por el eco que producen las paredes lejanas y los techos altos de la nave.

Aunque está atenta a cualquier movimiento que se produzca dentro, no oye que alguien entra por la puerta principal y se arrodilla tras ella en el último banco de la iglesia. Sólo se da cuenta cuando la madera de su banco cruje y una voz, la misma que la ha llamado para citarla allí, le habla muy cerca del oído.

—¿No te parece interesante todo lo que te he enviado?

Macarena no responde de inmediato. Quiere elegir bien lo que dice, pero aún mejor lo que no quiere decir.

—Necesito hacer algunas comprobaciones, contrastar lo que me has enviado.

—Haces bien, no esperaría otra cosa de una periodista como tú, pero ya deberías haber comprobado que todo lo que te he dicho es

cierto.

—Quiero un nombre. Saber a quién estás jodiendo.

—Vengo a dártelo, pero necesito asegurarme de que vais a publicarlo todo de inmediato.

Macarena intenta girarse para verle la cara, pero en cuanto siente algo punzante al final de la espalda, vuelve a mirar hacia adelante.

—¿Quién carajo eres? —pregunta, procurando que no se note que está nerviosa.

—Alguien que toma precauciones, sólo eso.

La periodista ve por el rabillo del ojo que coloca algo en el banco, de color blanco, a su derecha. Por el sonido que hace al arrastrarlo por la madera, intuye que se trata de papel, algún sobre, quizá. Alarga la mano sin girar la cabeza y lo coge.

—Guárdate eso en el bolso y no lo abras hasta que me haya ido. Dentro tienes el nombre que buscas y un adelanto de cómo acabarás si no se publica todo en la edición de mañana.

Obedece y guarda el sobre en su bolso. Deja de sentir la punzada en su espalda y oye cómo a través de la puerta principal de la iglesia empieza a entrar gente. A pesar de estar en un lugar sagrado, hablan más alto de lo normal. En apenas unos segundos, los primeros bancos de la iglesia se llenan. Hombres con traje de chaqueta, mujeres con vestidos elegantes, niños, carritos de bebés. El barullo va en aumento, y cada vez hay más gente allí dentro.

Un niño corretea por un lateral, junto a los confesionarios, y ella no evita dirigir su mirada hacia él. Esta vez no siente nada en su espalda, ni siquiera nota la presencia que hasta hace poco había detrás de ella. Mientras la madre del niño le pega una bofetada que lo hace llorar, Macarena se gira lentamente sobre sí misma para comprobar que en el banco trasero ya no hay nadie, tan sólo queda un aroma a colonia que se disipa antes de que el novio de la boda haga su aparición por la puerta principal de la iglesia.

14

El Varón sale de la iglesia y se sumerge entre la marea de gente que

quiere entrar en ella. Dobla la esquina, se coloca una gorra y unas gafas de sol, y camina con aire despreocupado. Cada cierto tiempo mira en los escaparates de las tiendas por las que pasa, encontrando siempre el reflejo de un hombre que lo persigue unos metros por detrás. Evalúa las posibilidades de girarse y pedirle que le alegre el día, pero decide pasar desapercibido por la calle, si es que un *bigfoot* con gorra y gafas de sol es capaz de hacerlo.

A medida que se acerca al piso franco, el hombre que lo sigue deja más distancia entre ellos, hasta que se mete en una cabina telefónica un par de calles antes. El Varón llega a su portal, sube por las escaleras hasta el cuarto piso y se da cuenta de que tiene visita en el mismo momento en el que introduce la llave en la puerta.

Sentado en el sofá del salón lo espera un traje italiano recién planchado, un pelo engominado lleno de canas y una amplia sonrisa. Esta vez no tiene una copa de vino en las manos, sino el auricular del teléfono.

—Ya está aquí, gracias —dice en voz alta antes de colgar con suavidad.

El Varón se queda de pie, con la mirada puesta en él mientras baraja opciones en su mente. Cuando se reparten las cartas, confirma que tiene las peores.

—¿De paseo?

—Quería tomar el aire, supongo que lo tengo permitido.

—¡Por supuesto, Varón! Lo que no te hacía era muy devoto. Casi no te reconozco, a la iglesia tan temprano.

—No podía dormir.

—Espero que hayas ido a rezar y no a confesarte.

En lugar de contestar, deja la gorra y las gafas de sol sobre la mesa. En ella hay un sobre, blanco, que no estaba antes de su excursión. Se queda mirándolo, inquieto. Se parece mucho al que acaba de darle a la periodista en la iglesia.

—Ah —dice su visita—, eso es para ti, pero ábrelo después, cuando me haya ido.

—Imagino que no has venido sólo para esto.

—No, Varón. Vengo a recordarte ciertas cosas. Tu trabajo era claro y las órdenes muy concisas. No sé si te estás ablandando o es que estás desentrenado, pero sabes que no acepto fallos. Sabes lo que está en juego, ¿verdad?

El Varón calla. El silencio es la mejor respuesta, lo sabe desde que era un crío. A veces es mejor que la rueda pare sola, y casi nunca se consigue con palabras. Los dos se mantienen la mirada unos segundos, los suficientes como para leerse el pensamiento de forma mutua. El que sonríe se levanta, se sacude el traje como si se hubiera sentado sobre arena y pasa por el lado del otro sin tocarlo. Antes de abrir la

puerta para irse, se dirige por última vez al Varón.

—Si vuelves a salir sin avisar, te compraré una corona de flores. Una bonita, eso sí.

15

Macarena llega a la redacción algo agitada. Durante el trayecto entre la iglesia y el periódico se ha sentido observada, perseguida. Aunque se ha girado en varias ocasiones para comprobar si alguien la seguía, en ninguna de ellas ha visto a nadie sospechoso. Empieza a pensar que quizá no ha sido buena idea quedar en persona con su confidente, sobre todo porque no sabe quién es ni ha podido verle la cara, y él a ella, todo lo contrario.

Una vez que pasa la garita de seguridad del periódico se siente a salvo, con el sobre aún cerrado dentro del bolso y este bien apretado bajo su brazo. El sudor hace que el pelo que se escapa de su coleta caiga sobre la sien y se pegue a la piel. Está deseando estar en casa y quedarse en bragas tumbada en el sofá, pero algo le dice que el día va a ser largo.

En cuanto llega a su escritorio y comprueba que ninguno de sus compañeros la mira, saca el sobre del bolso y lo abre. De su interior extrae una foto. La calidad no es muy buena ni se ve con nitidez, pero en cada detalle en el que se fija encuentra algo más perturbador que en el anterior.

«No debería haber ido», se dice mientras piensa en su breve encuentro en la iglesia, en su confidente, en el hombre que le ha dado esa foto y que seguramente la haya tomado.

La gira para ver el dorso. Hay algo escrito a mano con rotulador negro: M. Melgarejo.

—¿Qué es eso? —pregunta una voz por detrás.

—Nada —dice ella; que mete la foto de nuevo en el sobre y este en su bolso.

Se gira y ve a su compañero Badía, sonriente, aún pendiente de lo que acaba de guardar.

—El jefe te ha echado en falta en la reunión de contenidos.

—Tenía una cita importante.

—Pues como ya estás aquí, toma.

—¿Qué es esto? —dice ella, aunque es evidente cuando coge el papel que le tiende.

—La dirección de un tal Aitor Alkorta. Ha aparecido muerto en su casa junto a su mujer. Parece que asesinato. Si quieres, te acompaño a echar un vistazo, pero de la crónica luego te encargas tú.

—Me las arreglaré sola, gracias.

Badía se encoge de hombros y se va. Desde que ambos se acostaron juntos unas semanas atrás, Macarena trata de evitarlo sin éxito, aunque afortunadamente suele aceptar un no a la primera.

Va al baño, se encierra en uno de los retretes y saca de nuevo la

foto. A pesar de estar acostumbrada a hablar de asesinatos y secuestros desde que cubre la sección de sucesos, es la primera vez que se siente en peligro. Recuerda la amenaza que le han hecho en la iglesia unos minutos antes: «Dentro tienes el nombre que buscas y un adelanto de cómo acabarás si no se publica todo en la edición de mañana».

Acabar como el hombre de la foto no parece la mejor de las opciones.

Sale del baño y se mira la cara en el espejo. La tiene desencajada, con una expresión que jamás se ha visto. Sólo tiene una cosa clara mientras se mira.

«Nadie va a verme así».

Se echa agua en la cara, se seca las manos sobre el pelo y sale del baño con la foto bien guardada en su bolso. Va hasta la mesa de Badía y se sienta sobre ella. Este la mira, sorprendido de que vuelva a hacerle caso.

—¿Te suena M. Melgarejo?

—El que me suena es Mariano Melgarejo, pero, claro, ¿quién puede saber a qué corresponde esa eme? —bromea Badía.

—¿Quién es Mariano Melgarejo?

—Es un empresario, dueño de varias empresas de construcción a las que no les va nada mal. Tengo algún conocido que trabaja para él, arreglan las pifias que hacen otros. Cualquier día se cae un edificio y ocurre una desgracia.

—¿Sabes cómo es?

—Pues un cabrón, imagino, como cualquier empresario que se precie.

—Digo físicamente. ¿Está gordo? ¿Tiene pelo?

—¿Vas a decirme por qué te interesa tanto?

—Tengo un artículo entre manos.

—No lo he visto más que en fotos, pero no diría de él que es un tipo gordo. Además, tiene un pelazo que ya quisiera yo. Con canas, eso sí.

—Gracias, Badía, te debo una cerveza.

—Si quieres, te acompaño al aviso y nos la tomamos después.

—Mejor otro día.

Macarena apunta el nombre de Mariano Melgarejo en un papel y lo coloca junto a su artículo en la mesa del director. Si realmente quiere publicarlo, ya no tiene excusa.

El taxi deja a Macarena en una calle llena de coches de policía y curiosos. Se fija en las casas que hay a los lados, y no parecen ser de las que están acostumbradas a tener la calle abarrotada. Antes de llegar al cordón policial, se cuela entre la gente que se agolpa para

tratar de ver algo. Algunos son compañeros de otros periódicos, y reconoce entre ellos al único que le cae bien, el único que no la mira con condescendencia y que, además, no le echa miradas fugaces al escote. Fran, al que todos llaman «el Navarro» aunque haya nacido en Sanlúcar de Barrameda, sonríe al verla y se la lleva al margen de la gente. Ella se fija en sus dientes blancos y en el fuerte contraste que hacen con su barba: negra y espesa.

—¿Qué sabes? —tantea él.

—Que hay dos muertos. Un matrimonio.

—Por lo visto, a ella le han pegado un tiro en la cabeza. Muerta al instante. Pum. Sin dolor. Pero a él… a él lo han jodido pero bien. Uno de los agentes que ha llegado primero me ha contado que lo han torturado. Creen que es un ajuste de cuentas.

—¿Sabes cómo era físicamente? —pregunta ella, intentando atar cabos.

—Ni idea, pero me han dicho que está irreconocible.

—¿Era famoso?

—Entre la policía sí. Era el director de una agencia de detectives de Los Remedios. Detectives Alkorta. Tuvo varios casos sonados hará una década, aunque últimamente los delegaba todos entre sus colaboradores.

—Detective privado, eso lo hace todo mucho más interesante. ¿Un cliente insatisfecho? ¿La venganza de algún investigado? ¿Su mujer se dio cuenta de que le ponía los cuernos, lo torturó y luego se pegó un tiro?

—Próximamente en cines —dice el Navarro, sonriente.

Unos minutos después, el jefe de policía se acerca hasta la puerta de la casa y espera a que los miembros de la prensa se coloquen ante él. Macarena enseña su carnet de periodista y pasa por debajo del cordón policial junto a ellos. Saca su grabadora portátil del bolso y la coloca lo más cerca posible de la boca del policía, compitiendo por un puesto privilegiado contra varios micrófonos de la radio. El asesinato ha tenido más repercusión de lo normal, y el jefe de policía avisa de que no aceptará preguntas ni hará entrevistas personalizadas; contará la versión oficial de los hechos y se marchará.

«… una vez le hagan la autopsia os podremos dar más datos, pero no será rápido. De momento, no tenemos sospechosos ni sabemos las posibles motivaciones del asesino o grupo de asesinos, pero sí sabemos que entraron por una ventana con la ayuda de unas escaleras de mano. El robo parece descartado, ya que la casa está perfectamente ordenada y hay tanto joyas de valor como dinero. Dada la naturaleza del oficio del señor asesinado, es posible que tenga relación con alguno de sus trabajos…».

Macarena hace un inciso para guiñarle el ojo al Navarro, que le

devuelve la sonrisa y sigue atento a la declaración del jefe de policía.

«… tenemos constancia de que se ha producido otro asesinato durante la madrugada muy cerca de aquí, pero no podemos confirmar ni desmentir que estén relacionados, ya que no hemos podido identificar aún a la otra víctima, un varón de unos cuarenta años. Ea, se acabó. Y ahora todos fuera de aquí, que tenemos que llevarnos los cuerpos».

El jefe de policía da la espalda a los dos o tres periodistas que protestan por no poder hacerle preguntas. Mientras tanto, Macarena se guarda la grabadora, llena de incógnitas.

—Así que ha habido otro asesinato, eso no me lo has dicho —dice al Navarro mientras intenta mirar por encima de los setos hacia la casa.

—Acabo de enterarme. No sé dónde ha sido ni cuándo.

—Es curioso que no haya querido decirnos nada más.

—La policía sólo nos informa de lo que le conviene ver publicado.

—Pues habrá que descubrir por qué les conviene este asesinato y el otro no.

16

Ángel Costa quiere hablar de nuevo con la señora Petón, pero no cree que sea buena idea presentarse en su casa tan pronto. Cuando se fue de allí la madrugada pasada la dejó llamando a la policía, y lo más probable es que aún sigan tomándole declaración y registrando el despacho. Por otro lado, a esta hora de la mañana Vargas ya habrá declarado cómo encontró el cuerpo de Alkorta, y faltará poco para que encuentren a Romero llorando sus penas en la agencia. No tiene dudas de que tanto Petón como sus dos compañeros repetirán el mismo nombre a la policía cuando pregunten cómo se enteraron del asesinato: Ángel Costa.

A pesar de todo, se ducha en el hotel donde ha podido dormir algunas horas y decide ir a la zona en coche, aparcar a suficiente distancia de la casa de Petón y dar un paseo para despejar la mente y organizar ideas.

Enciende un cigarrillo tras ajustarse la gabardina; el día se ha quedado frío y este lo tortura tanto en la herida de la pierna como en los moratones que tiene repartidos por todo su cuerpo. Camina despacio y dolorido, con un sinfín de imágenes volando alrededor de su cabeza. En todas hay sangre fuera de sus envases originales y ojos abiertos que no ven. Muerte y muertos. Amigos y enemigos.

Durante el paseo, oye a su espalda un coche que se aproxima. Cuando van rápidos o a una velocidad normal, no suele girarse, pero si van demasiado lentos, como este, algo lo impulsa a volverse. Cuando pasa a su lado ve a un hombre conduciendo y a una mujer de copiloto, ambos jóvenes. Poco después, el coche frena y da marcha atrás hasta situarse a su lado. La chica baja la ventanilla y le habla.

—Oiga, ¿ha visto algún policía por aquí cerca?

Costa se gira para mirarla, pero no le contesta. Se limita a fumar su cigarrillo mientras continúa andando a paso lento. Ella vuelve a preguntar.

—Eh, ¿me ha oído? Buscamos algún policía.

—Prueba en una comisaría —contesta sin detenerse.

—Imbécil —dice ella cuando el coche reanuda su marcha.

Unos minutos después vuelve a ver el mismo coche, esta vez aparcado y vacío, a pocos metros de la casa de Petón. Más allá, frente a la puerta de entrada exterior, divisa tres coches patrulla y a un policía que habla con la pareja de jóvenes. Parecen discutir, aunque el agente mantiene durante todo el tiempo una actitud relajada.

Costa se apoya en el coche de la pareja a observar la escena, aunque no espera que ocurra lo que va a presenciar.

17

Macarena Santos sigue blasfemando en voz alta cuando el Navarro para el coche de un frenazo brusco.

—Mira —dice señalando tres coches de policía aparcados unos metros por delante.

—Ahí es, seguro.

Los dos periodistas se bajan del coche y caminan hacia allí. No hay ningún policía cerca, pero oyen voces lejanas que provienen de la casa frente a la que se encuentran. Tiene cierto parecido con la anterior, con setos recortados alrededor de ella y la misma promesa de que en su interior guarden un coche de gama alta. Macarena llama al timbre y oye el agradable sonido que se reproduce dentro de la casa.

—¿Pretendes que te abran? —pregunta el Navarro.

—Improviso.

Desde el telefonillo se oye una voz femenina.

—¿Quién? —dice en un tono agresivo.

—Hola, soy Macarena.

—No conozco a nadie que se llame así.

—Soy periodista, estoy investigando un asesinato que se ha producido cerca de aquí.

El telefonillo emite un sonido seco. Acaban de colgar.

La periodista vuelve a llamar al timbre y, a los pocos segundos, responde la misma voz que antes, más agresiva aún.

—Macarena, si vuelves a llamar a mi casa, tendrás que investigar tu propio asesinato.

El mismo sonido seco vuelve a confirmarle que le han colgado.

—Vámonos —dice el Navarro—, veamos en el registro a quién pertenece esta casa.

—Y una mierda.

Macarena llama por tercera vez al timbre, aunque en esta ocasión, en lugar de contestar la misma voz de antes, oye una puerta que se abre y unos gritos femeninos que llegan desde dentro antes de que un portazo los ahogue. La puerta exterior se abre y tras ella aparece un policía joven y perfectamente uniformado.

—Señores, deben irse de aquí —les dice.

—¿Por qué? —contesta Macarena.

—Porque están entorpeciendo una investigación policial.

—Y vosotros estáis entorpeciendo la verdad. Exijo saber qué ha ocurrido ahí dentro, sobre todo si se ha producido otro asesinato.

—Les ruego que se marchen —dice el policía, aunque esta vez mira al Navarro en busca de comprensión. Este afirma con la cabeza y agarra a Macarena por el brazo.

—Venga, vámonos.

—Suéltame —le dice al Navarro antes de dirigirse de nuevo al agente—. Sólo quiero hacer mi trabajo.

—Si no se marcha ahora mismo, tendré que detenerla.

Macarena lo esquiva y trata de llamar al timbre de nuevo, pero el policía la agarra por el brazo. El Navarro hace el gesto de taparse la cara, incrédulo, e intenta mediar entre ambos cuando ve a su colega inmovilizada contra la pared.

—Macarena, por favor, no te metas en más problemas y vámonos.

—Haga caso a su amigo, señorita. No tendré más paciencia.

Ella, con la mejilla apretada contra el muro de piedra que flanquea la entrada y las manos atrapadas por el policía, lanza un suspiro y afirma con la cabeza. El agente le suelta las manos y deja que se separe del muro.

—Ahora, por favor, márchense.

Pero Macarena no tiene la intención de irse. Al menos por voluntad propia. Se revuelve evitando el brazo del Navarro, que intenta retenerla en vano, y se cuela por la puerta exterior a pesar de las órdenes del policía. Dentro del jardín busca alguna ventana por la que mirar y descubrir qué ha ocurrido allí. Cuando siente un brazo que la agarra por la cintura, se arrepiente de aquellas clases de gimnasia que se saltaba en el colegio diciéndole a la profesora que no se encontraba bien.

Igual que hace unos minutos tenía la mejilla pegada al muro de piedra exterior, ahora la tiene pegada al césped del jardín. Ahora, además, siente la presión de una rodilla en su espalda y cómo le ponen las esposas con menos delicadeza que antes. No habla, aunque le gritaría a ese policía que merece saber la verdad. Una verdad, sospecha, que no es inocente ni trivial.

El agente la levanta del suelo de un tirón y la lleva a empujones hacia el exterior. Tampoco habla, simplemente la guía con una mano en su hombro y otra en la nuca, apretando, dejando claro quién elige los movimientos de su cuerpo. Fuera no hay rastro ni del Navarro ni de su coche.

«Que se ha ido, el muy cabrón».

El policía abre la puerta trasera del coche patrulla y la obliga a entrar. Por un momento tiene miedo de que registre su bolso y pueda ver la foto que guarda.

—Vuelvo enseguida. No haga más tonterías —dice antes de bajar los pestillos, cerrar de un portazo y dirigirse al interior de la casa.

Macarena trata de deslizar sus muñecas por debajo de sus piernas, pero las esposas le impiden hacer casi cualquier movimiento. Tampoco es que la flexibilidad sea una de sus virtudes. No se resigna a quedarse en el coche sin más, así que patea con fuerza la puerta a la

altura del pestillo, que sigue inmóvil dentro de su hueco. Tumbada en el asiento trasero y con las piernas trabajando la puerta, oye cómo se abre la del conductor. Desde allí no es capaz de ver quién la ha abierto, pero sí cómo los pestillos suben junto a su inconfundible sonido. Antes de poder incorporarse, la puerta trasera se abre y unas manos cogen su bolso y la ayudan a levantarse. Guiada por ellas, sale del coche y reconoce una cara que acaba de ver hace poco.

—Pero si es el imbécil.

18

Costa hace caso omiso a las protestas de la chica y la guía por la calle para alejarse de allí. El policía no tardará en volver y darse cuenta de que su detenida ya no está.

—¿Puedes quitarme las esposas? —le dice la chica una vez que han doblado la esquina más cercana.

—¿Me ves cara de MacGyver?

—Tienes cara de imbécil, pero eso ya te lo he dicho antes.

—Sigue andando —le ordena mientras tira de ella por la calle.

—¿Por qué me has ayudado?

—Me gusta robar a la policía.

—Estupendo, pues ya puedes dejar de empujarme, sé andar sola.

Costa continúa tirando de ella hasta llegar a su coche. A lo lejos oye sirenas que se aproximan.

—¿Qué vas a hacer? —dice ella al ver que ha abierto el maletero y ha arrojado su bolso dentro.

—Evitar que te lleven a comisaría.

—Estás loco si piensas que voy a meterme ahí.

El detective le da la espalda y se apoya en un lateral del coche. Se enciende un cigarrillo y mira al principio de la calle, desde donde se oyen sirenas cada vez más cercanas.

Ella lo mira como si estuviera tratando de adivinar sus pensamientos. Él fuma sin mirarla. Sin moverse. Tan sólo se ajusta el sombrero y la gabardina. Las sirenas se aproximan.

—Más te vale no ser un loco psicópata —dice ella antes de lanzarse al interior del maletero.

Costa lo cierra y vuelve a apoyarse en el lateral. El coche de policía que viene avisando de su llegada desde hace unos segundos se detiene junto a él. El agente que lo conduce baja la ventanilla y apaga la sirena.

—Caballero, ¿ha visto a una chica joven por aquí? Vaqueros, camiseta blanca, uñas rojas y esposas.

—Sí, la tengo en el maletero —dice Costa con un movimiento de cabeza, señalándolo.

—¿Cómo dice? —pregunta, sorprendido, el policía.

—Sólo bromeaba, agente. No he visto a nadie por aquí. Esta es una zona tranquila, nunca pasa nada.

—Eso sería antes de esta noche… —dice haciendo una mueca de disgusto—. Si la ve, llame a la policía, por favor.

—Eso haré, agente. Que tenga suerte —dice Costa.

El coche arranca y la sirena vuelve a avisar a cualquiera que esté a varias manzanas a la redonda de que la policía está cerca y que tienen

tiempo de esconderse si así lo precisan.

«Ahí van mis impuestos».

El motor de su Seat Toledo ruge cuando gira la llave en el contacto para arrancarlo. Al meter primera, oye algunos golpes procedentes del maletero y no puede evitar reír.

Poco después, detiene el coche en un descampado cercano. Ahora, en lugar de golpes, oye los gritos que proceden del maletero. Comprueba que no haya ninguna mirada indiscreta alrededor y lo abre.

—¿Por qué no me has sacado antes? —grita ella cuando abre.

—No quería riesgos.

—¿Y no te ha parecido arriesgado decirle al policía que me tenías en el maletero?

—No quería riesgos…, pero me gustan. Nunca consigo quitármelos de encima.

—¿No piensas ayudarme a salir de aquí? —le dice ella, aún tumbada dentro.

—Me pregunto si eres capaz de hablar sin hacer una pregunta —contesta antes de ayudarla a salir.

La chica, con las manos esposadas a su espalda, intenta quitarse el pelo que tiene pegado a la cara con rápidos movimientos de cabeza, pero no lo consigue. Costa se acerca hasta ella y le recoge un mechón sobre la oreja. Tiene la cara húmeda por el sudor, al igual que la camiseta.

—Me llamo Macarena, por cierto —dice ella estirando las piernas.

—¿Qué hacías en esa casa y por qué querías entrar?

—No tengo por qué contestar a tus preguntas. De hecho, no lo voy a hacer.

—Tienes razón.

Costa le da la espalda, se sube al coche y cierra la puerta. Cuando arranca el motor, sabe que Macarena le dice algo, pero no la oye bien. Acelera levantando una polvareda tras de sí. Por el espejo retrovisor ve a Macarena escupiendo al aire en su dirección y, parece, gritando. Detiene el coche unos cien metros después, apaga el motor y espera tranquilamente a que la chica decida ir hasta allí. Intuye que no lo hará de inmediato, pero ambos saben que tarde o temprano se acercará al coche.

Veinte minutos después, el espejo retrovisor le devuelve el reflejo de alguien que se aproxima hasta la puerta del copiloto. Costa la abre desde dentro y ella entra en el coche con cierta dificultad.

—Bien, dejemos las cosas claras. Tienes la sartén por el mango, lo reconozco, pero necesito quitarme las esposas. Eso, primero. Después, te cuento lo que sé, te largas y me dejas en paz. ¿Trato?

Costa sonríe y arranca el coche.

19

Aunque sabe que le viene bien, no le gusta que Manuela coma cada día más. La mira mientras devora las magdalenas que le han regalado por su cumpleaños. Se nota que vive tranquila, ajena a todo, que no sabe nada. No sabe, por ejemplo, que esta noche van a escapar de la casa. Tampoco sospecha el motivo ni puede llegar a creer que la señora a la que llama tía Consuelo no es más que el alcaide de una cárcel sin barrotes.

Ha llegado el momento de ejecutar el plan en el que tanto empeño silencioso ha puesto.

En cuanto la anciana enlutada las encierra con llave en el dormitorio, empieza la cuenta atrás.

—Venga, bonita, que te ayudo a subir.

Ayuda a Manuela a subirse al colchón, y ella lo escala aún con restos de migas en la boca.

—Mamá, no me has regalado nada por mi cumpleaños —le dice la niña.

—Se me ha olvidado traerlo, Manuela, pero si quieres vamos a buscarlo.

—¿Ahora?

—Dentro de un rato. Primero, duerme un poco. El regalo te va a encantar, te lo prometo.

20

El Varón ha conseguido que le traigan un libro, una novela sobre el hijo del Cid. La lee mientras espera nuevas noticias, nuevas órdenes que cumplir.

Aunque no lo aparenta, está nervioso. Siempre ha sabido ocultar sus sentimientos, primero por no considerarse débil a sí mismo y, después, para que no lo hicieran los demás. Con el paso del tiempo ha descubierto que manipular los sentimientos de la gente hace más daño que cualquier tortura, claro que él prefiere usar el método tradicional.

La novela lo atrapa hasta perder la noción del tiempo, pero el polvo, los caballos y las espadas que hay en sus páginas se difuminan en cuanto suena el timbre del portal. Sabe que no debe contestar desde el porterillo —de hecho, la puerta del portal está rota—, sino asomarse a la ventana y esperar a que el Señorito le haga alguna señal.

Como todas las veces anteriores, saca su cabeza por la ventana y lo busca con la mirada. En cuanto le hace el gesto inequívoco de que baje, se guarda la pistola bajo el pantalón, se cuelga la mochila al hombro y baja las escaleras del bloque para salir a su encuentro.

—Qué peste a colonia, Varón.

El coche recorre algunas calles, pocas, hasta que se detiene en el Paseo de las Delicias. Allí, el Señorito le señala con la mano el Pabellón de Argentina, uno de los edificios construidos para la Expo anterior que vio la ciudad, la de 1929. El Varón baja del coche, pero el Señorito no.

—¿Tú no vienes? —pregunta.

El Señorito niega con la cabeza, y a él no le gusta.

Camina por la acera hasta llegar al edificio. La puerta principal está cerrada, por lo que da un rodeo hasta el lado opuesto. Allí, una torre blanca de tres pisos coronada por una cúpula del mismo color mira el río desde hace más de sesenta años. En la puerta de la fachada trasera, junto a la torre, hay dos hombres que parecen armados. En cuanto lo ven, uno de ellos le indica que entre, lo guía hasta un patio interior en cuyo centro hay un pozo y le pide que espere allí.

Se asoma al pozo, tan profundo que no puede distinguir si tiene agua o no, cosa que no le gustaría comprobar. Se aleja de él haciendo caso a su instinto y observa las ventanas a su alrededor. A través de ellas puede ver una silueta que las recorre y que se transforma en el mismo hombre de antes cuando aparece por las escaleras.

—Te está esperando en lo alto de la torre —le dice en un tono seco —. Sube por las escaleras y llama a la puerta antes de entrar.

A medida que asciende las escaleras, una idea se le viene a la

mente. Se toca la pistola, escondida en los pantalones. No lo han registrado, ni lo hacen nunca cuando se ve con él. Quizá porque no creen que haya nadie tan loco como para matarlo. Quizá para demostrar que no le tiene miedo a nadie. En cada escalón visualiza la escena: sacar la pistola, apuntar a la cabeza y listo. Luego podría escapar de allí sin demasiados problemas, las escaleras son estrechas y cualquiera que suba por ellas llevaría las de perder.

«¿Por qué no?».

Se para ante una ventana. Tras los cristales puede ver el barrio de Los Remedios a la izquierda y el de Triana a la derecha. La noche empieza a caer sobre Sevilla y la ciudad se engalana de luces y sombras, como su propia historia.

Al final de las escaleras, una puerta de madera, de apariencia pesada, le cierra el paso. Llama con tres golpes secos. Desde el interior oye una voz que lo invita a pasar. La puerta chirría al empujarla.

—¿Sabes, Varón? Estamos en un edificio que se parece mucho a ti. Desde que se construyó para la expo del veintinueve ha ido teniendo diferentes usos. En los últimos años ha sido un instituto, y el año que viene parece que va a ser la sede de una escuela de danza. Sirve para todo, y quizá por eso sigue en pie. Vivimos en una sociedad que consume más de lo que genera, por eso lo versátil se mantiene. Por eso tú aún sigues con vida.

El Varón observa la habitación. No hay nadie más que ellos dos. Ninguno de los guardaespaldas que siempre lo acompañan están allí arriba. Si quiere matarlo, no habrá mejor momento que este. Se lleva la mano a la espalda, pero la retira en cuanto le vuelve a hablar.

—Varón, dentro de poco te daré lo que tanto ansías, pero aún queda un poco.

—¿Qué quieres ahora?

—Apenas nada. Un pequeño favor. Ven, acompáñame a la ventana.

El Varón se sitúa junto a él y ambos miran hacia una de las ventanas. Da a la calle por la que lo han traído en coche. De hecho, puede ver el coche y a su dueño desde allí.

—¿Ves al Señorito?

—Sí.

—¿Sabes cómo se llama en realidad?

—No.

—Mejor. En este oficio es mejor no encariñarse con nadie.

21

Ángel Costa conduce hasta la casa de la periodista, un pequeño piso en el barrio de La Macarena.

—¿Te pusieron el nombre por vivir aquí?

—No. Me lo pusieron porque mi madre, mi abuela y no sé cuántas mujeres más de mi familia se llamaron así antes que yo.

—¿Se lo pondrás a tu hija?

—No me veo teniendo hijos.

—¿Por qué?

—Porque este mundo es una mierda. Y eso que nos ha tocado vivir en el mejor sitio y en la mejor época posible. Anda, saca las llaves de mi bolsillo.

El piso está desordenado, pero ni Costa espera una disculpa por ello ni cree que Macarena se la vaya a ofrecer.

—Creo que tengo herramientas en ese armario —dice ella con las manos esposadas a su espalda y señalando con la cabeza.

El detective abre el armario. Dentro hay varios pares de zapatos —ninguno junto a su pareja— y una única caja. La abre y ve algunos destornilladores y un martillo. Unos segundos después, rompe la cerradura de las esposas con ellos y se las quita.

—Creo que vas a serme muy útil en el futuro —le dice ella frotándose las muñecas, enrojecidas por el roce del metal.

—Si pagas mi tarifa, lo seré.

—¿No serás asesino a sueldo?

—Peor, detective privado.

—Y ahora me dirás que tienes algo que ver con Detectives Alkorta…

Costa guarda silencio, analizándola con la mirada. Normalmente es capaz de identificar a la mayoría de la gente por cómo se mueven o por la ausencia de movimientos, por lo que dicen y por cómo callan, por lo que ven y por cómo miran. Macarena le parece sincera. Honesta.

«Si es que aún hay honestidad en este mundo».

—Creo que ambos debemos sentarnos a hablar —dice ella poniendo dos botellines de cerveza sobre la mesa.

Macarena saca un sobre de su bolso y lo pone ante Costa. Este lo abre y saca una foto. La escena ya la ha visto con sus propios ojos, aunque en la fotografía hay algo diferente: la sangre aún no está seca. Por detrás hay algo escrito con rotulador.

—¿Quién es M. Melgarejo? —pregunta.

—Un empresario de la construcción, tiene varias empresas en Sevilla.

—¿Cómo has conseguido esta foto?

Macarena echa un trago largo a su cerveza. Está nerviosa y duda si debe contárselo todo a alguien a quien acaba de conocer.

—Mira —dice Costa, que intuye las dudas—, esta noche han torturado a mi jefe, que es el de la foto, y han matado a su mujer. En la casa en la que te he encontrado vive Rocío Petón, la directora de la Expo. Estaba con ella cuando lanzaron por la ventana el cadáver de uno de mis compañeros en la agencia. Éramos los encargados de investigar unas amenazas que ha recibido y por las que nos había contratado. El autor de la foto no puede ser otro que el asesino de mi jefe, y voy a matarlo con tu ayuda o sin ella.

Macarena asiente y da otro trago a su cerveza. Se mira las muñecas, aún algo rojas por las esposas, y se decide a hablar.

—Desde hace unas semanas estoy recibiendo cartas de una fuente anónima. Me puso en la pista de una organización que actúa en varias provincias de Andalucía, pero que tiene su sede principal en Sevilla. Por lo que he podido descubrir, actúan como una lista privada del paro. Captan a obreros sin trabajo y les hacen pagar una cuota mensual. Con ese dinero organizan piquetes violentos en cualquier obra que se inicie en la ciudad. Amenazan a los jefes de obra si no contratan a los obreros de sus listas, y llegan a usar la violencia contra los trabajadores legítimos o incluso lo construido hasta que consiguen meter a los suyos.

Macarena da otro trago a la cerveza y continúa.

—He podido entrevistar a algunos de esos obreros, y ninguno denuncia ni quiere que se publiquen sus datos por miedo a las represalias. No quieren quedarse sin trabajo. Esta mañana me he citado con mi fuente, pero no he podido verle la cara. Me ha dado esta foto, y me ha dicho que, si no quiero acabar como él, tengo que publicar ya lo de la mafia de la construcción. Y que el nombre que aparece, Melgarejo, es el que está detrás de ella.

—Y seguramente de la amenaza a Petón. Esta noche han intentado matarme, al igual que a Galindo y Alkorta. Éramos los encargados de investigar la amenaza.

—Creo que debemos hablar con ella, aunque en su casa está complicado —dice levantando las muñecas—. Mañana a primera hora iremos a su oficina, y espero que con mi artículo en portada del periódico.

Macarena rebusca entre los papeles desordenados del mueble en el que reposa la televisión y encuentra el teléfono. Llama a la redacción y pide que le pasen directamente con el director. Ahora que sabe a quién puede hundir, espera que su portada la coloque directamente en la pared de su despacho.

Cuando termina de hablar, cuelga satisfecha, feliz —cree que por

primera vez— de haber elegido esa profesión. Saca otras dos cervezas de la nevera y le tiende una a Costa.

—A ver si me aguantas el ritmo, detective, mañana seré portada del periódico.

22

El Varón saca su mochila del maletero, se sube al coche y le indica al Señorito adónde ir. Es la primera vez que tiene más información que él. O, al menos, eso espera.

El trayecto lo hacen en silencio, como siempre. El Señorito lo mira de vez en cuando a través del espejo retrovisor, pero él se entretiene mirando las calles que pasan por su ventanilla. La madrugada alivia las aceras, solitarias y oscuras. Sólo hay luces en los bares que cobijan a hombres que no tienen quién los espere en casa y a mujeres que están hartas de dormir con los pies fríos. El barrio de Triana tiene varios bares de ese tipo, así que dejan el coche al final de la calle Castilla, en una zona oscura y alejada, y continúan a pie. Ambos se bajan y caminan separados por cierta distancia. El Señorito ha recibido órdenes de ayudar al Varón para que le saque información a un mendigo que vive bajo el Puente de Triana, por lo que va delante para que el tamaño de su compañero no los delate.

La acera es estrecha y las ventanas de los bajos están cerradas. Casi al final de la calle, en la fachada de la izquierda, hay un callejón protegido por dos puertas de finos barrotes de hierro. No tiene candado, así que el Señorito abre una de ellas y el metal oxidado provoca un chirrido.

El callejón es estrecho, con unas largas escaleras de piedra que bajan hasta la ribera del Guadalquivir. Una única farola ilumina los primeros escalones que descienden, pero el final está completamente a oscuras. La humedad del río ha provocado que las paredes estén resquebrajadas, y un desagradable olor a orina los acompaña en la bajada. A mitad de camino, justo cuando el techo del callejón se hace más bajo, el Varón saca su pistola y coloca el cañón en la nuca de su compañero.

—Deberías haberte traído el espejo retrovisor —dice tras colocar la otra mano en su hombro, apretando con fuerza para quitarle las tentaciones de salir corriendo.

El Señorito, el mismo que lo amenazó en la visita que le hizo unos días antes en la cárcel, se queda ahora quieto, sin hablar, sin hacer ningún movimiento. El Varón le aprieta el hombro para que siga bajando las escaleras sin separarle el cañón de la nuca.

—Oye, te prometo que esto no lo he preparado, pero es que estamos en el Callejón de la Inquisición. ¿Sabes por qué se llama así?

El encañonado niega con la cabeza mientras continúa bajando escalones.

—Según la leyenda, los presos de la Inquisición eran llevados por aquí por dos motivos. O para ser juzgados, o para morir en la hoguera.

Tú no vas a tener juicio, pero tampoco he traído mechero, tranquilo. —La risa del Varón es enérgica y su eco resuena por el callejón.

El último tramo de escaleras es el más oscuro, así que aprieta con más fuerza el hombro de su condenado. Sabe que si estuviera en su situación, esos serían el lugar y el momento idóneos para revolverse y luchar por su vida. Para su sorpresa, sale del callejón sin que este intente escapar.

La ribera del río, de suelo empedrado y lleno de musgo, está vacía y oscura. Algunos árboles mal cuidados tapan las pocas luces que llegan desde las farolas del puente.

—Siéntete afortunado, vas a morir con vistas. Casi todo el mundo muere viendo el techo de un hospital, de una ambulancia o la cara de su asesino, pero pocos lo harán como tú, ante el Puente de Triana. Casi nadie sabe que es una copia de un antiguo puente de París. El de allí lo derribaron para construir otro en su lugar, y ahora ningún gabacho se acuerda de él. Creo que es algo parecido a lo que va a pasar contigo, Señorito.

El Varón se detiene unos metros antes de llegar al primer arco del puente. En el silencio de la noche sólo se oye su respiración, el aire que escapa por sus fosas nasales tras una breve estancia en sus pulmones. Coloca el cañón de la pistola en la cabeza, y presiona hacia abajo con la otra mano para que su preso se ponga de rodillas.

—¿Quieres decir unas últimas palabras o vas a seguir callado el resto de tu vida?

El Varón no se da cuenta de que el Señorito llora y que las lágrimas recorren sus mejillas. Entre sollozo y sollozo, acierta a oírle una última frase.

—Voy a vomitar.

23

Costa despierta en el sofá de una casa extraña, algo que empieza a ser rutina. El salón está en penumbra, parece que falta poco para el amanecer. En una pequeña mesa junto a él hay varios botellines de cerveza vacíos, dos vasos y una botella de tequila. El dolor de cabeza ya tiene explicación.

Se incorpora y busca con la mirada su paquete de cigarrillos. Sobre la mesa, entre los botellines, hay un cenicero lleno de colillas.

«No debe de estar muy lejos».

Despeja la mesa de papeles, entre los que está la foto del cadáver de Alkorta, y encuentra el tabaco. Sólo quedan cinco cigarrillos. Extrae uno, lo enciende con el mechero que guarda dentro y se levanta con dificultad. El alcohol y la falta de sueño hacen una mezcla peligrosa con la herida de su pierna y los moratones de su cuerpo.

El reloj marca las siete de la mañana, pero no recuerda cuándo se durmió. De hecho, recuerda poco de la noche anterior.

La memoria le devuelve a Macarena sonriente, feliz por la publicación de su artículo en portada, la celebración con cervezas y tequila, preguntas y respuestas sobre sus vidas. Es hija única, aunque sus padres no ven bien que sea periodista. En la redacción, casi todos la tratan como a una niña o como a una fulana, en ocasiones las dos cosas a la vez. O tratan de adoptar un aire paternalista con ella, enseñándole qué debe hacer, decir o callar, o tratan de que se abra de piernas para ellos en cualquier hostal lejos de sus casas, sus mujeres e hijos.

Costa se levanta y pasea por la casa en busca del baño, pero tras la primera puerta que abre no hay bañera ni lavabo, sino una cama de matrimonio en la que está Macarena. La periodista duerme boca abajo, abrazada a la almohada y destapada. Sólo viste unas bragas turquesa y calcetines del mismo color. La persiana deja pasar algo de luz exterior, marcando con rayas horizontales la espalda desnuda de la chica.

Se apoya en el marco de la puerta y fuma despacio, contemplándola. Tiene la cara medio tapada por el pelo, que se reparte sin control entre la almohada y su cuello, la boca abierta y la respiración suave, despreocupada.

Por visiones como esta, piensa, la vida merece la pena.

Antes de que se agote el cigarrillo, Macarena abre los ojos y suspira. Sus miradas se encuentran. Ella suelta la almohada, la aparta y se gira para darle la espalda a Costa, aunque no impide que este le vea los pechos en su movimiento.

—¿Qué hora es?

—Las siete —contesta Costa sin moverse de su posición.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome?

—Menos del que me gustaría.

—Pues ya has visto suficiente por hoy —dice mientras se tapa con la sábana—. ¿Sabes preparar café?

Unos minutos después, el aroma del café recién hecho se mezcla con el del champú de Macarena, que se peina el pelo aún mojado de la ducha mientras ve las noticias en la televisión. Costa observa a la periodista sin decir nada, hasta que ella señala la pantalla y sube el volumen.

«Trágico suceso el acaecido en el famosísimo barrio sevillano de Triana. Cuando la ciudad aún dormía, unos operarios de limpieza han descubierto el cuerpo sin vida de un hombre que ha sido ahorcado en el puente de Isabel II, conocido popularmente como el Puente de Triana. El fallecido, de unos cuarenta años de edad, presentaba una herida de bala en la cabeza, por lo que se cree que la muerte se produjo antes de su ahorcamiento. Este informativo ha conseguido grabar el momento en el que descolgaban el cuerpo, y se las ofrecemos a continuación no sin antes avisarles de la naturaleza violenta y perturbadora de las imágenes que se van a mostrar, instando a las personas más sensibles a que tomen en consideración si desean verlas».

El vídeo, de apenas quince segundos de duración, se repite en bucle en la televisión. Un bombero se descuelga por el puente, sujeto por cuerdas y un arnés, y le coloca otro al ahorcado para que lo suban. Aunque la cara del muerto no se ve con nitidez, Costa reconoce a la perfección sus rasgos, su cuerpo y hasta su ropa.

Apaga la televisión.

Macarena lo mira.

Vargas.

24

Manuela duerme. Ha pasado una hora desde que tía Consuelo las ha encerrado bajo llave en la habitación. Es el momento.

Se acerca a la ventana y desencaja las dos hojas correderas de las guías. Mira a través del hueco hacia la calle. Tan solo están en el primer piso, pero una mala caída desde esa altura podría ser fatal, por eso prepara todo lo que ha ido ideando durante los últimos días.

Primero, coge el colchón de su cama. Aunque es muy grueso, resulta sorprendentemente ligero. Lo saca por el hueco de la ventana y lo lanza a la calle. Son sólo unos metros, pero el golpe ha provocado un ruido con el que no contaba. Aguanta en silencio, quieta, en medio de la habitación.

Manuela sigue dormida y, al otro lado de la puerta, en el pasillo, no oye nada, tan sólo el crujir habitual de los muebles antiguos de la casa. Cuando se convence de que el ruido no ha sido tan fuerte, despierta a su hija, que protesta aún medio dormida.

Tras conseguir que se levante, coge su colchón y repite la misma acción que antes: lo tira por la ventana y procura que caiga sobre el otro. Esta vez no provoca ruido, el otro colchón ha amortiguado el golpe, exactamente lo que espera que ocurra cuando Manuela y ella se tiren sobre ellos. Coge las almohadas, las arroja y consigue que caigan sobre los colchones. Al cabo de pocos segundos, en la calle hay dos almohadas y dos colchones apiñados como balas de cañón.

Del armario saca dos cojines que ha conseguido subir del salón a última hora de la tarde. Los rasga por las costuras y le pide a su hija que meta las piernas en ellos como si fueran unos pantalones.

—Manuela, cariño, por fin vamos a ser libres —dice abrazándola.

La niña se aparta de ella, aún entre dormida y extrañada.

—Quiero dormir.

—Luego, cariño. Tengo que darte tu regalo.

—Ahora no quiero, tengo sueño.

La parte más complicada del plan termina cuando acaba convenciéndola para que salte por la ventana. Para evitar que la caída sea tan larga, la coge a pulso y la sostiene por los brazos desde la cornisa. La niña pesa poco, y es capaz de descolgarla un par de metros que se ahorrará de caída. Siente cómo los latidos de su corazón hacen una pausa en el mismo instante en el que la suelta.

Su corazón parece que está de vuelta cuando Manuela cae sobre los colchones. Es su turno.

Antes de saltar, le parece oír un ruido al otro lado de la puerta, en el pasillo. Unos pasos que se arrastran más rápidos de lo habitual. Una llave que gira con urgencia. Es el momento de saltar.

Lo hace nerviosa, casi sin mirar, sin calcular dónde están los colchones. Los metros que está en el aire, bajando a toda velocidad, se le hacen eternos, como en un mal sueño. La sensación en el estómago y el vacío en el pecho le recuerdan a los que se experimentan en las atracciones de la Feria, sólo que aquí no tiene dónde agarrarse.

Algo cruje en su pierna, en su tobillo tal vez, cuando su pie choca contra la acera. El resto del cuerpo, el que no le sirve para andar, cae entre almohadas y colchones.

Con la ayuda de Manuela, que evita mirarle el tobillo, se aleja cojeando por la calle. Va lo más rápido que puede. Sabe que no debe parar, pero necesita girarse y mirar hacia la ventana de la casona una última vez.

Lo hace.

Y la ve.

Ahí está ella, observándolo todo en silencio, sin moverse. Con el cuello tan erguido como su espalda. Con sus ojos fijos en ellas. Las manos sobre su barriga, una encima de la otra. Con su camisón negro y el pelo plateado formando una macabra silueta.

—Corre, Manuela, más rápido, más rápido.

—Pero ¿por qué, mamá? ¿Qué pasa?

Pierden de vista la casona y recorren el pueblo a escondidas. Es la primera vez que camina por él, y todas las calles le parecen iguales. En una de ellas, oye una voz que las llama. Parece que llega desde la planta baja de una casa.

De una de las ventanas sale un niño, más o menos de la edad de Manuela, que salta hacia la calle.

—¿Puedo jugar con vosotras? —dice en un volumen de voz que le parece demasiado alto.

Lo manda callar y le pide que vuelva a su casa, pero el niño camina detrás de ellas. Vuelve a hablar, aunque esta vez se dirige directamente a Manuela.

—¿Te gustaron las magdalenas que te llevé? No me dejaron dártelas.

Manuela le sonríe y asiente, pero su madre no tiene intención de seguir llamando la atención. Se acerca hasta él y le pega en la cara. El niño la mira, empieza a llorar y vuelve corriendo a su casa. Manuela también la mira con los ojos llorosos.

—Pero, mamá…

25

Costa espera en el coche a que llegue Macarena, que ha hecho una parada en el quiosco para comprar el periódico.

—¿En la redacción no os lo dan gratis? —pregunta Costa al verla entrar con cinco ejemplares.

—Desde que está el nuevo director, no. Dice que si los propios periodistas no pagamos por lo que publicamos, no lo hará nadie.

Macarena le enseña la portada de uno de ellos. Una fotografía ocupa casi toda la página, donde varios obreros parecen discutir entre las obras de un edificio. Bajo ella, una única frase: «LA MAFIA DE LA CONSTRUCCIÓN CONTROLA SEVILLA».

—No es el titular que puse, pero no está mal —dice la periodista sin ocultar su satisfacción.

—¿Se menciona a Melgarejo en algún momento?

—Mi jefe es gilipollas, pero no tanto. Quiere sacar rédito de la noticia. Guardarse el nombre es como tener un cheque en blanco en el bolsillo. Tanto Melgarejo como sus enemigos pujarán fuerte, el primero para que no lo publique jamás, y los otros para que lo haga cuanto antes.

—Tu jefe me cae bien —sentencia Costa antes de arrancar y poner rumbo a la Isla de la Cartuja.

La zona donde se erige la Expo es un caos de camiones, grúas y obreros. Aunque la mayoría de los pabellones ya están construidos, aún queda trabajo por hacer dentro de ellos, y la cuenta atrás hasta la inauguración es cada vez más corta.

Costa y Macarena se dirigen hacia el edificio en el que se encuentra la oficina de Petón y el que será el epicentro de la exposición: el Pabellón de los Descubrimientos. El ascensor los deja en la planta más alta, desde donde pueden ver casi por completo las calles y edificios construidos en tiempo récord. Al final del pasillo hay una recepción, donde una chica joven atiende al teléfono sin mirarlos. A su espalda, una cristalera muestra el interior de un gran despacho. Desde allí, Costa puede ver a Petón hablando con dos hombres.

—¿Desean algo? —les pregunta la recepcionista al colgar.

—Sí, venimos a ver a la señora Petón.

—¿Estaban citados?

—No.

—No suele atender visitas imprevistas.

—A nosotros nos atenderá —dice Costa.

Desde dentro del despacho, Petón y los dos hombres miran hacia ellos. Costa la saluda tocándose el sombrero, pero ella no reacciona.

Lo mira fijamente y parece que dice algo a los dos hombres, pues estos se levantan de sus sillas. Ambos se dirigen hacia la puerta, pero se detienen cuando Petón también se levanta y les dice algo.

La directora de la Expo avanza con cara de furia hasta la puerta del despacho. Los gritos que parece que está dando al otro lado del cristal se escuchan en todo el pasillo en cuanto abre la puerta.

—¡Fuera de aquí! ¿No me han entendido? ¡No quiero más periodistas ni en mi casa ni en mi trabajo!

Costa la mira sin comprender, al igual que Macarena.

—Señora Petón —le dice Costa, que trata de calmarla.

—¡Fuera de aquí!

Toma del brazo a Macarena y a Costa y los empuja de vuelta por el pasillo con un movimiento brusco. Antes de que el detective se suelte del brazo, Petón baja la voz hasta emitir apenas un susurro.

—Son de la policía. Lo están buscando para detenerlo, Costa. Intentaré deshacerme de ellos en cuanto pueda, pero no debería quedarse por aquí. Desde el calabozo no creo que pueda ayudarme.

—Señora Petón…

—¡Largo! —dice antes de meterse de nuevo en el despacho.

Costa mira a Macarena y esta se encoge de hombros con cara de resignación.

—Yo es que estoy acostumbrada a que me traten así.

Los dos vuelven a la zona de los ascensores. Mientras llega alguno, observan asomados a una barandilla la parte del pabellón que estará abierta al público. Desde allí arriba pueden ver al menos una veintena de operarios trabajar con eficacia, cada uno atento a su tarea, como si aquello fuera un hormiguero.

—Me parece mentira que en Sevilla hayamos sido capaces de montar todo esto —dice Macarena—. Creo que nadie en España daba un duro por nosotros.

—Aún hay tiempo para que algún gilipollas lo joda todo.

Uno de los ascensores llega a su planta y abre las puertas. Dentro hay un hombre al que facilitan la salida, pero este no sale.

—¿Bajáis? —dice haciendo hueco—. Yo también, pasad.

Ambos entran en el ascensor. A pesar de ser amplio —tiene el tamaño de un montacargas—, la sensación de espacio es reducida, ya que el hombre es alto y robusto. Además, desprende un olor a colonia que les resulta familiar.

A Macarena le recuerda una amenaza en una iglesia.

A Costa, un salón con dos cadáveres.

26

Casi desde el mismo momento en el que mató al Señorito, el Varón tiene una sensación de alivio, de mochila descargada. Ya no se siente vigilado, aunque intuye que dentro de poco habrá otro que lo haga.

Duerme bien hasta que el timbre del teléfono lo despierta a primera hora de la mañana. Esta vez es el propio jefe el que lo llama.

—Varón, ¿has visto el periódico?

—No —contesta sonriendo.

—Quiero que averigües quién es Macarena Santos, la periodista que firma el artículo en portada, y me la traigas viva. Me da igual cómo, me basta con que pueda hablar.

—Entendido.

El Varón se ducha y se viste con ropa oscura. Los pantalones le están algo ajustados, pero la camisa y la chaqueta le quedan a la perfección. Esta vez quiere ir algo más elegante, aunque esto signifique ir menos cómodo. La ocasión lo merece, y tampoco cree que le cueste mucho esfuerzo matar a la periodista. Ahora que ha publicado todo, lo último que quiere es que ella pueda revelar quién es su fuente. Se mira en el espejo y sigue viendo una cara que no reconoce.

«Todo llega. Todo pasa».

Coge las llaves del coche del Señorito y conduce hasta la casa de Macarena Santos. Desde allí vigila la ventana, y le parece que ha visto la silueta de alguien más, así que espera, paciente, a que salga del portal.

Cuando por fin sale, no lo hace sola. Junto a ella hay un hombre vestido con gabardina y sombrero, nariz pronunciada y ligera cojera. Si no se equivoca, es el otro detective al que debían matar. Ve cómo ambos se montan en un coche y los sigue a cierta distancia. Cuando llegan hasta la Cartuja y entran en uno de los pabellones de la Expo, se baja del coche y se cuela tras ellos. A pesar de su tamaño, no le resulta difícil pasar desapercibido entre los trabajadores y fijarse en qué planta se detiene el ascensor en el que los ve entrar.

La cojera del detective le asegura que no bajarán por las escaleras, así que unos minutos después los recibe dentro del ascensor.

Cuando la puerta se cierra y empieza a descender junto a ellos, realiza un movimiento y comete dos fallos.

El movimiento es sacar la pistola.

El primer fallo, apuntar a la periodista.

El segundo, desviar la vista del cojo.

Antes de apretar el gatillo, su brazo es elevado por unas manos que no ve venir, y el disparo se estampa contra el techo del ascensor. Consigue darle un codazo en la cara al hombre y, aunque no le da de lleno, sí hace que este pierda el equilibrio y caiga al suelo. Ahora que lo tiene a su merced, pretende acabar con él, pero siente un dolor en la entrepierna que se reparte por todo su cuerpo. Antes de darse cuenta de que la chica usa la rodilla tan bien como él su codo, unas uñas pintadas de rojo cruzan su cara desde la frente hasta la mejilla, pasando por encima de un ojo que es capaz de cerrar por puro reflejo.

Casi al mismo tiempo, su rótula derecha recibe un golpe que lo obliga a arrodillarse, algo que muy pocas veces —nunca, quizá— ha tenido que hacer en su vida. El ascensor llega hasta la planta baja y, cuando la puerta se abre, tiene sobre sí, aferrados a su cuerpo, al hombre y la chica castigando huesos y músculos que nadie en mucho tiempo se había atrevido a tocar.

Los obreros no tardarán en reparar en ellos, así que se revuelve con todas sus fuerzas y consigue despegarse de sus dos lapas. Con la pistola, que no ha soltado en ningún momento a pesar de los intentos de la pareja por quitársela, apunta a la primera cabeza que ve. Lo hace en un movimiento rápido, sin fijarse en si es de hombre o de mujer.

Y dispara.

Y hay sangre.

Y un grito.

27

Macarena tiene sangre en las manos, en la cara y en la cabeza, pero está viva. Lo sabe porque no para de insultar al hombre que acaba de dispararle antes de salir corriendo del ascensor. Costa, que nunca en la vida había dudado en perseguir al que escapa en lugar de socorrer al que cae, se agacha junto a la periodista.

—¡Que no se vaya, imbécil! —le dice ella tapándose el lateral de su cabeza, desde la que sale demasiada sangre.

A Costa le da tiempo a sonreír antes de perseguir a aquel hombre. Le sorprende que sea tan ágil. Mover ese cuerpo a esa velocidad le parece cosa del baloncesto americano, no de un sicario español.

«O lo que sea este hijo de puta».

Los trabajadores del pabellón, aquellos que se permiten levantar la vista de sus tareas pendientes, observan la lastimera persecución de un hombre con gabardina, sombrero y cojera, a una bestia de metro noventa que tiene lo que parece una pistola en la mano.

El detective pierde distancia por culpa de su pierna, y le parece sentir húmeda la zona de la herida. Cuando su perseguido dobla una de las esquinas, lo pierde de vista.

En la galería en la que ha entrado hay algunos operarios probando la iluminación —que va y viene— y la megafonía, que reproduce sonidos de coches y aviones. Aprovechando un momento de oscuridad, se oculta tras uno de los vehículos que forman la exposición. Cuando la luz vuelve, lee el cartel que hay junto a él: «PRIMER AUTOMÓVIL DE LA HISTORIA».

Aprovecha que la oscuridad vuelve a apoderarse de la galería para avanzar por ella, y es capaz de divisar, entre las sombras, la silueta del hombre al que persigue. Se ha escondido tras lo que parece un viejo avión de combate.

Camina hacia allí con la pierna dolorida, sin pistola y con una diferencia de quince centímetros y treinta kilos respecto al hombre al que pretende atrapar.

«Si no estoy loco, me falta poco».

A unos diez metros de su objetivo, las luces vuelven a encenderse, aunque esta vez lo hacen de forma intermitente. Cada vez que se iluminan, distingue los detalles del avión, rojo por completo, con una estrella negra de contornos blancos y unas alas triples a cada lado de la cabina. Lee el letrero, donde unas letras negras sobre un fondo dorado confirman que se trata del avión del Barón Rojo.

Es el último vehículo de la galería y tras él sólo hay pared, por lo que el hombre al que busca tiene que ocultarse detrás. Las luces siguen parpadeando, aunque ahora lo hacen con distintos colores. El

rojo, el azul, el verde y el amarillo tiñen el suelo y las paredes de la galería de forma intermitente. En una de las ráfagas de color verde, una de las paredes lisas y vacías en las que se había fijado antes se abre para revelar una puerta disimulada. A través de ella aparece un hombre, uno de los trabajadores del pabellón, que se aleja de allí sin percatarse de su presencia.

Cuando devuelve la mirada al avión, una sombra de metro noventa sale de la parte de atrás en dirección a la puerta recién revelada.

Costa sale de su escondite y avanza hacia él, pero tiene que retroceder por un pequeño detalle: hay una pistola apuntando directamente hacia su cabeza. Oye el disparo y nota que algo cruje cerca de él, pero los tambores de la megafonía ahogan el sonido y las luces parpadeantes ocultan el destino final de la bala.

El hombre desaparece tras la puerta y Costa va directo hacia ella. Palpa la pared por la zona en la que calcula que está, buscando con la punta de los dedos la apertura que no le deja ver la oscuridad en la que se ha vuelto a sumir la galería. No tarda mucho en encontrarla y abrirla.

Al otro lado, y aún dentro del mismo pabellón, hay otra galería. En esta no hay operarios, ni altavoces ni pruebas de luces, tan solo pantallas y maquetas de tamaño real que recrean lo que parece una ciudad del siglo pasado. Se oculta tras una locomotora a vapor de cartón piedra y se asoma por un lateral para recorrer con la mirada la recreación de la ciudad. Desde una de las ventanas de lo que parece una fábrica a escala, una pistola real vuelve a apuntar en su dirección.

Esta vez oye el disparo de forma nítida y ve trozos de cartón piedra saltando a su alrededor.

Maldiciendo porque no hubiera presupuesto para traer una locomotora real, sale de su escondite a la carrera, directo hacia la fábrica de falsos ladrillos y ventanales.

Aunque hay una puerta, no entra por ella.

La atraviesa.

Al otro lado, se deja caer sobre el primer bulto de carne y hueso que encuentra a su paso. Ha conseguido darle un rodillazo en lo que cree que son las costillas, pero no es capaz de ver ni la pistola ni las manos del hombre. Antes de poder levantarse, las encuentra todas de golpe.

Una de las enormes manos de su rival le agarra la cabeza, y la otra sostiene la pistola por el cañón.

La pistola —en concreto la culata— impacta en su frente.

Entre el primer culatazo y el último hay varios más, pero es incapaz de contarlos. Si le dijeran que han sido cien, se lo creería, aunque apostaría a que han sido dos con una fuerza con la que jamás le han pegado en su vida. Y eso que lo han hecho bastante.

Tumbado boca arriba ve cómo las mismas manos de antes lo agarran por el cuello y presionan contra el suelo. Respira con dificultad. Siente una rodilla adentrándose entre sus costillas y otra sobre uno de sus brazos. Intenta zafarse con la mano que le queda libre, pero apenas es capaz de llegar al hombro de aquel hombre. Los puñetazos que acierta a darle en el brazo no parecen importarle.

No puede respirar. Siente calor en la cara, cómo se le hinchan los ojos.

En cambio, la expresión del hombre que tiene encima es serena, no parece que le esté costando mucho esfuerzo estrangularlo. Sigue pegándole en el hombro, pero es inútil, ni siquiera se inmuta.

Costa desvía los ojos hacia el techo. Le ha parecido distinguir algo moviéndose por las alturas, entre los andamios llenos de focos y altavoces. Cuando lo pierde de vista, su mirada vuelve a encontrarse con la de su estrangulador. Apenas han pasado unos segundos desde que no llega aire a sus pulmones, pero duda que vaya a mantenerse consciente mucho más.

Intenta agotar todas sus fuerzas con un último movimiento de piernas, o caderas, o rodillas, o lo que sea que tenga ahí abajo y que aún reciba órdenes de su cerebro, centrado en otros asuntos más importantes como, por ejemplo, seguir vivo.

La sombra que ha visto antes aparece de nuevo sobre él, aunque esta vez no está en el techo, sino justo detrás de esos ojos tranquilos que lo estrangulan. Unos ojos que detectan el breve movimiento de los suyos y hacen que en esa cara se refleje un pequeño atisbo de distracción. Precisamente de un lateral de esa cara parecen salir chispas y una pequeña llama.

De inmediato, las manos que presionan el cuello de Costa dejan de hacerlo. El detective tose y recupera el aire perdido, nota cómo la temperatura de su cara vuelve a ser la habitual y cómo sus ojos recuperan su tamaño.

—¿Estás bien, imbécil? —le dice Macarena, de pie, con media cabeza ensangrentada y el soldador con el que acaba de quemarle la cara a aquel hombre aún en las manos.

28

Al Varón le arde la cara. Intenta calmar el dolor con sus manos, pero tocarse no hace otra cosa que acrecentarlo. Desde el suelo puede ver a la periodista con el soldador aún en la mano y mirada amenazante. Detrás de ella, sin que aún lo haya visto, hay algo ardiendo. Una llama que cada vez se hace más grande.

El fuego se propaga con rapidez. Todo lo que hay allí dentro es material inflamable, y tanto ella como el hombre al que ha estado a punto de matar se giran para ver las llamas. El Varón aprovecha el momento de distracción de la pareja para salir de la recreación de la fábrica, no sin antes tratar de arrojar sobre las llamas parte de la estructura hecha de cartón y plástico.

En su huida, se cruza con algunos de los operarios que corren hacia allí con extintores. Cuando oye que empiezan a vaciarlos sobre el fuego, las llamas llegan ya hasta el techo del pabellón y se extienden tan rápido por él como la ola que rompe en la orilla de la playa.

Echa en falta su pistola, pero no contempla volver sobre sus pasos. Sólo aspira a encontrar la salida hacia la calle. Esta se dibuja al final de la galería, donde decenas de trabajadores salen corriendo.

Fuera, la claridad del sol lo molesta en contraste con el interior oscuro del pabellón. Varios hombres corren hacia él para ayudarlo y le piden que espere a que lleguen las ambulancias, pero no pretende hacerlo. Se deshace de las manos que intentan calmarlo y escapa de allí con rapidez. A su espalda oye algunos comentarios sobre su cara. Necesita verla. Identificar por qué le sigue abrasando como si aún estuviera en pleno contacto con el soldador.

En cada paso que da se cruza con más gente, aunque ya nadie se fija en él, sino en el edificio en llamas. Casi todos los trabajadores de los pabellones cercanos han salido a la calle para divisar la gran columna de humo que sale del Pabellón de los Descubrimientos, el más importante de la Expo.

Quince minutos después, y ya desde la ventana de su piso franco, distingue una gran masa de humo que ennegrece el cielo de Sevilla, un espectáculo tétrico al que los sevillanos asisten incrédulos desde casi todas las terrazas y azoteas de la ciudad.

«¡La Expo se quema! ¡La Expo se quema!», oye decir a sus vecinos mientras él se mira en el espejo del cuarto de baño. Tiene la mejilla izquierda abrasada, arrugada por el calor, en carne viva que se mezcla con los restos chamuscados de la barba que la tapaba. El ojo se ha salvado, aunque aún nota el arañazo que recibió en el ascensor.

Si antes difícilmente lo hacía, ahora ya no se reconoce frente al

espejo.

Ni quiere.

29

Abre los ojos. No es capaz de enfocar bien, pero distingue a Manuela junto a tía Consuelo, que parece llevar una cámara fotográfica en las manos.

Se siente muy cansada y le duele la cabeza. Quiere llevarse las manos a los ojos para restregárselos, pero algo se lo impide: está atada.

—¡Mamá! —grita la niña cuando ve que se mueve.

—¿Qué ha pasado? —pregunta ella.

Manuela se gira para mirar a tía Consuelo, como si esperara permiso para hablar, pero se calla al ver a la anciana negar con la cabeza. Ojalá alguna vez le hubiera hecho caso a ella de esa manera.

Le cuesta mantener los párpados abiertos y el cuello recto. Su memoria no arranca. No recuerda nada. No sabe por qué está allí, sentada en la butaca del salón con las manos atadas al respaldo.

«O quizá sí».

Anoche era el momento. Llevó a cabo el plan que durante tanto tiempo había ido preparando. Se recuerda lanzando los colchones por la ventana, a Manuela cayendo sobre ellos antes que ella. Recuerda escapar por la calle y ver a tía Consuelo en la ventana, sin moverse.

«Pero ¿qué pasó después?».

El plan sólo contaba con salir de la casona. Luego, una vez fuera, tocaba improvisar. Huir. Correr y alejarse lo máximo posible, no hablar con nadie, no confiar en ningún vecino. Buscar alguna carretera que saliera del pueblo y llegar a cualquier otro sitio donde pedir ayuda.

Pero cree que eso no ocurrió.

«Creo que eso no ocurrió».

Nunca había salido de la casona, así que en el pueblo estaba a ciegas. Las estrechas calles, que en otra época ayudaban a que los invasores no pudieran cobrar ventaja numérica en ellas, le dificultaban la orientación. Tras varios minutos vagando sin rumbo, apareció el niño, sí, lo recuerda. Recuerda sus ojos llorosos y su mejilla enrojecida.

«¿Qué pasó después?».

Manuela. Manuela sí había salido alguna vez de la casona, así que le preguntó si sabía cómo escapar del pueblo. Ella asintió y la guio por las calles.

La siguió en silencio. La pequeña caminaba decidida, sin dudar del camino, como si tuviera un mapa mental del pueblo. Atravesaron la plaza mayor, la calle ancha, la plaza del mercado y pasaron junto al cementerio. Así llegaron hasta una calle solitaria y oscura, sin farolas,

pero que creía haber visto antes.

«Eso fue lo que pasó. Me trajo ella».

De la puerta salió tía Consuelo. Cuando quiso reaccionar, cuando se dio cuenta de que estaba en la parte trasera de la casona, la vieja le agarró el brazo y le clavó algo en el cuello. Eso es lo último que recuerda.

—Manuela, ¿por qué me trajiste aquí de nuevo? —pregunta ahora a su hija.

—Aquí somos felices, mamá. Fuera sólo hay gente mala —le contesta ella previa aprobación con la mirada de tía Consuelo.

La anciana le toma algunas fotos, aunque ella no aparta la mirada de su hija.

—Te acompaño a la cama, Manuela —le dice la anciana a la niña en un tono cariñoso, tomándola por los hombros—, dejemos a tu madre descansar y reflexionar aquí.

Las luces del salón se apagan, su hija desaparece tras la puerta y esta se cierra suavemente, como si no quisieran molestarla.

La oscuridad en el salón es total. Intenta soltarse, pero cuanto más tira de sus manos, más se aprieta el nudo que la ata.

Lo único que puede hacer es mecerse en la butaca.

Distraerse con el crujido de la madera que provoca el balanceo del asiento.

Pensar si no sería mejor morir y dejar que Manuela sea feliz sin ella. Aunque sea allí.

30

Ángel Costa no recuerda otro día igual. Nunca le han salvado la vida dos veces en menos de diez minutos, primero, de ser estrangulado y después, de salir ardiendo. Lo piensa mientras observa cómo le colocan un aparatoso vendaje a Macarena en la cabeza. La periodista ha tenido suerte: si la bala se hubiera acercado unos milímetros más en su trayectoria, en lugar de cuero cabelludo se habría llevado por delante algunas partes de su cerebro.

El pabellón sigue expulsando humo y, a pesar de que los bomberos se afanan en sofocar las llamas, parece que el edificio no verá el inicio de la Expo. Fuera, a una distancia prudencial, los trabajadores de otros pabellones y algunos curiosos se agolpan para ver el incendio mientras las ambulancias se llevan a los heridos graves.

Costa empieza a impacientarse con la lentitud con la que tratan la herida de Macarena, y es que no suele ser buena idea quedarse junto a un incendio del que se es culpable. La periodista entiende lo mismo tras un rápido cruce de miradas y se levanta de la camilla en la que la atienden dispuesta a irse, pero unos gritos que llegan desde su espalda certifican que no van a poder hacerlo.

—¡Tú! —dice la señora Petón señalando con su dedo índice a Costa.

Avanza hacia ellos escoltada por los dos policías con los que estaba minutos antes en el despacho.

Tiene el pelo lleno de cenizas, y el traje, que era blanco, ahora parece ser gris.

—¡Tú eres el culpable de todo! Cada vez que ocurre algo, estás tú de por medio.

Costa la mira sin decir nada. También mira a los dos policías. Al menos uno de ellos, el que aparenta más edad y tiene un poblado bigote, parece ser un alto mando, algo que confirma cuando, al verlo levantar la mano, otros dos agentes se encargan de esposarlo a él y a Macarena. Ninguno de los dos se resiste.

«Demasiados maderos».

La señora Petón está furiosa, ahora sí. La cara de ira que es incapaz de controlar no se parece en nada a la que había simulado poco antes al salir del despacho.

Su mirada asesina cambia cuando la avisan de que la prensa está empezando a llegar y que tendrá que atenderla para explicar qué va a ocurrir con la Expo ahora que uno de sus pabellones más importantes se consume entre las llamas. Lanza una última mirada al detective y le da la espalda.

Unos minutos y varias calles después, Costa y Macarena bajan

esposados del furgón policial y entran en una comisaría. A diferencia de las de las películas, esta no es un ir y venir de policías tomando cafés aguados con teléfonos sonando que nadie descuelga. De hecho, parece un lugar bastante tranquilo.

—¿Les tomo los datos, jefe? —se ofrece uno de los policías cuando los ve llegar.

—No, después —responde el del bigote—. Han quemado un pabellón de la Expo, uno de los importantes, y necesito la confesión cuanto antes.

—El humo se ve desde toda Sevilla, media ciudad ha llamado para dar la alarma. Está todo el mundo muy nervioso.

—Es para estarlo.

Mientras hablan, Costa observa la comisaría. Es vieja y tiene desperfectos en las paredes; tampoco hay demasiados agentes trabajando. Un policía abre una de las puertas y mete a Macarena en una habitación pequeña con dos sillas y una mesa. A él lo llevan a través de un oscuro pasillo hasta una celda en penumbra. Sólo intenta oponer algo de resistencia cuando le quitan el sombrero, la chaqueta y la gabardina.

—Ahora vengo a por ti —le dicen antes de empujarlo dentro y cerrar la puerta de barrotes a la que enganchan sus esposas.

Observa cómo el policía se aleja por el pasillo, y descubre que no está solo en el calabozo cuando una voz que le resulta familiar lo saluda desde las sombras.

31

El Varón soporta el dolor. La mejilla izquierda presenta cada vez peor pinta, pero no tiene pensado ir ni a un médico ni a una farmacia.

El dolor es intenso y, lejos de disminuir, aumenta con el paso del tiempo. Lo único que lo relaja es sumergirse en agua fría, así que, como si fuera un vaquero del oeste americano, deja las piernas colgando fuera de la bañera y consigue meter el resto de su cuerpo, cabeza incluida, en el interior.

Así pasa la tarde, aguantando la respiración bajo el agua, mirándose la cara en el espejo y esperando que llegue el momento de volver a ver al jefe.

La oportunidad llega al caer la noche, cuando tres golpes en la puerta del piso lo sacan de su enésimo baño de cara. Con una toalla liada alrededor de la cintura, abre la puerta para que entren el jefe y dos de sus hombres. La visita se queda mirando la cara del Varón con gesto serio, hasta que finalmente sonríe y se sienta en el sofá.

—Llevo todo el día, desde que he visto la columna de humo salir de la Expo, pensando si no sería cosa tuya. Ya sabes que no me gusta creer en las casualidades, Varón, pero te prometo que de camino hacia aquí iba dándole sus opciones. Hasta que he visto tu cara, claro.

Hace una señal con la cabeza y sus dos hombres se colocan tras el Varón, a apenas un metro cada uno. Luego continúa hablando.

—Cuando he visto tu cara, he vuelto a recordar que las casualidades no existen. No es casualidad que el periódico más importante de la ciudad saque hoy en portada información sobre mí que muy poca gente conoce. No es casualidad que hayan detenido a la periodista que ha publicado dicha información acusada de incendiar un pabellón de la Expo. Y tampoco es casualidad que hayan encontrado encima de su mesa, en la redacción del periódico, cartas anónimas con una letra muy parecida a la tuya.

Melgarejo saca las cartas de su chaqueta y las tira sobre el sofá, a su lado.

—Aunque parecen escritas en arameo antiguo, he sido capaz de leerlas, Varón.

—No hay nada que sea mentira. Ahora Sevilla sabrá qué tipo de persona eres en realidad.

—¿Y tú, Varón? ¿Todavía no sabes qué tipo de persona soy? ¿De lo que soy capaz?

Antes de pronunciar la última sílaba, el Varón recibe un golpe en su espalda con lo que parece un palo. Se gira para identificar cuál de los dos hombres es el que le ha pegado. Mira al que tiene una porra en la mano y le sonríe.

—Gracias —le dice—, has conseguido que me olvide del dolor de la cara.

Melgarejo saca un sobre blanco de la chaqueta. Es exactamente igual a los que le ha ido dando desde el primer día que salió de la cárcel. Dentro hay una foto, aunque esta vez no sale nadie sonriendo en ella, sino todo lo contrario. El Varón la ve y no puede evitar que su cuerpo tiemble, que la sangre se acumule en su cabeza. Melgarejo ríe, como siempre, con risa impostada.

—Como le hayas hecho algo… —amenaza el Varón.

Al hombre de la porra le basta un leve movimiento de cabeza del jefe para volver a pegar al Varón, esta vez en el brazo. El Varón recibe el golpe de lleno, sin girarse ni tratar de esquivarlo. Esa porra le produce verdadero daño, pero una vez superado el umbral de cada uno, da igual un poco más de dolor.

El Varón atrapa la porra antes de que pueda darle un nuevo golpe, y justo ahí empieza una serie de movimientos que, como si de una coreografía se tratara, Melgarejo disfruta ver, al menos al principio. El orden es el siguiente:

El Varón se hace con la porra.

El otro hombre saca una pistola y le apunta.

Melgarejo ríe.

El Varón golpea sobre un brazo y una pistola cae al suelo.

El hombre sin porra se echa encima de la espalda del Varón y trata de estrangularlo.

Melgarejo aplaude desde el sofá.

El Varón gira sobre sí mismo para intentar soltarse del hombre que lo agarra.

El de la pistola intenta recuperarla del suelo, pero el cuerpo de su compañero cae sobre él.

Melgarejo se levanta del sofá.

El Varón toma la pistola y le apunta.

Melgarejo se sienta en el sofá.

El Varón coge la porra y golpea con ella a los dos hombres.

Melgarejo dice algo. Quizá «Para».

El Varón no para.

El corazón de los hombres aún late, aunque sus cerebros ya no manden señales, destrozados dentro de cráneos rotos.

Melgarejo vuelve a decir algo. Quizá «Loco».

El Varón suelta la porra, llena de sangre, sobre los dos hombres muertos, y avanza hacia Mariano Melgarejo.

—¡Para! ¡Estás loco! —Ahora sí que escucha lo que dice con claridad.

El Varón coge la pistola y se acerca hasta el sofá, pero no se sienta en él. Busca con la mirada hasta encontrar lo que va a necesitar. Coge

su mochila y la deja junto a Melgarejo, que parece temblar. Nunca, en toda su vida, lo había visto así. Es la primera vez que lo ve con miedo.

—Varón, no puedes matarme —le dice tratando de parecer sereno —, si lo haces, nunca sabrás dónde están. Las matarán antes de que puedas encontrarlas.

—No voy a matarte —dice mientras saca cinta americana de la mochila—. Eso sería un alivio, y yo no estoy para aliviar a nadie. Ni siquiera a mi propio hermano.

32

Cuando el policía desaparece al final del pasillo, la luz se apaga y lo deja completamente a oscuras. A Costa lo han esposado a los barrotes horizontales de la puerta, lo que le impide agacharse o bajar las manos. Todo el tiempo que permanezca allí tendrá que hacerlo de pie y con el torso en tensión.

—¿Estás escondiéndote aquí de tus mujeres? —le dice Costa a Romero, que sigue sentado en el incómodo banco que hay en la celda.

—Déjame un poquito en paz.

Costa quiere dejarlo en paz, pero a cambio sacude las esposas contra los barrotes, tratando de romperlas por algún lado. Estas no ceden, y lo único que consigue es lacerarse parte de sus muñecas.

—Malditas esposas, ¿eh? —bromea Costa, que vuelve a intentar romperlas a base de tirones.

—Deja de hacer ruido —le pide Romero—, cuando vienen no son nada agradables.

—¿Eres capaz de sacarme de aquí, Houdini?

—Poder no es querer.

—No me jodas, Romero. ¿Puedes quitarme las esposas y sacarme de aquí o no?

—No veo qué gano yo con eso. Es más, sólo se me ocurren situaciones en las que salgo perdiendo.

—Quizá pueda ayudarte con lo de tu mujer.

—¿Cómo? —dice Romero en un tono que parece de esperanza.

—En uno de los cajones de mi escritorio tengo un informe sobre la Viuda de Oro. Convence a mujeres de que sus maridos se acuestan con ella —con algunos lo hace de verdad—, y luego les pide dinero a estos a cambio de confesar que todo es mentira. Cuando los más tontos le pagan, se marcha a otra ciudad y nunca llega a decirles nada a sus mujeres.

—Y ahora me vas a decir que da la casualidad de que me he acostado con la Viuda de Oro.

—No, pero el informe está firmado por el jefe y listo para que se lo enseñes a tu mujer. Tan solo tienes que cambiar las fotos de la verdadera Viuda de Oro por la de tu amante. No creo que te cueste mucho sacarle unas fotos cuando esté hablando con algún hombre.

—Mi mujer no se lo va a tragar.

—Claro que no, pero si realmente quiere estar a tu lado, le servirá como excusa para perdonarte. No sólo la justicia tiene una venda en los ojos, Romero, el amor también. Y ahora, quítame estas malditas esposas.

Romero se agacha y palpa la suela de su zapato. De la mitad del

tacón saca un pequeño compartimento en el que guarda una horquilla y un alfiler.

Más tarde, la luz del pasillo vuelve a encenderse, y Costa oye cómo unos pasos se acercan hasta el calabozo. Calcula que ya debe ser de noche, aunque el tiempo allí dentro es relativo y quizá sólo hayan pasado unos minutos.

El mismo policía de antes llega hasta su posición. Sin decir nada, enciende un cigarrillo frente a él, da dos caladas rápidas y le echa el humo en la cara. A pesar de la mezcla de aliento y tabaco, Costa no aparta la cara y se limita a sonreír.

—No deberías estar tan contento —dice el policía antes de dar otra calada y volver a echarle el humo en la cara—, tu compañera ha cantado. Nos ha costado, pero lo sabemos todo. Vuestras identidades ocultas, vuestros planes.

—No me diga…

—Para acabar con esto cuanto antes, sólo necesitamos que confieses. En cuanto lo hagas, puedo darte agua, un cigarrillo y hasta una silla. ¿Qué te parece?

—Me parece una estupenda noticia.

—Sabía que cederías. Sois todos unos cobardes. Por mucho que intentéis atentar contra la Expo, en Sevilla no os vais a salir con la vuestra. Aquí no os tenemos miedo, sabemos que los etarras os meáis encima.

Costa levanta las cejas y lanza una carcajada.

—¿De verdad, agente? ¿Una chica que se llama Macarena y que se olvida de pronunciar las eses finales le dice que somos etarras, y usted se lo cree? ¿Eso es todo lo que han conseguido sacarle en toda la tarde? —Costa vuelve a reír ante la cara de enfado del policía, que se acerca aún más a él—. Cada vez me gusta más esta chica.

En cuanto acaba la frase, Costa deja caer las esposas al suelo y agarra la cabeza del policía. La expresión de este cambia tres veces en apenas un segundo. Primero, muda la cara de enfado por la de sorpresa. Después, la sorpresa deja paso al miedo. El último cambio se produce cuando es atraído hacia los barrotes de un golpe seco; entonces, el miedo deja paso al dolor.

El policía intenta gritar, pedir auxilio, pero nota algo —quizá el cigarrillo que estaba fumando— colándose por su garganta. Otros dos golpes secos contra los barrotes provocan que se desplome al suelo.

Costa registra los bolsillos del pantalón y saca las llaves del calabozo. Antes de abrir, se dirige hasta el banco donde Romero aguarda sentado.

—Sólo uno —dice con el dedo índice apuntando a su cabeza.

Costa cierra el puño y pega con él en la ceja de su compañero. Le

levanta la cabeza y examina la zona golpeada.

—No te he hecho sangre.

—Da igual, servirá. Vete.

Abre la puerta del calabozo, vuelve a cerrar con llave y deja esta en el mismo bolsillo del policía en el que la encontró. Avanza por el pasillo, pero, al llegar al final, en lugar de pasar por la puerta que conecta los calabozos con el resto de la comisaría, apaga la luz y se queda oculto tras ella. Al otro lado del pasillo oye los gritos de Romero, y pocos segundos después aparecen varios policías uniformados que corren hacia allí.

Cuando no cree que vayan a llegar más, abandona el pasillo y coge una de las sillas de la oficina para atrancarla. En un perchero están su chaqueta, su sombrero y su gabardina. Se viste con ellas y se dirige hacia la habitación en la que vio por última vez a Macarena. Está cerrada, pero el pomo no parece demasiado fuerte. Tras dos patadas con su pierna sana, este se rompe y la puerta se abre.

—Si sales de aquí conmigo, no creo que te publiquen muchas más portadas —le dice a Macarena.

—Si me quedo, creo que apareceré en ellas.

33

No le quedan fuerzas. Ni siquiera para mantener su cuello erguido. Si no fuera porque está atada a la mecedora, cree que tampoco podría mantenerse sentada por sí misma. Sus ojos, aunque a veces se le nubla la vista, sólo se fijan en la puerta. Desde que se cerró por última vez, nadie ha vuelto a abrirla. Desde que tía Consuelo se llevó a Manuela, nadie ha entrado en la habitación, ni siquiera para darle agua o comida, menos aún para poder limpiarse. La oscuridad en la que se encuentra le impide saber cuántos días han pasado, pero sabe que han sido muchos, que, aunque el tiempo pasa lentamente y a veces confunda la realidad con los sueños, lleva varios días allí encerrada.

Los primeros días intentó soltarse, sobre todo cuando aún oía ruidos al otro lado de la puerta. Pasos, cacerolas, incluso a Manuela riendo. Después, cuando sólo había silencio, empezó a perder las fuerzas casi a la vez que la esperanza. Alguna vez ha creído oír el timbre de la puerta, pero ya no tenía fuerzas para nada.

Ha sido perfectamente consciente del deterioro que ha sufrido su cuerpo en todo este tiempo. Aunque no quiere bajar la vista de la puerta, alguna vez se ha mirado los brazos, atados a la mecedora. La piel parecía la de una anciana, plegada sobre sí misma, sin elasticidad. Los ojos le escuecen, y cada vez que parpadea siente la sequedad de sus párpados, el roce sobre ellos.

Hace tiempo que la lengua no le sirve para humedecerse la boca, tan árida como la nariz y su garganta. La desesperación ha provocado que deseara beberse hasta la orina que se acumula bajo sus pies.

Le cuesta respirar. Cada vez más. Las respiraciones son tan cortas que apenas puede mantener un jadeo constante para meter aire en sus pulmones.

El corazón, que al principio notaba con fuerza, apenas supone ahora un débil recuerdo.

La puerta no va a abrirse. Nadie va a llegar para salvarla de una muerte que está muy próxima.

Siente pena por Manuela, pero no por no poder verla nunca más, sino por su futuro.

La puerta no va a abrirse. Va a morir sola y joven.

Maldice al Varón, aunque lo sigue queriendo como el primer día. Sueña con que pueda encontrarse con Manuela, que él pueda salvar a su pequeña y verla crecer. Con un padre como él, será más fácil no tener una madre como ella.

La puerta se abre.

Sus ojos siguen abiertos, pero ya no ven.

Unas manos tocan su cara, pero no las siente.

Unos labios le dicen algo al oído, pero ya no oye.

Ni piensa.

Ni respira.

Ni vive.

34

El Varón ha conseguido una dirección. Mariano Melgarejo apenas ha resistido siete minutos de tortura para decírsela, aunque él ha querido continuar algo más de tiempo hasta asegurarse de que decía la verdad. También ha disfrutado haciéndolo.

El sofá del piso franco le recuerda ahora al de la casa de Alkorta, aunque su hermano tiene menos cuerpo sobre el que poder trabajar.

«Tenía».

Registra los pantalones de los dos hombres que yacen en el suelo del salón y encuentra las llaves que esperaba hallar en el bolsillo de uno de ellos. Aunque no sabe en qué coche han llegado, intuye que será el más limpio, grande y lujoso que haya aparcado en la calle. Reúne algunos de los utensilios que ha utilizado con el mayor de los Melgarejo y los guarda en su mochila. También coge la pistola de uno de los muertos. No querría perder tiempo en limpiarse la sangre que llena sus manos, pero no le queda otra si quiere salir a la calle y no llamar la atención de los vecinos, así que se lava antes de vestirse y abandonar el piso franco.

En la calle, no tarda mucho tiempo en encontrar un Mercedes-Benz negro con los cristales traseros tintados. La llave encaja, el motor hace un ruido elegante al arrancar y las luces iluminan la acera.

Veintiún minutos después, vuela por una carretera antigua y desgastada que une Sevilla con el pueblo que le ha indicado su hermano. No tiene dudas de que le ha dicho la verdad. Si hubiera parado nada más darle una dirección, ahora tendría remordimientos por haberlo matado antes de encontrar a su familia, pero cuando uno tiene experiencia torturando hombres, sabe cuándo le están mintiendo y cuándo no. Los detalles que le ha ido explicando para llegar a la casona jamás podrían haber sido inventados. La insistencia desesperada en repetir esa dirección tras cada trozo de cuerpo arrancado, tampoco.

El pueblo de noche apenas muestra señales de vida. Conduce a través de sus calles, hacia el este, buscando una que se llame Edén. Cuando la encuentra, se dirige hacia el final, da un frenazo frente a la puerta principal y se baja del coche. No tiene pensado llamar al timbre, si es que hay. Tampoco comprobar si hay llaves escondidas. A ambos lados de la puerta hay dos hileras de cristales que no tarda en romper.

Abre con prisas, clavándose algunos trozos de cristal roto en el brazo, y accede al interior de la casona. Dentro todo está oscuro y, a pesar del ruido que ha provocado, no oye nada. A nadie.

Grita los nombres de su mujer y su hija, pero no obtiene respuesta.

Cada puerta que abre le descubre una habitación llena de muebles, como si la casa estuviera habitada pero sus inquilinos hubieran huido sobre la marcha. Sube las escaleras hasta la planta superior y recorre un pasillo que cruje bajo sus pies. Abre puertas y descarta alegrías. En ninguna de las habitaciones en las que entra parece haber nada extraño, aunque no todas las camas tienen colchón.

En la última habitación que abre, al fin, la ve. Está atada a una mecedora, con la piel arrugada, los ojos hinchados, la boca abierta y la lengua seca, pero es ella. Le dice algo al oído, pero ni responde a sus palabras ni reacciona a sus caricias. No siente sus besos, no ve sus lágrimas, no huele su colonia. Está muerta.

El Varón grita.

Y el único habitante del pueblo que no teme acercarse a la casona llama al timbre.

35

Después de la carrera a pie para escapar de la comisaría y la carrera del taxi hacia la Expo, Costa conduce su coche hasta la casa de Petón con Macarena a su lado.

Al llegar, el detective saca una linterna de la guantera y comprueba que funciona. Después, consulta su reloj.

—¿Habías quedado? —le pregunta Macarena.

—La amenaza de muerte que recibió, la de la falsa nota de suicidio, tenía una fecha y una hora escritas. Faltan treinta minutos. Si el que se la envió está decidido a matarla, no debería estar muy lejos de aquí.

—Eso me deja más tranquila.

Costa camina decidido por el jardín. Aunque sabe que el dinero hace milagros, no conoce a ningún cristalero que sea capaz de arreglar una ventana en tan poco tiempo, así que se dirige directo hacia la que da al despacho de Petón. Al llegar hasta ella, ven cómo un cartón la cubre por completo desde dentro.

—No me sentiría muy segura con esto aquí si me hubieran amenazado de muerte.

—Si tuvieras su dinero no te quedarías en casa a comprobar si lo hacen —dice Costa empujando el cartón de la ventana, que parece pegado al marco con cinta americana.

—No, lo cierto es que no. Si tuviera su dinero, me iría al mejor hotel de la ciudad, uno que tuviera esas bañeras con chorritos y minibar, y que el asesino me encuentre allí si quiere. ¿Dónde te esconderías tú, detective?

—En un pueblecito de Marruecos —dice tras pensarlo unos segundos—. En uno en el que todas las casas están pintadas de azul. En la terraza del único bar que hay, en concreto.

Costa despega el cartón de la ventana con cuidado, procurando no hacer ruido. Macarena sostiene el cartón que escapa del pegamento para que no vuelva a unirse al marco. El frío de la noche cae de lleno sobre ellos y Costa siente el calor del cuerpo de la periodista junto al suyo. Cuando consiguen despegar un lateral completo, él entra primero, hace un barrido rápido con la linterna y la ayuda a ella para que también acceda.

El despacho, aunque a oscuras, está tal y como lo recuerda de la noche en la que el cadáver de Galindo apareció por esa misma ventana.

—¿Qué hacemos? —dice Macarena.

—Registrar el despacho —contesta Costa alumbrando el escritorio.

—¿Para encontrar qué?

—Te sorprendería todo lo que encontramos los detectives cuando

no buscamos nada concreto.

La mesa tiene documentos encima, pero ninguno parece interesante. Planos de pabellones y algún contrato se mezclan con tarjetas de visita y direcciones escritas a mano. En los cajones tampoco parece haber nada relevante.

—Hay uno cerrado con llave, no se puede abrir —dice Macarena tirando del pomo con fuerza.

—Creo que la llave viene por el pasillo.

Costa alumbra hacia la puerta del despacho. Macarena mira, pero no ve nada, tan solo oye unos pequeños pasos, muy ligeros, que se aproximan. Unos segundos después, dos ojos verdes se iluminan entre la oscuridad del pasillo.

—Joder, Costa —susurra Macarena—, me habías acojonado.

—Creo que se llama Mogote.

El gato mira a Macarena y le enseña los colmillos.

Costa se sienta en la silla del escritorio y alumbra sobre la mesa. El gato no tarda en subirse de un salto para, con calma, colocarse junto a él. En el cuello tiene el mismo collar que hace dos noches, del que cuelga una placa con el nombre del gato y una llave. Acaricia el pecho del animal del mismo modo que vio hacérselo a su dueña, y este repite el mismo movimiento, tumbándose hacia arriba y dejando su cuello al aire. Entre caricia y caricia, Costa consigue sacar la llave del collar y abrir el cajón. Dentro encuentra lo que buscaba sin saberlo.

En el sobre de tamaño folio que sacan del cajón hay una carta dirigida a la señora Petón. Está escrita a máquina.

—Así que este es el verdadero motivo por el que os contrató —dice Macarena tras leerla por segunda vez.

En ese momento, la linterna deja de servir porque alguien enciende la luz del despacho.

36

El Varón atraviesa el pueblo a toda velocidad a bordo del coche de Melgarejo. Se dirige hacia las ruinas de un castillo medieval que se puede ver desde allí.

Unos minutos antes, cuando lloraba junto al cadáver de su mujer, alguien llamó al timbre de la casona. Lleno de ira y dispuesto a matar a cualquier persona que estuviera allí, se sorprendió al ver a un niño. El pequeño, más o menos de la edad de su hija, le ha explicado que hace unos días siguió a una anciana y a una niña hasta el castillo; las acompañaban dos hombres que cargaban con un colchón y una silla, aunque ellos se marcharon poco después. Mucho antes, había visto a esa misma niña y a su madre deambular por su calle en plena madrugada, parecían escapar, parecían asustadas.

Lleva años sin conducir, y mucho menos a esa velocidad. En ninguno de los atracos en los que participó en su vida de ladrón fue el conductor, así que cada curva que coge es una nueva oportunidad de despeñarse.

La carretera no está iluminada y es bastante vieja. En algunas zonas, las piedras de las colinas que hay a los lados llegan hasta el asfalto, lo que hace que el coche parezca patinar. Los faros, siempre con las largas, enfocan ojos de pequeños animales que se atreven a cruzar por delante de las cuatro ruedas buscando una muerte casi segura.

Conduce intentando dejar la mente en blanco, aunque le resulta imposible. Cientos de imágenes se le cruzan por delante sin saber qué sentimientos son los que le van naciendo entre el pecho y el estómago. El cadáver de su mujer, el recuerdo de su hija, los ojos llenos de odio y miedo de su hermano antes de morir. Siente, por primera vez en su vida, que no es capaz de controlar su mente, que actúa por impulso, como movido por unos hilos que es incapaz de cortar en lugar de por la razón. Si no está loco, piensa, le falta poco.

La carretera asfaltada desemboca en un camino de tierra con algunos tramos de empedrado antiguo y árboles a uno y otro lado. Sale del coche con su mochila al hombro y recorre el camino a pie. A través de él, llega hasta lo que en su día fue un muro de piedra que protegía el acceso al castillo, pero que ahora sólo invita a pasar por encima sin apenas esfuerzo.

Accede a través del arco principal de la fortaleza y entra en el patio. A uno y otro lado de un gran muro encuentra dos torreones y, en la parte más alta de uno de ellos, le parece ver una luz débil, intermitente. El corazón le late con más fuerza. Encuentra una puerta de madera, o lo que queda de ella, cerrando el acceso al torreón. A

diferencia del resto de la edificación, no parece que lleve abandonada varios siglos. Esa puerta sigue cumpliendo su función, siguen abriéndola y cerrándola, no tiene dudas.

Tras la puerta hay dos escaleras, unas que bajan y otras que suben. Ambas son estrechas, de caracol y con escalones muy cortos. En cuanto empieza a subirlos, tiene que girarse levemente para poder ascender por ellas, ya que sus hombros rozan las paredes que hay a uno y otro lado. No quiere encender la linterna, pero la oscuridad total le hace asegurar bien cada paso que da. Ahora que está tan cerca, no puede arriesgarse a que falte algún trozo de escalera bajo sus pies.

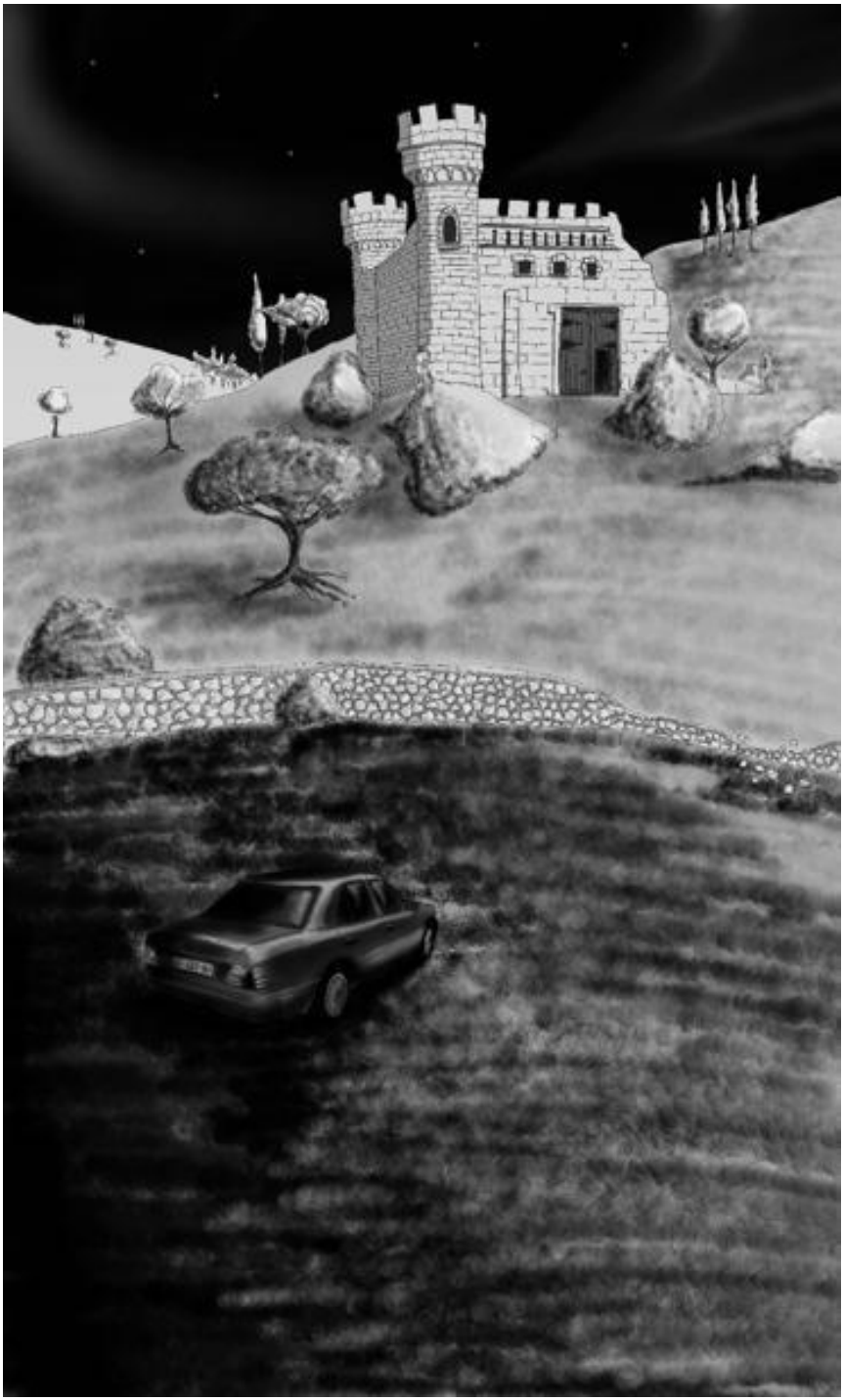
Rebusca en su mochila y de ella saca el cuchillo, su arma preferida para distancias cortas, para espacios reducidos como en el que parece que desembocan las escaleras. Unos escalones más allá, empieza a ver algo de claridad. La luz que llega desde lo alto del torreón ilumina los escalones que sube cada vez más rápido.

Al final de las escaleras, un arco de piedra sin puerta le permite ver que allí dentro hay un colchón en el suelo y una silla de madera a su lado.

En el colchón hay una niña. Su hija. Manuela.

En la silla hay una anciana. Su tía. Consuelo.

Aprieta el cuchillo.



Ángel Costa se levanta de la silla, pero Petón le hace una señal con la mano para que vuelva a sentarse.

—Creo que tenemos que ponernos al día —dice Costa desde la silla.

—¿Quién es ella? —dice Petón señalando a la periodista.

—Me llamo Macarena Santos.

La directora de la Expo se queda mirándola y asiente lentamente, como si recordara algo.

—Ha sido muy valiente al firmar la noticia de hoy. La felicito.

La periodista encaja el cumplido con una sonrisa leve que corta en cuanto Petón cambia el tono para dirigirse al detective.

—Dígame, Costa, ¿por qué no llamo a la policía ahora mismo para que lo detengan por colarse en mi casa y quemar el pabellón más importante de la Expo?

—Por esto —dice él mostrándole la nota que acaban de encontrar.

Petón recupera la cara de furia que tenía por la mañana, pero no dice nada, se limita a servirse una copa en silencio y a sentarse en la silla que hay frente al escritorio.

—Siempre me había extrañado que la nota del supuesto suicidio la escribieran en su novela favorita —dice Costa recalcando estas últimas palabras—. Sobre todo, porque en su casa no hay ni una sola novela, sólo archivadores. Creo que no le gusta mucho la lectura.

—No podía arriesgarme a que nadie viera lo que tiene en la mano. Imagino que lo comprende.

Costa vuelve a mirar lo que han encontrado. Por un lado, una foto en la que se pueden apreciar algunos huesos, parece que humanos, semienterrados en tierra. Por otro, una nota escrita a máquina, una amenaza: «Singapur. Si no te suicidas antes del 19 de febrero, todo saldrá a la luz, y entonces habrás muerto en vida».

—Esta es la verdadera amenaza que recibió. Por eso no teme que la maten, porque en ningún momento la amenaza era esa. Se inventó todo aquello de la falsa nota de suicidio porque era la única manera en la que podía enseñar una amenaza escrita por usted sin que sospecháramos, ¿verdad?

Ella asiente y deja entrever una sonrisa de derrota.

—No podía enseñar la amenaza real, así que tenía que falsificar una. Si hubiera escrito una amenaza de muerte normal, cualquiera habría reconocido mi letra.

—¿Y por qué no la escribió a máquina? —pregunta Macarena.

—Porque tengo entendido que se puede averiguar el modelo, y el mío no es de los comunes. Reconozca que mi solución fue una genialidad, escribir yo misma la carta pero negar haberlo hecho. Era

lo más fácil para enseñar una amenaza sin que sospecharan de mí por tener mi letra… o una parecida.

—¿Qué pasó en Singapur? —corta Costa.

Petón aparta la mirada y niega con la cabeza. Parece que ha envejecido varios años desde que la vieran por la mañana en el Pabellón de los Descubrimientos. Da un trago a su copa, que casi deja vacía, y toma la palabra con los ojos cerrados.

—Mi empresa participó hace unos años en la construcción de una línea del metro. Allí no tenían tuneladoras disponibles, así que llegamos a un acuerdo. El presupuesto era muy alto, pero el abono sólo se realizaría si las obras terminaban en una fecha determinada. Un día hubo un problema. Un accidente. Se hundió parte del túnel que estábamos construyendo y murieron bastantes personas. Veintisiete, para ser exactos. Es una cifra que nunca olvidaré.

Petón abre los ojos, se termina la copa y la deja sobre la mesa antes de continuar.

—Parar las obras y retirar los cuerpos habría significado no sólo dejar de ingresar el dinero, sino perder todo lo que habíamos adelantado de nuestro bolsillo hasta el momento. Mi decisión fue seguir adelante. Dejar los cuerpos allí sepultados y terminar la obra en la fecha acordada. El gobierno local aceptó que negociáramos las indemnizaciones directamente con las familias afectadas y colaboró para que la prensa no lo descubriera. Gracias a aquello, mi empresa empezó a facturar cuatro veces más que en los años anteriores. Gracias a aquello, en parte, soy hoy la directora de la Expo. Créame que por las noches me arrepiento, pero cada mañana me digo que volvería a hacer lo mismo.

—Y su marido no está en Singapur por casualidad, salvo que me haya mentido en eso también.

—Está allí tratando de averiguar quién podría saberlo todo, pero me temo que no lo ha conseguido.

Costa mira el reloj que cuelga de la pared. Está a punto de marcar las doce de la noche.

—Queda un minuto para que empiece el 19 de febrero y no se ha suicidado, ha elegido la opción valiente.

—Lamento no poder pagarle por sus servicios, detective. Aunque sigo viva, mañana todo saldrá a la luz, no ha descubierto quién está detrás de la amenaza.

—En eso se equivoca —dice Costa.

Petón mira tanto a Macarena como a Costa, sorprendida, quizá con un matiz de esperanza en su expresión.

—¿Saben quién es? —pregunta.

—Creemos que sí —dice Macarena.

—El incendio de hoy… Había un hombre esperándonos para

matarnos, el mismo que mató a Alkorta y a su mujer —dice Costa.

—Creemos que trabaja para el autor de su amenaza, asesinando o tratando de asesinar —dice Macarena señalando a Costa— a todos los detectives a los que usted contrató.

—Y ese mismo asesino es el que nos ha revelado que Melgarejo controla la Mafia de la Construcción.

—¿Mariano Melgarejo? —pregunta Petón.

—¿Lo conoce?

—Claro que lo conozco. En Sevilla hay más de dos mil empresas de construcción, pero apenas hay una veintena que destaquen. Melgarejo controla tres de ellas. Pero si es él, lo que no sé es cómo sabe lo de Singapur… —Petón se calla y mira hacia la estantería que hay en una de las paredes de su despacho.

Se levanta y camina hasta ella. Los archivadores están marcados con letras, así que se dirige hacia el que tiene la M y lo saca. Extrae algunos papeles de su interior y los arroja sobre el escritorio.

—Tengo informes de las personas más importantes de toda Andalucía, y Melgarejo lo es.

Coge uno de los folios, lleno de cientos de líneas y fechas, y se detiene en una.

—Una de sus empresas fue la encargada de construir una nueva línea de metro en Singapur hace menos de un año.

Costa y Macarena revisan el resto de los informes. La mayoría son datos de sus empresas, la facturación anual de cada una de ellas, las obras principales que acometen o el número de empleados, pero uno de los informes les llama la atención. Se trata de una lista de propiedades conocidas. Además de varios coches de gama alta y su residencia principal, Melgarejo tiene en propiedad un pequeño piso en el barrio de Triana y una antigua casona en un pueblo cercano a Sevilla.

—¿Para qué quiere un hombre con tanto dinero un piso tan pequeño en Triana?

Macarena y Costa se miran. Los dos saben que van a ir a descubrirlo.

—¿Adónde van? —pregunta Petón al ver que los dos se preparan para irse.

—Señora Petón, no me gusta dejar mi trabajo a medias, así que haremos un trato: usted no se suicide, que yo voy a encontrar a Melgarejo y al hijo de puta que mató a mi jefe.

—¿Puedo ayudar de alguna manera?

—Me vendrían bien las tijeras de podar de su jardinero.

—Están en el cobertizo, coja lo que quiera.

—Ah, y una última cosa —dice Costa, que le enseña la llave del cajón y la deja sobre la mesa—, no se fíe de los gatos, se parecen

demasiado a los humanos.

38

El único ruido de la calle es el que hace el camarero de un bar cercano amontonando sillas y mesas en varias pilas. Las amarra entre sí con una cadena de hierro y termina el concierto bajando de un tirón el cierre metálico del local. Junto a él pasan Costa y Macarena en busca del piso del que es dueño Melgarejo.

La puerta del bloque de pisos está rota, por lo que Costa no tiene problema en abrirla. Arriba, en el cuarto piso, se encuentra con una destartalada puerta de madera que se diferencia de las demás por la gran letra C que reposa sobre ella.

—¿Cómo piensas entrar? —dice Macarena.

—Quizá pruebe el método clásico —responde Costa, que llama al timbre varias veces.

Al otro lado no parece haber movimiento alguno; tampoco cuando el detective aporrea la madera con el puño.

—Parece que el método clásico no funciona —dice Macarena.

—El clásico viene ahora.

Costa coge un extintor que hay colgado en el pasillo y se sitúa frente a la puerta. Le bastan tres golpes secos para que se rompa a la altura del pomo. Cerca de allí, quizá en el piso de al lado, oye a algún vecino amenazar con llamar a la policía.

—Jamás había violado tantas leyes en el mismo día —dice Macarena al entrar tras él.

Costa enciende la luz en el primer interruptor que encuentra, y ambos comprueban que ese salón tiene una decoración inusual, con varios cadáveres repartidos por suelo y sofá.

—Llevan muertos poco tiempo —dice Costa registrando sus bolsillos tras no encontrarle el pulso a ninguno.

—Aquel se ha llevado la peor parte. —Macarena señala al hombre que hay en el sofá.

Está completamente desnudo, aunque a su lado hay un traje de chaqueta lleno de sangre y despedazado. Costa lo registra y encuentra una cartera.

—Parece que el director de tu periódico ha perdido una gran oportunidad de ganar dinero —dice Costa mostrando una tarjeta de visita—, Mariano Melgarejo no le va a dar un duro por su silencio.

—¿Crees que ha sido el mismo hombre del pabellón?

—Si no ha sido él, le ha salido un imitador. Lo han torturado de la misma manera que a Alkorta. De hecho, ten cuidado por dónde pisas.

Macarena levanta el pie de un charco de sangre ennegrecida y echa un vistazo a la mesa del salón. Sobre ella hay varias fotos. Una muestra a su fuente, al hombre que casi los mata por la mañana, con

una sonrisa. Abrazadas a él, también sonríen una mujer y una niña pequeña.

—Nuestro amigo tiene familia —dice Macarena, que enseña la foto a Costa.

Este, sin embargo, se ha fijado en otra de las fotografías que hay sobre la mesa. En ella aparecen la misma mujer y niña, aunque con más edad. La niña parece que sonríe de forma sincera, pero la expresión de la mujer es diferente, es una sonrisa nerviosa, forzada, de labios apretados que no dejan ver los dientes. Junto a ellas aparece una señora mayor de aspecto serio. Las tres están sentadas junto a una mesa de madera llena de patatas sin pelar y, detrás de ellas, al fondo, pueden verse una pared de piedra y lo que parece una cocina antigua.

—Mira el lugar en el que están —dice Macarena—, parece una casa de pueblo.

—La casona —dice Costa, que coge la última foto que hay sobre la mesa.

En ella sólo aparece la mujer. Está atada a una butaca, desnuda. Parece que mira a cámara, pero sus ojos se dirigen a algún punto por debajo del objetivo.

—Por esto quería traicionar a Melgarejo a la vez que cumplía sus encargos, lo chantajeaba con ellas.

En el resto de la casa no encuentran nada reseñable, así que salen a la calle que, ahora sí, está en completo silencio. Antes de montarse en el coche, Costa saca una tarjeta de visita del bolsillo y entra en una cabina telefónica. No tiene ni que esperar dos tonos para que descuelguen el teléfono.

—¿Señora Petón? Melgarejo va a tener complicado revelar su secreto. Puede usted dormir tranquila.

39

Los faros del coche de Costa iluminan la casona de Melgarejo. Tiene

dos plantas, paredes de piedra y un niño en la puerta. Costa y Macarena se acercan hasta él, y este los guía hasta la habitación en la que encuentran a la misma mujer que salía atada en la foto. Está en la misma postura, pero muerta.

—El hombre que lloraba me dijo que me quedara junto a ella hasta que volviera.

—¿Qué hombre?

La descripción que les da el niño es inequívoca. Muy alto, gordo, con mucha barba y poco pelo en la cabeza. Aunque no sabe decirles cuánto tiempo hace desde que se fue, sí que les explica dónde está.

Desde la puerta principal pueden ver el antiguo castillo en ruinas que les señala. No parece estar muy lejos, quizá a unos veinte minutos a pie, pero el niño les indica una carretera que llega directamente hasta allí.

Cuando llegan al final de la carretera y se bajan del coche, encuentran otro, un Mercedes-Benz, a pocos metros de allí. Tiene las puertas abiertas y los cristales tintados, pero dentro no hay nadie.

Tras superar un muro derruido y un gran arco de piedra, llegan al patio principal; allí ven una puerta abierta. Da acceso a uno de los torreones, así que deciden probar suerte. Costa lleva en la mano las tijeras de podar, y le da a Macarena su mechero para que alumbre. Hay unas escaleras que bajan y otras que suben a la parte alta del torreón. Se miran, y ambos señalan hacia arriba.

Mientras ascienden, escuchan un ruido cada vez más cercano. Al final de las escaleras hay un arco de piedra que da acceso a una estancia. Allí, una vela casi consumida por completo aún arroja una luz que, aunque débil, es suficiente para reconocer el cuerpo de una mujer colgada boca abajo sobre un charco de sangre.

A su lado hay un hombre sentado en una silla, mirándola.

Huele a sangre, a muerte y a colonia.

40

El Varón mira cómo la sangre se derrama en el suelo desde la cabeza de tía Consuelo. Colgarla boca abajo con vida no ha sido fácil, tiene que reconocer que se ha defendido de forma feroz, más incluso que su hermano.

La gravedad hace que la sangre se acumule en la cabeza y salga por los diferentes cortes que le ha hecho. La muerte ha sido lenta y dolorosa, pero la anciana no le ha dado la satisfacción de oírla suplicar; ha aguantado a base de gritos y oraciones, pero ni siquiera ha llorado. Es una generación, piensa, acostumbrada a que la tragedia sea rutina.

A su espalda oye unos pasos que suben por las escaleras. La periodista y el hombre de la cojera aparecen en el torreón, pero no dicen nada. Él sigue sentado en la silla de madera, meditando qué hacer, hasta que toma la palabra.

—No tenéis por qué morir —les dice—, podéis marcharos.

—Con Melgarejo muerto ya no necesitas matarme, ¿verdad? —pregunta la periodista.

—Tampoco tengo inconveniente en hacerlo —dice antes de apuntarle con la pistola.

Ve cómo el detective levanta las tijeras de podar en señal de amenaza, y él vuelve a bajar la pistola despacio, tranquilo.

—Os metería una bala a cada uno antes de que llegaras a mí.

—Podemos comprobarlo —dice el detective—. Sería la primera vez que mataras de frente. Ni Alkorta, ni su mujer, ni Vargas ni Galindo…

—Yo no maté a Galindo —le corta—. Fueron los hombres de mi hermano, aunque imagino que te da igual una muerte más que menos.

—¿Tu hermano?

—Para ser detective no las hueles, ¿eh? Mi nombre es Juan Melgarejo, aunque todos me llaman el Varón. Y esta señora tan callada —dice balanceando el cadáver que cuelga del techo— es nuestra tía, Consuelo Melgarejo. Como ves, todo queda en familia.

La conversación termina cuando la vela que ilumina el torreón se apaga. El Varón se levanta con agilidad e interpone el cuerpo de tía Consuelo ante la sombra que se acerca a él. Siente que algo se clava en la anciana, seguramente las tijeras de podar que traía el detective, pero ella no se inmuta, ni responde ni protesta, tan solo se balancea pendiendo de una cuerda.

A su izquierda identifica otra silueta. Se lanza sobre ella y atrapa a la periodista, que trata de zafarse de sus brazos sin éxito. Sólo deja de moverse cuando le pone el cañón de la pistola sobre el vendaje que le cubre la cabeza.

—Tira las tijeras y aléjate de la puerta —le dice al detective—, o le meto un tiro a tu chica.

—No soy su chica —le responde ella.

Oye el ruido de las tijeras resbalando por el suelo hasta su posición, pero es capaz de ver la silueta del detective junto a la puerta. Detrás de él, por las escaleras, oye otros pasos que suben, y es entonces cuando empieza a ponerse nervioso, a experimentar una sensación que pocas veces ha tenido en su vida: miedo.

—Papá, tía Consuelo, ¿nos vamos ya? —dice Manuela, que aparece por el arco sin reparar en que tía Consuelo no pasa por su mejor momento.

—¡Te he dicho que te quedes abajo! —le grita.

Antes de que pueda amenazarlo con la pistola, el detective agarra a la niña y la pone delante de él.

—Suelta a mi chica y yo soltaré a la tuya —dice con las manos sobre los hombros de Manuela.

—No estás en disposición de exigir, el único que tiene un arma soy yo.

—Para romper ciertos cuellos no hacen falta armas.

Ambos dejan de hablar cuando oyen un ruido que procede del exterior. El Varón arrastra hacia atrás a Macarena sin dejar de apuntarle y llega hasta la ventana. De un vistazo rápido es capaz de identificar a varios agentes de policía y de la Guardia Civil que rodean las ruinas del castillo.

—Mira, detective, en unos minutos la policía va a subir por esas escaleras. Hay dos opciones, o encuentran sólo un cadáver —señala con la cabeza a tía Consuelo— o varios. Decide rápido.

A través de la ventana oyen un megáfono. Al principio sólo hay interferencias, pero luego escuchan la voz nítida de uno de los policías que hay fuera.

—Ángel Costa y Macarena Santos —dicen desde fuera—, la Policía nacional les ordena que salgan de ahí. Despacio y sin trucos. Se abrirá fuego ante la más mínima tontería. ¿Están escuchándome?

—Maldita Petón —oye que murmura la periodista.

—Qué sorpresa. Parece que sobro en esta fiesta —dice el Varón, que se acerca hasta la ventana y dispara tres balas al aire antes de volver a esconderse. De forma inmediata, varios disparos llegan como respuesta.

Agarra con fuerza a la periodista, asegurándose de que no se va a soltar, y la acerca a la ventana.

—En cuanto la asome, la van a matar.

El detective separa las manos de la niña y se hace a un lado, dejándole paso franco hasta las escaleras. El Varón empuja a la periodista hacia la ventana y consigue la reacción que quería en el

detective, que corre hacia ella.

Aprovecha los disparos que vuelven a producirse contra la ventana para tomar a Manuela de la mano y bajar las escaleras junto a ella. Tras el primer tramo de escalones, se gira para comprobar si los persiguen, pero ninguno de los dos aparece.

Aunque Manuela no ha abierto la boca desde que le gritara en lo alto del torreón, le tapa la boca cuando pasan por delante de la puerta de entrada y continúa bajando por las escaleras hasta el subsuelo.

Allí la oscuridad es total y se maldice por haberse dejado la mochila con la linterna junto a tía Consuelo. Percibe cómo su hija se lleva las manos a la nariz, y detecta un olor parecido al del agua podrida, lo que seguramente sea lo que nota bajo sus zapatos.

En cada paso que da provoca un chapoteo, y lo que parecen ratas emiten chillidos a su alrededor. Se guarda la pistola, sostiene a Manuela con su mano izquierda y palpa la pared de piedra con la derecha. No pretende despegarse de ella. No sabe si encontrará una salida, pero la pared le servirá como guía en cuanto la policía mate o se lleve a quien ha venido a buscar.

Tras unos segundos adentrándose en la oscuridad, oye a su espalda, a lo lejos, varios disparos.

Manuela le suelta la mano para abrazarlo con fuerza.

Ya no recuerda qué era la felicidad, pero ese abrazo se parece.

—¿Estás bien? —pregunta Costa.

—Van a matarnos —contesta Macarena.

—Hoy no.

El megáfono vuelve a sonar, aunque esta vez no escuchan lo que les dicen. Es cuestión de tiempo que entren en el torreón y empiecen a subir las escaleras hasta su posición. Costa coge la silla de madera y la coloca bajo el cuerpo de la anciana. Macarena lo ayuda a descolgar el cuerpo, aunque no tiene ni idea de qué es lo que pretende hacer. Entre los dos la sientan sobre la silla y la arrastran hasta el inicio de las escaleras.

Costa coloca la silla y a la anciana de espaldas a las escaleras, con las patas traseras justo en el borde del primer escalón.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunta Macarena.

—Siempre he querido montar en trineo.

Unos metros por debajo, oyen las botas de varios hombres subiendo. Lo hacen rápido y no tardarán mucho tiempo en aparecer ante ellos.

Costa se gira para mirar a Macarena. Nota su respiración, el calor de su cuerpo junto a él, el olor de su pelo. Antes de abrir la boca para decir lo que tiene en mente, siente unos labios que se posan sobre los suyos. El beso es breve. Sabe a promesa.

—Agáchate —le susurra tras despegar los labios.

Cuando se separa de ella y ve aparecer la luz de una linterna por las escaleras, coloca un pie sobre el asiento de la silla, se sube a ella y coloca el otro pie en el respaldo. En cuanto la tumba hacia atrás y el respaldo empieza a resbalar sobre los escalones, siente que no ha sido tan buena idea. Tras bajar varios peldaños subido a la silla, pierde el equilibrio y cae sobre los dos policías, que disparan por encima de su cabeza. Sin saber si el cuerpo de la anciana es uno de los que tiene más próximos, patea lo que parece que son dos caras de policía. Mira hacia arriba, pero la oscuridad le impide distinguir nada.

—¡Macarena! —grita, pero nadie responde.

Unos escalones por debajo hay un pequeño punto de luz que ilumina la pared. Baja hasta él y coge la linterna.

Vuelve a subir algunos peldaños y alumbra con ella hacia el principio de las escaleras. Macarena está en el suelo, inmóvil.

El que sí se mueve es él, por dos motivos: la gravedad y que uno de los policías le ha agarrado la pierna mala. El dolor que siente y la fuerza que emplea el otro provocan que caigan escaleras abajo. Costa siente las esquinas de los peldaños clavándose entre sus costillas, piernas y espalda, y el peso del policía con el que forcejea tampoco

llega a resultarle agradable del todo.

Cuando la bajada de ambos termina, no sabe calcular a qué altura de las escaleras está, y la linterna parece que ha caído unos metros por debajo. Tantea sobre el cuerpo del policía, que también hace lo propio con el suyo. A pesar de que lucha contra un policía, Costa ha cacheado más cuerpos que su rival, al menos a oscuras, por lo que localiza antes la cabeza de su adversario. En cuanto la siente entre sus manos, la golpea con fuerza contra el bordillo del escalón más cercano. No se ensaña. Un golpe es suficiente para que las manos que sentía sobre su cuerpo se separen de él.

Quiere subir de nuevo las escaleras, pero a su izquierda oye pasos y voces. Entre el descenso en trineo y la lucha grecorromana ha llegado hasta la puerta de acceso al torreón y, detrás de ella, parece que hay más policías dispuestos a entrar a matar.

De un salto baja varios escalones, aunque lo hace con más fe que seguridad. Tiene pocas posibilidades de asentar sus zapatos de lleno de un escalón, pero el boleto que ha comprado resulta ganador y consigue llegar hasta la linterna sin perder el equilibrio.

Con la linterna en la mano es capaz de descender a más velocidad, algo que le viene bien. Muy bien, de hecho, cuando oye los mismos pasos que estaban fuera del torreón aproximarse unos metros por detrás de él.

Las escaleras bajan, al menos, lo que calcula que serían dos plantas. Al final de ellas, llega hasta una especie de túnel, algo similar a una cloaca, donde en el suelo hay cada vez más agua cuanto más lejos enfoca con la linterna. Alumbra los metros que tiene por delante para visualizar el camino y la apaga. Sus perseguidores suenan cada vez más cercanos, y no quiere que lo localicen por culpa de la linterna. Está convencido de que van a disparar ante el más mínimo movimiento que vean allí dentro.

«Más me vale que haya una salida».

Escucha el chapoteo de sus zapatos contra el agua del suelo, aunque algunas zancadas después los nota completamente sumergidos en ella. Correr le cuesta más a medida que se adentra en el agua, que va frenando sus piernas a una altura cada vez mayor. A su espalda, parece que los hombres que lo persiguen —calcula que no son más de tres— también se frenan, pues escucha sus voces un poco más lejos.

Vuelve a encender la linterna para alumbrar lo que serán sus próximos metros de recorrido. La luz deja ver más de lo mismo, un túnel que sigue extendiéndose a lo largo, sin puertas a los lados y con agua de un olor nauseabundo por el medio. A los laterales le parece ver una cornisa de piedra a la que podría intentar subirse, pero las posibilidades de dar un mal paso a esa altura lo convencen de seguir mojado hasta las rodillas.

Cuando recorre unos metros más, hay dos cosas que le parecen extrañas. Una es que los hombres que lo persiguen se han callado. No los escucha. Ni sus gritos ni el chapoteo de sus botas. Por otro lado, le extraña oír un ruido muy cerca de su posición. El ruido cesa, pero enciende la linterna y alumbra hacia el lugar en el que sonaba.

El foco de luz le muestra a la misma niña de antes subiendo por unas escaleras de mano, unas modernas, de alcantarilla del siglo XX. La pequeña detiene la subida y mira con unos ojos de terror hacia abajo, donde el Varón ya apunta con su pistola.

Costa consigue agacharse antes de que suene un disparo que, sin duda, lo tiene a él como objetivo. Tras el disparo, apaga la linterna y oye un segundo con idéntico objetivo, procedencia y final. Después, identifica el inconfundible sonido de una pistola que intenta disparar pero que se ha quedado sin balas.

Los que parece que sí tienen balas de sobra son los policías que lo persiguen, a los que vuelve a oír, alertados por el sonido de los disparos.

Tiene que actuar rápido si quiere seguir vivo un día más, y esos ojos que nunca olvidará son la única salida que es capaz de idear.

Vuelve a encender la linterna. La niña baja las escaleras y corre asustada por la oscuridad.

—¡Manuela, para! —le ordena su padre, pero la niña sólo se detiene cuando resbala por la cornisa y cae al agua.

Al otro lado del túnel oye cómo empiezan a producirse algunos disparos que impactan contra las paredes cercanas. Costa alumbra a la niña, que se levanta empapada, y mueve la linterna para generar sombras en la pared a las que unas escopetas nerviosas están deseando disparar.

—¡Apúntame a mí, hijo de puta! ¡A mí! —grita el Varón, que corre hacia la niña y la protege con su cuerpo mientras los disparos llegan.

El Varón recibe las balas.

Costa sube las escaleras.

Y la niña llora.

42

Ángel Costa tiene demasiados recuerdos que lo atormentan. El último es ver a la policía sacar bolsas negras de un castillo en ruinas antes de tener que escapar de los perros que seguían su rastro.

Ahora, trata de esconder esa visión en un cajón de su memoria deleitándose con las vistas que tiene ante sí.

Mientras espera a que venga el camarero, puede ver las montañas del Rif y cientos de casas pintadas de diferentes tonalidades de azul.

El camarero del único bar que hay en Chefchaouen le trae el té que ha pedido y un pequeño pastel que rechaza con cortesía. El sol se esconde poco a poco detrás de las montañas, dejando el cielo de un tono rojizo que hace un bonito contraste con el del pueblo en el que va a esconderse una buena temporada.

Necesita una ducha y una cama con urgencia, pero a veces hay que reordenar la mente antes de prestarle atención al cuerpo.

Hace memoria, un repaso mental a los últimos días, a cómo ha cambiado su vida desde que vio a la señora Petón entrar en el despacho de Alkorta hasta que, hace unas horas, cruzaba el Estrecho de Gibraltar a bordo de una lancha en el sentido opuesto al que suele hacerlo la mayoría.

Lleva la mano al bolsillo interior de la chaqueta; allí guardó, hace sólo dos días y una eternidad, un sobre con su nombre escrito a mano, con una letra que reconoce y que aún no ha podido leer.

Abre el sobre, saca la carta y la lee. No es mucho, apenas dos párrafos. Setenta palabras de la única mujer que había conseguido hacerle sentir algo… hasta que otra lo llamó imbécil desde un coche.

Ángel, la comida del domingo no es una más. Beltrán y yo os vamos a anunciar que vamos a ser padres. No quería que te enteraras allí, pero tampoco me has dado opción a decírtelo en persona.

Sabes que lo dejaría todo por ti con sólo una palabra, pero, si no eres capaz de pronunciarla, creo que debemos terminar con esta farsa para siempre.

Con una palabra tuya bastará.

Sofía.

Costa niega con la cabeza. Si pudiera llorar, si supiera hacerlo, quizá lo haría. A cambio, levanta la mano y le pide al camarero un cigarrillo. Este le deja sobre la mesa un paquete sin estrenar.

Extrae uno, se lo coloca entre los labios y se echa la mano al bolsillo donde guarda el mechero, pero no está. Hay muchas cosas que ya no están. Antes de girarse de nuevo hacia el camarero, una pequeña llama se sitúa en el extremo del cigarro y lo prende. Mientras

introduce el humo en los pulmones, se fija en la mano que sostiene el mechero, su mechero. Cuando expulsa el humo, mira hacia arriba.

—Creía que estabas muerta. ¿Cómo…?

Macarena le pone un dedo sobre la boca y le susurra al oído.

—Ningún policía vino a mirar dentro del colchón.

Costa siente cómo los labios bajan desde su oreja hasta el cuello, rodeándolo despacio entre pequeños besos que le erizan la piel. Deja el cigarrillo sobre la carta, que se convierte en cenizas con rapidez. Cierra los ojos y se deja llevar por las manos que recorren su cuerpo.

—¿Me enseñas el truco del colchón en el hotel?

--Fin--

Nota del Autor

Querido lector:

Aunque la historia narrada en *EL VARÓN* es ficticia, hay algunos detalles que sí que ocurrieron de verdad en Sevilla en 1992.

Existió una «Mafia de la Construcción» que copó varias portadas en el *ABC*. Una de ellas fue la del 18 de febrero con el titular: «La Mafia de la Construcción, en acción».

Ese mismo día, salió ardiendo el Pabellón de los Descubrimientos en la Expo, el que iba a ser el centro temático de toda la exposición. Las pérdidas fueron muy importantes (sí, el avión del Barón Rojo estaba allí) y supuso un duro varapalo para la organización.

El máximo responsable de la Expo en esta época no fue una mujer llamada Rocío Petón, sino Jacinto Pellón. Al igual que el personaje ficticio, el señor Pellón tuvo que aguantar difamaciones constantes durante su labor previa a la Expo, pero, a diferencia de la ficción, en la realidad el responsable de la Expo92 sí fue un hombre honorable que luchó por hacer una Sevilla mejor a pesar de contar con demasiados enemigos.

Como ya te dije en mi primera novela, *COSTA*, si has disfrutado de esta lectura, la mejor ayuda que le haces a un autopublicado como yo es recomendar el libro a otras personas y dejar tu opinión en Amazon. Si además quieres decirme personalmente qué te ha parecido, te leo en mis redes sociales (@Chemadeaquino) o en el *email*:
chema@chemadeaquino.es

¡Muchas gracias!

Chema de Aquino.

NOVELAS PUBLICADAS DE LA SAGA COSTA

Agradecimientos

Mamá, Papá, Sonso, Adrián Badía, Fran Navarro, Rocío Pérez, Alberto Domínguez, Gonzalo, Silvia Barbeito y Fernando Casal.